

**tod@s  
somos  
migrantes**



**Sanjuana Martínez, Emiliano Ruiz Parra,  
Alejandro Solalinde, Óscar Martínez y  
Diego Enrique Osorno**



Abril 2015

© Sanjuana Martínez, Emiliano Ruiz Parra, Alejandro Solalinde, Óscar Martínez y Diego Enrique Osorno.

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

**[www.rosalux.org.mx](http://www.rosalux.org.mx)**  
**[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)**  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Jorge B. Fernández.  
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

# TOD@S SOMOS MIGRANTES

Sanjuana Martínez  
Emiliano Ruiz Parra  
Alejandro Solalinde  
Óscar Martínez  
Diego Enrique Osorno



## PRÓLOGO

### Migración

Por Emiliano Ruiz Parra

Cuando *Chuck Norris* da consejos, todo el albergue lo escucha. Con el dedo índice señala un mapa: en este tramo —dice— sólo se puede caminar al amanecer; en este otro hay que llevar tres galones de agua, y más acá deben vestirse de negro. Si acaso se registran en un hotel, eviten sus nombres reales —Brayan, Yon, Magui, Donald— porque esos nombres los delatarán como centroamericanos. Mejor hay que decir que se llaman José Luis o Miguel, Guadalupe o Isabel y si alguien les pregunta, deben responder que son mexicanos.

La escena transcurre en la Casa del Migrante de Saltillo. Le llaman *Chuck Norris* por su barba y su parecido con el actor de películas de acción, pero es un *sherpa* mexicano que acude tres veces a la semana al albergue a enseñar un curso exprés sobre cómo sobrevivir en México durante el camino a la frontera con Estados Unidos.

Al llegar a Saltillo, Coahuila, los migrantes centroamericanos han recorrido ya mil 600 kilómetros de territorio nacional desde que se internaron en Chiapas o Tabasco. Los más afortunados sólo han viajado durante

tres semanas, han pasado hambre, se han amarrado a los techos de los trenes de carga para evitar caídas durante la noche, han pagado algunos miles de pesos a policías, coyotes y maquinistas, han caminado cientos de kilómetros entre la maleza para evitar los retenes del Instituto Nacional de Migración, que los acecha para detenerlos y deportarlos.

A ellos y a ellas les ha ido bien. Muy bien. Pero hay otros que ya han pasado una temporada en el infierno: mujeres han sido violadas por hombres con pistolas y machetes en La Arrocera, Chiapas. Hombres y mujeres han sido secuestrados en algún lugar de Veracruz o Tamaulipas. Encerrados con decenas de rehenes, algunos han sido forzados a convertirse en sicarios; les han dado de tablazos en la espalda o les han quemado los genitales para obligarlos a revelar los números telefónicos de sus familiares en Estados Unidos o Centroamérica, a quienes les piden mil, dos mil, hasta seis mil dólares a cambio de su libertad.

Los centroamericanos secuestrados no sólo representan dinero para sus captores. En ocasiones han sido reducidos a objetos de entretenimiento como si fueran soldaditos de plomo o bichitos de jardín, ¿o acaso no todos los niños han pisado hormigueros o le han cortado las alas a las moscas? Lo mismo ocurre en estas casas, situadas en medio de ranchos robados o en barrios de clase media de alguna ciudad del Golfo de México. Aburridos, los secuestradores les dan mazos y martillos a sus presas y los obligan a matarse a golpes. A un adolescente lo forzaron a violar a su madre. A grupos de hombres

les han pasado tractores encima de sus cabezas. ¿Y esa crueldad para qué? Para matar el tiempo y demostrar quiénes mandan.

El 22 de agosto de 2010, los secuestradores (que casi siempre se identifican como *Los Zetas*) ejecutaron a setenta y dos migrantes en San Fernando, Tamaulipas, en represalia porque se habían negado a convertirse en sicarios. Apilaron los cuerpos en un terreno baldío. En los periódicos de Tamaulipas la nota se publicó hasta la página siete (para no molestar a *Los Zetas*) pero fuera de México se convirtió en un escándalo internacional. Para no llamar tanto la atención, los explotadores de migrantes prefirieron después las fosas secretas o las incineraciones con diésel.

Esta versión mexicana del circo romano no ocurre en el desierto, ni es ejecutada por un puñado de criminales psicópatas. En cada etapa, los secuestradores han contado con la complicidad de autoridades. Los testimonios cuentan historias recurrentes: nos detuvieron los agentes del Instituto Nacional de Migración, o de la Policía Federal, o de las distintas policías municipales y estatales y nos entregaron a la mafia a cambio de unos billetes. Los curas Alejandro Solalinde y Pedro Pantoja, los dos más importantes defensores de migrantes en México, han señalado a gobernadores y secretarios de Estado como cómplices de estos crímenes.

Los migrantes centroamericanos, a su paso por nuestro país han provocado que se revele el rostro más inhumano de México. Pero también se ha estimulado que las mujeres y los hombres más valientes del país den



un paso adelante y se juegan la vida para defender sus derechos. Son cientos, pero un rápido recuento me hace pensar en la monja Dolores Palencia al frente del albergue de Tierra Blanca, Veracruz, una tierra infestada de secuestradores. Recuerdo al religioso franciscano Fray Tomás González, que abrió una casa para transmigrantes en Tenosique, Tabasco, que llamó “La 72” en honor a los mártires de San Fernando. Hay hombres famosos como el padre Alejandro Solalinde, ya mencionado, que vive en el albergue de Ixtepec, Oaxaca. Y también hay cientos de voluntarios que aportan su tiempo en más de cincuenta albergues del país: mujeres y hombres que consiguen comida, la preparan, estilistas que cortan cabello, deportistas que enseñan aerobics, abogados que defienden víctimas de violación y secuestro. Mujeres como Amelia Frank-Vitale, una académica estadounidense que ha documentado mejor que nadie el fenómeno migratorio centroamericano por México —cuyo trabajo ha sido muy útil para estas líneas— y hombres como *Chuck Norris* que guían a los peregrinos por los rigores de la ruta. Muchos de esos defensores y voluntarios han sido amenazados de muerte al menos una vez.

La migración es el fenómeno que transforma el mundo: millones de mujeres y de hombres cambian de país en búsqueda de paz, trabajo y un futuro menos amenazante para sus hijos. México ha sido el principal expulsor de migrantes del planeta: un 11 por ciento de nuestros paisanos vive en Estados Unidos. Pero México actúa como si la migración no fuera un drama propio, sino un crimen ajeno que debiera castigar. En México se

exprime a los transmigrantes centroamericanos hasta el último centavo con el pretexto de que su tránsito por el país es “irregular” o “indocumentado”. Si los detienen los agentes del Instituto Nacional de Migración —y no los entregan a los secuestradores— entonces terminarán en una celda migratoria como si hubieran cometido un delito antes de ser deportados.

Un obispo brasileño, Pedro Casaldáliga, dijo que a los migrantes se les niega el suelo bajo los pies: una sonora frase para expresar que se les despoja de ciudadanía y derechos humanos. En México, la migración nos ha hecho volver a la esclavitud: los transmigrantes son una mercancía que se destaza para el tráfico de órganos, que se compra y vende en los burdeles para la explotación sexual, que se somete para convertirla en manos asesinas.

La migración centroamericana — dice Pedro Pantoja, coordinador de la Casa del Migrante de Saltillo— no se reduce a una masa de hambrientos que huyen de la región más violenta del mundo (Centroamérica es más violenta que Afganistán). Ellas y ellos, añade Pantoja, son la evidencia del fracaso de la globalización. Pero son también el germen de un movimiento transnacional que podría transformar América Latina: los defensores de derechos humanos apuestan a que los transmigrantes se conviertan en los líderes políticos de Centroamérica, Estados Unidos y México, que reconstruyan sus países y que cambien las reglas del juego; que nunca más la migración se considere un delito y que todos los seres humanos podamos andar fronteras como verdaderos ciudadanos del mundo.



# Migrantes, el otro holocausto

Sanjuana Martínez

Camina despacio, con la mirada triste y la foto de sus hijos al cuello. Las huellas de tanto trabajo se reflejan en sus manos, en su rostro avejentado prematuramente por la extrema pobreza. Van en silencio, reivindicando la localización de sus hijos desaparecidos. Saben que “el milagro” puede ocurrir. Las caravanas han empezado a dar sus frutos: sesenta y siete migrantes se han encontrado con sus madres. En días recientes, van cuatro localizaciones. Y esta vez, el nombre del recorrido lo dice todo: “Liberando la esperanza”.

“Siento pesar y alegría en mi corazón”, dice con humildad Silveria Campos Rivera, originaria del departamento de Lempira, en Honduras. “Estoy alegre porque por fin pude ver a mi hijo, que hacía nueve años que lo había perdido. Me alegro porque lo encontré. Pero me siento triste por mis compañeras que aún buscan a sus hijos.”

Cervelio Mateo Campos no ha cambiado mucho a pesar de los nueve años transcurridos. Un día se despidió de Silveria para irse a Estados Unidos, pero el *sueño*

*americano* quedó frustrado. Al no poder pasar la frontera, decidió quedarse en México y perdió definitivamente el contacto con su familia.

Hace dos meses Rubén Figueroa, del Movimiento Migrante Mesoamericano, le llamó para darle la noticia: “Hemos encontrado a tu hijo. Está en Jalapa, Tabasco”, le dijo mientras Silveria soltaba un profundo llanto contenido de alegría.

Desde ese día, esperó pacientemente a que llegara el rencuentro. Nerviosa, con la incertidumbre de reconocer su rostro después de tanto tiempo; reteniendo el anhelo de abrazarlo, se llevó una gran sorpresa cuando lo vio finalmente aparecer por la puerta del albergue La 72: “Venía con dos niños chiquitos, con mis nietos, mis nietos mexicanos. Se casó con una muchacha de aquí. No lo podía creer. ¿Será cierto?”.

Silveria está sentada en una mesa del albergue Casa Nicolás, dirigido por el sacerdote Luis Eduardo Villarreal Ríos, dedicado a la defensa de los grupos más vulnerables, quien les da la bienvenida. Aún no se repone del feliz impacto emocional del rencuentro: “Nosotros somos muy pobres, en esos años no había celulares. Mi hijo perdió la comunicación porque no tenía cómo llamarnos y luego perdió el contacto. No me importa, estoy en paz porque ya lo encontré. Eso es lo importante”, dice al comentar que, por solidaridad, continuará al lado de sus compañeras centroamericanas que buscan a sus hijos.

El sacerdote Alejandro Solalinde calcula la desaparición de setenta mil migrantes en México y considera que todo el norte del país es un “cementerio lleno de

fosas clandestinas” en la ruta de estados gobernados por el PRI, donde han muerto, dice, la mayoría de migrantes. “El gobierno de Enrique Peña Nieto menos va a invertir en la cuestión forense ni en la localización de miles de personas. ¿Le van a descubrir a Fidel Herrera todos los muertos en su periodo o ahora a Javier Duarte, Egidio Torre, Rodrigo Medina, los Moreira... y a los demás gobernadores... ? No, no lo van a hacer, lo van a tapar, lo van a seguir tapando. No van a buscar a los desaparecidos, al menos, no en esta generación”, dice de manera estoica el sacerdote, integrante de la Pastoral Movilidad Humana del Episcopado Mexicano, que ha entregado su vida a la defensa de los migrantes.

Para el sacerdote Solalinde, director del albergue Hermanos en el Camino, la caravana de madres centroamericanas es la expresión de un drama que intenta interpelar las conciencias de autoridades y ciudadanos: “Estas mujeres tan pobres, salen con muchos sacrificios para buscar a sus hijos, que según cálculos nuestros son diez mil, pero la cifra se eleva a setenta mil con los números de otras organizaciones”.

A su paso por Monterrey, la octava caravana de madres centroamericanas está formada por cincuenta y tres mujeres, de entre 30 y 77 años. Recorrerán cuatro mil 600 kilómetros en catorce estados y treinta y dos localidades de la República.

## **Milagros anunciados**

“Estamos encontrando a los migrantes, estamos haciendo el trabajo del gobierno”, dice fray Tomás González,

director del albergue La 72 y del Centro de Derechos Humanos Usumacinta, mientras acompaña a las madres centroamericanas en la caravana. “Antes veníamos a la buena de Dios y encontrábamos lo que cayera. Ahora nos estamos profesionalizando más en los sistemas de búsqueda, gracias a las tareas de los albergues en el país.”

Este fraile, de treinta y ocho años, ha recibido hostigamiento y amenazas de muerte de las autoridades migratorias, el crimen organizado y el Ejército, por su férrea defensa de los migrantes: “Algún día vamos a juzgar a Felipe Calderón por todos los crímenes, éste es el peor sexenio en la historia de México en cuanto a migración. Y va de mal en peor. Por eso hemos decidido, nosotros mismos, buscar a los migrantes”.

Una búsqueda que ha dado verdaderos milagros, como el de Gabriel Salmerón Hernández, de treinta años, originario de San Pedro Sula, Honduras, quien después de seis años se reencontró con su madre.

Ambos están sentados comiendo un plato de frijoles y papas con huevo. Sobre la mesa hay un ramo de rosas, en tanto que Olga Marina Hernández acaricia a su hijo. La última vez que le pasó la mano por el cabello fue en la estación de autobuses de Congolón, Honduras, al darle la bendición antes de iniciar su viaje rumbo al *sueño americano*.

Después de eso, cruzó la frontera de Guatemala por El Naranjo y la última vez que llamó a su madre fue desde Tenosique, Tabasco, donde tomó *La Bestia*, el famoso tren repleto de centroamericanos: “Me dejaron tirado en un rancho y me fui caminando durante tres

días, hasta que se me hicieron unas ampollotas en los pies y ya no podía seguir. Por allí van cientos de migrantes caminando en la noche y en la madrugada y me ayudaron a seguir”.

En Tamaulipas contactó un *coyote*, que finalmente se negó a pasarlo debido a las recientes redadas. Fue entonces cuando decidió quedarse a trabajar en Nuevo Laredo, apoyado por una trabajadora sexual. Conoció la vida nocturna, las drogas y el alcohol. Así vivió durante meses, hasta que decidió irse a vivir al Distrito Federal, viajando como polizón en un tren de mercancías, que finalmente lo dejó en Monterrey.

“Eran las cuatro y media de la mañana. Me bajaron en Lincoln, cerca del municipio de Escobedo, y aquí me quedé”, dice mientras enrolla una tortilla caliente que se lleva a la boca. Durante tres años bajó a los submundos de la droga: “El día en que llegué me encontré a unos chavos locos en la calle y me invitaron a vivir en una choza, donde tenían una Santa Muerte. No tenía de otra, me quedé con ellos y empecé a trabajar de albañil. Siempre teníamos que andar bien drogados para aguantar. Me hice drogadicto. Consumía de todo: marihuana, cocaína, piedra... de todo”.

Hace tres años, caminaba drogado por las calles de la colonia Ampliación Lázaro Cárdenas, una zona marginada de Escobedo, cuando unos chicos lo invitaron a pasar a la iglesia Cristo Vive. “Me dijeron: ‘dale una oportunidad a Cristo para que haga un milagro en tu vida’. Yo les dije que yo no podía pedir nada a alguien en quien yo no creía. Hicieron una oración y empecé a



ser corregido por él y me hizo el milagro, por eso yo voy a hacer realidad el sueño de Dios: voy a implantar este ministerio en Honduras”, dice utilizando un tono de nuevo pastor cristiano que ofrece testimonio.

Fue por medio de la iglesia con un albergue para migrantes en Escobedo como se enteró, en diciembre pasado, que su madre lo buscaba. Ahora la abraza, la besa y ambos lloran sin importar el bullicio de celebración por el rencuentro. Alrededor de la mesa hay jóvenes que portan camisetas con la leyenda “Adictos a Cristo”; sirven comida, mientras Olga Marina Hernández es felicitada por las demás madres: “Cristo hizo el milagro. Yo sentía que él estaba vivo. Ahora lo dejo en manos de Dios. Voy a seguir con mis compañeras, con ellas vine, con ellas me voy. Ahora tenemos más esperanza”.

# Alejandro Solalinde

## Un hogar para los migrantes

Emiliano Ruiz Parra

### La ruta de Jesucristo

Alejandro Solalinde se toma un capuchino de treinta pesos y deja cincuenta de propina. Posee cinco camisas blancas de cuello mao y dos guayaberas en su ropero, que él mismo lava y plancha. No tiene trajes, pero la blancura de su ropa basta para transmitir pulcritud y aliño. Su reloj cuesta 150 pesos (*Casio Illuminator*), y no ha entrado a la generación de sacerdotes de *blackberry*, *iphone* y *ipad*, aunque gasta pequeñas fortunas en tarjetas de prepago para sus teléfonos celulares, a donde lo llama la prensa nacional e internacional. Duerme en una hamaca dentro de un cuartito atiborrado de ropa, mochilas y libros de sus colaboradores, pero suele ceder ese espacio y tira un colchón en el patio donde pernocta rodeado de sus guardaespaldas. Si un migrante llega al albergue con los pies destrozados, él mismo va a la zapatería a comprarle un par de zapatos idénticos a los suyos. No

tiene escritorio, ni secretaria, ni oficina. Recibe a la gente en una salita debajo de un techo de palma, y resulta imposible sostener una conversación con él sin que lo interrumpen cada dos minutos para pedirle jabón, papel sanitario, dinero, un vaso de agua. Se baña a jicarazos en un bañito que comparte con los voluntarios del albergue y usa un excusado sin agua corriente. Si entre los donativos del mercado de Juchitán llega una sandía, se la comerá sonriente aunque esté podrida. Lo cuidan cuatro policías estatales del gobierno de Oaxaca —que aceptó hasta que Margarita Zavala, la esposa del presidente Felipe Calderón, se lo pidió personalmente— pero no hay viáticos para que lo sigan en sus continuos viajes, así que a partir de la central de autobuses de Ciudad Ixtepec, un pueblito de veinticinco mil habitantes enclavado en el estado de Oaxaca, al sureste de México, vuelve a ser oveja para los lobos. Carga su ropa en una maleta rota y de ínfima calidad, que ha perdido el asa y las rueditas, y que deja al alcance de cualquier mano su toalla amarilla.

Solalinde es de las escasas personas que se reinventan y dan lo mejor de sí mismos después de los sesenta años. Durante décadas no fue más que un cura de aldea, con todo el sacrificio y la convicción que eso requiere, pero sin mayor influencia social, política ni religiosa. Graduado de dos carreras universitarias (historia y psicología) además de sus estudios sacerdotales y con una maestría en terapia familiar, Solalinde es un administrador distraído que prefiere regalar el dinero antes que cuidarlo, y se juega la vida al oponerse a una industria en la cual se confabula la más alta política con

el crimen organizado: el secuestro de migrantes. Nunca será consagrado obispo porque dice lo que piensa de su madre Iglesia: que no es fiel a Jesús sino al poder y al dinero; que es misógina y trata con la punta de pie a los laicos y a las mujeres y que no es la representante exclusiva de Cristo en la tierra.

A los sesenta y un años se decidió a abrir un albergue de migrantes en Ixtepec, no sólo para interponerse a las violaciones a los derechos humanos de los indocumentados centroamericanos y suramericanos, sino para preparar su propio retiro. Se había cansado de las disputas entre sacerdotes en la diócesis de Tehuantepec —situada en el Istmo del mismo nombre, en la costa oaxaqueña del Océano Pacífico—, se tomó dos años sabáticos para estudiar psicología —contra el consejo de su obispo, que le dijo que era inútil porque a su edad no retendría los conocimientos— y renunció definitivamente a administrar una parroquia.

“Antes de entrar en esto de los migrantes era una persona sencilla, común y corriente, y desconocida. Escogí los migrantes porque eran una zona muy hermosa para morir, para pasar los últimos años de mi vida sirviendo de forma anónima, pacífica, privada, y retirarme así”, contó el sacerdote Alejandro Solalinde el 29 de junio de 2011 en la Casa Lamm de la Ciudad de México, donde inauguró una muestra de pintura. Después de visitarlo en Ixtepec, Oaxaca, a principios de junio, lo seguí en sus continuas visitas a la Ciudad de México. En aquella ocasión acudió a la presentación de “Rostros de la discriminación”, una muestra de cincuenta artistas

que, animados por Gabriel Macotella, donaron sus cuadros para apoyar a la red de albergues que hospedan y defienden los derechos humanos de los migrantes centroamericanos en México.

Tras sólo cuatro años de coordinar el albergue Hermanos en el Camino, Solalinde se convirtió en una de las figuras más notorias no sólo de la Iglesia católica sino de los defensores de derechos humanos. Delgado, de voz suave y maneras corteses, es un imán de la polémica: ha sido acusado de *pollero* por un delegado del Instituto Nacional de Migración; autoridades municipales lo quisieron quemar con gasolina con todo y albergue; se ha visto repetidamente amenazado de muerte y ha pedido perdón a *Los Zetas*, a quienes considera víctimas de una sociedad violenta. Jugándose la vida, echó luz sobre el holocausto que padecen los centroamericanos indocumentados en México, *que a nadie le importan*. En Centroamérica se convirtió en una leyenda al punto de ser conocido como “el Romero mexicano” en alusión a Óscar Arnulfo Romero, el arzobispo de San Salvador asesinado por la dictadura.

En cada migrante que llega a su albergue Solalinde observa el rostro de Jesús. “Me han enseñado que la Iglesia es peregrina y que yo mismo soy migrante. Me han enseñado esa fe tan grande: la esperanza, la confianza, la capacidad de levantarse, rehacerse y seguir el camino. Sería fantástico que como católicos tuviéramos la capacidad de los migrantes de levantarnos de tantas caídas y seguir caminando en la ruta de Jesucristo.”

## El holocausto migratorio

En un México que de suyo se ha tornado a la barbarie debido a la disputa por las drogas, no hay peor tragedia humanitaria que la explotación de los migrantes centroamericanos. Son el dinero más fácil: el secuestro de cada uno de ellos reporta entre mil y cinco mil dólares de ganancia y se secuestra a miles o decenas de miles al año. No votan en México, así que ningún político se interesa por ellos. No nos dejan, así que el gobierno no invierte un centavo en protegerlos. No son un grupo de presión, así que la prensa publica sus historias de manera esporádica y anecdótica. No dejan un peso de limosna en las iglesias del país, así que sólo una parte marginal de la Iglesia católica se ocupa de ellos bajo la indiferencia de la jerarquía eclesiástica.

El reportero salvadoreño Óscar Martínez, después de pasar tres años en las rutas de migrantes escribió un libro memorable, *Los migrantes que no importan. En el camino con los centroamericanos indocumentados en México* (Elfar-Ruido). Martínez documenta cómo México transitó del asalto perpetrado por pequeñas bandas locales en Chiapas, Oaxaca, Tabasco y Veracruz a la industria del secuestro masivo: de los ladrones y violadores con machete y pistola a los comandos de *Zetas* con armas largas y autoridades cómplices. El auge del secuestro coincidió con el sexenio de Felipe Calderón y la militarización del combate al narcotráfico.

La Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) es la única instancia del Estado que hace un

esfuerzo por documentar los abusos a migrantes. Entre septiembre de 2008 y febrero de 2009 registró nueve mil 758 secuestros; entre abril y septiembre de 2010, once mil 333. Pero muy probablemente sus cifras se queden cortas frente a la realidad, porque el gran atractivo del negocio es que nadie será llamado a rendir cuentas. Nadie busca a los migrantes desaparecidos, y los que padecieron un secuestro difícilmente denuncian por la desconfianza a las autoridades mexicanas y la urgencia de continuar el viaje hacia el norte.

La guerra contra el narcotráfico ha impulsado la narrativa oficial de un enfrentamiento de las fuerzas del orden contra las fuerzas del crimen. Del lado del gobierno hay soldados y policías buenos que protegen a la sociedad de malignos transgresores de la ley que se disputan las calles. Dicha hipótesis pierde vigencia cuando se trata de los secuestros y abusos a los migrantes. En las violaciones a derechos humanos de los indocumentados suelen estar involucradas las autoridades, ya sea las policías municipales, estatales o ministeriales o también la policía federal, agentes del Instituto Nacional de Migración y, a veces, elementos del Ejército.

Amnistía Internacional (AI) publicó en 2010 el informe *Víctimas invisibles* en donde el adjetivo más recurrente es “generalizado”: los secuestros, las violaciones sexuales, las extorsiones, los asesinatos, las desapariciones y la complicidad de las autoridades son generalizados, como generalizada es la indiferencia de los distintos niveles de gobierno. México atraviesa por una “epidemia oculta” de secuestros sobre todo en las fronteras y

en las rutas de paso: Chiapas, Oaxaca, Tabasco, Veracruz y Tamaulipas. Los plagiarios, afirma el organismo, secuestran a “más de un centenar de migrantes” en cada golpe. De 238 víctimas y testigos que habían rendido su testimonio a la CNDH, “91 manifestaron que su secuestro había sido responsabilidad directa de funcionarios públicos, y otros 99 observaron que la policía actuaba en connivencia con los secuestradores durante su cautiverio”. “Según algunos expertos, dice AI, el peligro de violación es de tal magnitud que los traficantes de personas muchas veces obligan a las mujeres a administrarse una inyección anticonceptiva antes del viaje, como precaución contra el embarazo derivado de la violación.”

El informe relata no sólo los abusos de la Policía Federal, la Agencia Federal de Investigación y el Ejército, sino los procesos kafkianos a los que se somete a las víctimas que se atreven a denunciar: pasan meses antes de que se les cite a rendir su declaración — para entonces muchos de los testigos y víctimas se han ido a Estados Unidos o a sus países de origen —, y cuando se les cita a identificar policías abusadores, les presentan fotos distorsionadas en las cuales los acusados son irreconocibles.

Ya en los testimonios recabados por Óscar Martínez, ya en los informes de Amnistía Internacional, o en las historias que recogí en el albergue Hermanos en el Camino de Ixtepec, cuando acudí con el fotógrafo Alex Dorfsman para escribir este perfil, los relatos de los secuestros son igualmente crueles. Como el que me contó Alberto, un hondureño que se había quedado a trabajar de albañil en el albergue con la esperanza de reunir los



tres mil dólares que había pagado su familia para pagar su rescate: los migrantes son secuestrados en grupo y llevados a ranchos y casas de seguridad. Se les exigen los números de teléfono de sus familiares en Centroamérica o Estados Unidos. El que no lo proporcione o no tenga es asesinado de inmediato. Alberto estuvo plagiado una semana con otros nueve connacionales suyos, golpeados con tablas en la espalda baja (de ahí el verbo “tablear” asociado con *Los Zetas*). Escuchó cómo dos fueron ejecutados porque sus familias no pagaron el rescate. Dos más nunca aparecieron. Seis sobrevivieron al secuestro y fueron liberados pero dejaron a sus familias con una deuda catastrófica.

*Los Zetas*, cuenta Óscar Martínez, no necesariamente ejecutan los secuestros, sino que absorben a las bandas delictivas locales y los ponen a trabajar para ellos. Lo mismo hacen con las autoridades de todos los niveles. Las organizaciones criminales cooptan a todos los eslabones de la cadena: a centroamericanos que se hacen pasar por indocumentados en el camino y se ganan la confianza de los verdaderos migrantes para sacarles información sobre sus familiares; a las policías locales, a las autoridades federales, a *maras*, a narcomenudistas, a taxistas, hasta a vendedores de refrescos que son empleados como vigías. Y de ahí a la punta de la pirámide. Alejandro Solalinde — cuyo nombre es el más citado en el informe de AI, con diez menciones — compara el abuso a los migrantes con la industria petrolera. El albergue Hermanos en el Camino, dice, es el jardín asentado sobre un rico yacimiento de petróleo que una mafia políti-

co-delictiva quiere perforar y explotar. Y señala a Ulises Ruiz Ortiz, ex gobernador del estado de Oaxaca (2004-2010), como una de las cabezas de esa mafia:

“Con (el gobierno de) Ulises Ruiz me queda claro que ellos querían hacer un negociazo con los migrantes: ganar en volumen con extorsión, secuestros, trata, todo. La mafia, desde el gobernador para abajo, presidente municipal, la policía judicial, vieron que era un botín, que eran clientes cautivos”, me dijo.

Ruiz Ortiz atacó el albergue. Gabino Guzmán, el presidente municipal de Ixtepec (2008-2010) que acompañó a la turba que pretendía quemarlo, era uno de sus subordinados políticos. Cuando Ruiz Ortiz era gobernador, Solalinde fue presionado por la delegada del Instituto Nacional de Migración, Mercedes Gómez Mont, y su propio obispo, para cerrar el albergue. A cambio le darían otro a tres kilómetros de ahí, en un terreno alejado de las vías del ferrocarril, a donde nunca irían los migrantes, “y en donde no pudiéramos estorbar para hacer el negocio de este funcionario apoyado por su gobernador”.

“Le dije al obispo que aceptaba encantado porque ya tendría dos albergues y me aclaró: *no, nada más uno*”. El superior eclesiástico y Gómez Mont insistieron. Solalinde resistió. La funcionaria federal se fue enojadísima y Solalinde le advirtió a su obispo: “cuídese de que los poderosos no lo usen contra mí”. El sacerdote hizo esa denuncia a la revista *Esquila misional* (abril, 2011), de los misioneros combonianos, que se reparte profusamente entre miembros de la Iglesia católica.

El albergue Hermanos en el Camino pertenece a una red de unos cincuenta albergues, refugios, casas y parroquias de miembros de la Iglesia católica (sacerdotes, laicos y voluntarios sin filiación religiosa) que ofrecen algún tipo de asistencia a los centroamericanos: “la espina dorsal del apoyo que reciben los migrantes”, dice Amnistía Internacional. “Gracias a sus esfuerzos hay muchos más migrantes que no sucumben al agotamiento, la exposición a los elementos (de riesgo) y el hambre durante su viaje. Desempeñan un papel crucial a la hora de documentar abusos cometidos por agentes estatales y por personas y grupos particulares y de animar a los migrantes a buscar justicia. También ayudan a combatir la xenofobia que estalla a veces en las comunidades locales. Quienes defienden a los migrantes irregulares son a su vez víctimas de frecuentes ataques.”

Solalinde sostiene que no se trata sólo de un lucrativo negocio en volumen, sino de una estrategia política para hacerle el trabajo sucio a Estados Unidos: contener a través del miedo la inmigración indocumentada a ese país.

“El gobierno federal –entiéndase de Felipe Calderón– tiene una política de Estado con los Estados Unidos. Estados Unidos es su aliado y es su amigo, entonces él tiene que hacerse responsable y cumplirle a su amigo. Cumplirle significa hacer el trabajo sucio, cuidarle su patio trasero, y si tiene una política de Estado, también tiene que tener una estrategia de Estado, que es la política migratoria que está implementando con los migrantes. México no puede, le da vergüenza y no tiene valor para hacer un muro de una vez por todas y sellar

la frontera, que sería lo más honesto, porque sabe que si lo hiciera no tendría cara para exigir que quitaran el muro en el norte, pero además, tampoco podría exigir una reivindicación para los migrantes mexicanos en el norte, entonces lo que hace es una política de Estado por colusión o por omisión como son los secuestros”, le dijo Solalinde a Carlos Martínez – hermano de Óscar – el reportero del periódico digital salvadoreño *El Faro.net*.

Detrás del tema migratorio subyace una discusión normativa: ¿la migración es un delito o un derecho? En la legislación mexicana hasta 2008 la migración indocumentada alcanzaba penas de hasta diez años de prisión. México optó por una política de puertas cerradas a la inmigración pero de puertas abiertas a la emigración. Un once por ciento de la población mexicana se marchó a Estados Unidos, en donde la inmigración irregular es criminalizada. En la defensa de sus connacionales, México se convirtió en “líder en la protección de los migrantes”, como declaró en octubre pasado la canciller Patricia Espinosa. Pero los abusos a los centroamericanos evidenciaron la hipocresía gubernamental.

Para Solalinde la migración es un derecho. Con ese principio y aliado a otros defensores de derechos humanos, presionó al Congreso mexicano, que finalmente aprobó una Ley de Migración promulgada por Calderón el 25 de junio de 2011. La ley descriminaliza la inmigración irregular y establece una “visa de transmigrante” de 180 días, que le permitiría a los migrantes, en el camino a Estados Unidos, transitar por México de manera segura y legal. Aun cuando entre los expertos en migración se

le ha llamado la “ley Solalinde”, no se plasmaron exigencias del sacerdote, como la desaparición del Instituto Nacional de Migración, que Solalinde define como “una sucursal de *Los Zetas*”. Y aun cuando la visa de transmigrante es una conquista fundamental, todavía podría convertirse en letra muerta si el reglamento que elabora actualmente el Poder Ejecutivo establece trabas que la harían inaplicable.

## **La infancia**

Rompía vidrios de las casas de los vecinos, amarraba mecates a ras de suelo para hacer tropezar a los paseantes, incitaba guerras de lodo y pedradas, dirigía una pandilla de muchachos que echaban agua, fango y a veces pintura a las parejas que iban a besarse al jardín salesiano, se disfrazaba con una capa y chicoteaba a los más chicos. Dentro de la escuela era igual: le bajaba los calzones a las niñas, tocaba en las ventanas de otros salones y cuando se asomaban los niños les echaba tierra en los ojos. Su conducta era tan mala que las monjas lo expulsaron dos veces, y le regalaron el certificado de primaria por puro respeto a su padre, profesor de barrio que se ganaba las becas de sus hijos llevando la contabilidad, tocando el piano y haciendo de maestro de ceremonias en el Colegio América.

Acaso la colonia Anáhuac (al poniente de la Ciudad de México) en los años cincuenta del siglo XX era tierra fértil para el travieso proceder de *Janillo*, cuarto hijo del matrimonio Solalinde Guerra. Lindante con la

Santa Julia — uno de los barrios más célebres del Distrito Federal por su bravura y violencia —, los pleitos de pandillas eran la comida de todos los días. La violencia era común y el abuso una condena que había que sobrellevar. Aunque no le gustaban los golpes tuvo que aprender a defenderse de los peces grandes como *El Pinola*, siete años mayor, que lo pateaba y le tiraba la bolsa de pan cada que salía de la panadería, hasta que un día se hartó, fue a su casa, le clavó varios clavitos a una tabla y fue a marcarle las piernas.

No era el deseo de su padre que sus hijos crecieran en ese barrio. Juan Manuel Solalinde, profesor de comercio y taquimecanografía, había establecido una escuela para los trabajadores de la Lotería Nacional en la Guerrero, una colonia popular del centro de la ciudad. Raúl Guerra, su cuñado, le había invitado a asociarse y comprar unas casas dúplex en la Anáhuac, pero el profesor Solalinde había desdeñado la colonia por brava. Una época de crisis lo llevó a vender las máquinas de escribir y cerrar el local, y no encontró otro lugar para su familia que un cuartito en esa misma colonia que había despreciado, en una vecindad en donde compartía un baño sucio y minúsculo con los habitantes de otros diez cuartuchos. Después el profesor se tragó su orgullo y aceptó arrimarse con su familia en la casa de Raúl Guerra.

Hijo y nieto de periodistas, Juan Manuel Solalinde se distinguía por la suavidad de carácter y la generosidad. Tocaba de oído el violín y el piano, tenía facilidad de palabra y organizaba grupos de canto. Había estudiado para profesor de comercio y ese oficio lo llevó hasta la

ciudad de Aguascalientes, en el centro del país, en donde un acomodado terrateniente, Luis Guerra, lo contrató para que le diera clases particulares a su hija, de quien se enamoró. Bertha complementó el espíritu bonachón de Juan Manuel con ese temple femenino que permite a los hombres sin demasiada preocupación por el dinero sostener una familia.

Al poco tiempo lograron independizarse y alquilar un departamento frente al jardín salesiano, en el corazón de la Anáhuac. El padre de familia ocupó la sala para instalar su Academia Comercial Solalinde y aun cuando era experto en enseñar comercio, no era el mejor administrador: no sólo cobraba cuotas bajas a su veintena de alumnos sino que becaba ora a cinco, ora a ocho, ora a diez alumnos más. A uno de ellos, el indígena nahua Raúl Hernández, lo dejó vivir en su casa como a otro de sus hijos. Pero aunque no produjera mucho dinero, los Solalinde ganaban en respetabilidad: ser hijos del profesor del barrio los protegía un poco de la violencia callejera.

De noche, los Solalinde apartaban las máquinas de escribir y desdoblaban catres en la sala. Y aunque nunca faltó comida, no siempre alcanzaba para una pieza de pan de dulce para cada uno de los hijos, así que *Janillo* se apresuraba a lamer un pan completo antes de la cena y a dejarlo de nuevo en la canasta, para que no se lo ganaran. Los domingos eran días de fiesta porque el abuelo Luis llegaba con bolsas de mandado a casa. Nunca alcanzó para un uniforme escolar completo, y se remendaba el calzado una y otra vez antes de darse el

lujo de comprar nuevo. En su foto de primera comunión *Janillo* enseñaba los calcetines detrás de los zapatos rotos. Cuando era un poco más grande recortó los pies de la fotografía.

El silbato del tren acompañaba la vida cotidiana de la colonia. Ironías de la vida, Alejandro creció a unos cien metros del paso del ferrocarril (aunque en la actualidad éste no forme parte de las rutas de migrantes), y el Colegio América se situaba enfrente de las vías. Su hermano Juan Luis se acostaba debajo de los durmientes cuando pasaba la máquina y así se ganaba unos veinte centavos de apuesta con sus amigos.

Veinte centavos era “el domingo” que Juan Manuel podía darle a sus hijos, que lo reservaban para una pieza privada de pan de dulce o para la matiné del cine. *Janillo* mejor se lo daba a Nazarita, una anciana que vivía sola en un jacal de tablas al lado de las vías. Su solidaridad con la vieja —que corría paralela a sus travesuras— la había aprendido en casa. No sólo de la generosidad de su padre hacia sus alumnos pobres, sino de su madre, que cada tanto recogía a los niños de la calle, les daba de comer y les regalaba la ropa de sus hijos. Además de ama de casa, Bertha Guerra hacía de enfermera *amateur*: inyectaba y cosía a los descalabrados del barrio sin aceptar dinero a cambio, pero sí tortillas o un pan.

Juan Manuel Solalinde confesó lo ineludible: era incapaz de pagar la secundaria a sus hijos. Las máquinas de escribir de las clases de mecanografía se empeñaban cada diciembre, pero apenas daban para comer. El mayor de los hijos, Juan Luis, encontró refugio con



un tío, que le dio hospedaje, un trabajito y le pagó la escuela. Raúl se ganaba unos centavos ayudando en un taller mecánico y llevando la contabilidad de las tienditas de alrededor de su casa, pero resultaba insuficiente. A sus catorce años y gracias a la recomendación de su tío Raúl Guerra, que era oficial del ejército, Raúl Solalinde, *Rulillo*, encontró trabajo en la cárcel de Lecumberri. Víctor, *Vitillo*, entró a trabajar a una imprenta. Antes que encontrar trabajo, *Janillo* tenía que encontrar escuela, expulsado como estaba de cuanto colegio había pisado. Por fin lo aceptaron en una escuela de gobierno gracias a un amigo de su padre, aunque reprobara el examen de admisión porque se había pasado los últimos dos años entre sin hacer nada y estudiando comercio con su papá.

Raúl, Bertha Alicia — *Manilla* por “mana” —, Víctor y Alejandro estudiaron gracias al salario de Raúl. Su madre convenció a *Janillo* de que no era un niño malo y de que en su nueva escuela nadie sabría de su negro expediente de travesuras y reprobaciones. A los dos meses se sacó su primer seis, luego un siete y en el primer semestre ya había obtenido un diez. Hacia el final del año lo nombraron subjefe de grupo y exentó casi todas las materias.

## El albergue / El incógnito

Sólo un hombre con un cuadro agudo de gripa podía presentarse de abrigo y bufanda bajo el calor sofocante de Ixtepec. Con la mitad del rostro cubierto, sin sus habituales anteojos, una tos fingida y un sombrero de palma que

ocultaba su calvicie, Alejandro Solalinde acudió a fines de 2006, de incógnito, a negociar la compra del terreno de Avenida del Ferrocarril Poniente número 60. La instalación de un albergue para los migrantes se había convertido en una necesidad imperante para el sacerdote.

Al principio, antes siquiera de imaginarse que coordinaría Hermanos en el Camino, Solalinde acudía a las vías del tren en Ixtepec al volante de una camioneta *pick-up* para regalar comida y agua a los cientos de centroamericanos que llegaban en los lomos del tren que venía desde Arriaga — un pueblo en Chiapas a unos 200 kilómetros y doce horas de camino ferroviario— hasta Ixtepec, para esperar allí la salida del siguiente tren, éste con destino a Medias Aguas, Veracruz. Su presencia disuadía los operativos de las policías judicial y municipal que asaltaban a los migrantes con la amenaza en entregarlos al Instituto Nacional de Migración. Pero el 14 de mayo de 2006 Solalinde no llegó a tiempo, y los elementos policiacos asaltaron a los migrantes antes de que se aferraran al tren que estaba por partir. Al verse amenazados, unos setenta centroamericanos corrieron a esconderse y se perdieron el tren. Otros sí alcanzaron a subirse y a escapar de los policías-ladrones.

Solalinde estaba tirado en su hamaca leyendo un libro cuando sonó el teléfono y una voz del otro lado de la línea le reclamó su presencia de inmediato: el tren a Medias Aguas se había descarrilado. Los que se habían salvado del asalto policiaco no se salvaron del accidente. El sacerdote acudió a toda velocidad y llegó a las vías manoteando y gritando desesperado, “como si pregun-

tara por sus propios familiares”, recuerda un testigo de la escena. Al poco tiempo vio los restos de Miguel, un nicaragüense gordo que había sido despedazado, entre el resto de los mutilados por la máquina.

Solalinde acudió al cura Alfonso Girón — párroco de Ixtepec — para pedirle que albergara en su iglesia a los más de setenta migrantes que habían huido del asalto y recuperaban fuerzas en la plaza municipal. Hasta ese día, Solalinde no se había planteado la necesidad de un albergue porque pensaba que cada iglesia debía ser casa de Dios y alojar a los necesitados. Creía que bastaba con pedirle al párroco su solidaridad para que abriera las puertas de su templo.

— Poncho, ¿no puedes darle hospedaje a los migrantes, son como setenta?

— No pueden estar aquí, ¿qué tal que nos roban?, hay asaltantes y ladrones entre ellos y, ¿qué va a decir la gente... ? Va a ser una quemada. Si recibo esa gente (mi comunidad) no lo va a aceptar.

— Entonces, ¿qué enseñas en tu iglesia? — contestó Solalinde irritado. Si no les enseñas que Jesús está en la persona de los necesitados, entonces ¿qué les estás enseñando?

El párroco se quedó callado. Solalinde siguió:

— La gente, así como los estás formando, y tú mismo, son ojetes. No encuentro otra palabra más técnica.

Solalinde se había convertido en una presencia incómoda para las autoridades de Ixtepec y el Instituto Nacional de Migración. A bordo de su camioneta, cada que veía un operativo policiaco se dedicaba a seguir a

la policía. Los migrantes le relataban los asaltos de los agentes: “esos judiciales que van ahí son los que nos robaron en la mañana”, escuchaba y se apresuraba a levantar denuncias. Tenía un cuaderno con las fotografías de los policías judiciales y municipales en las cuales los indocumentados apuntaban con el dedo: “éste me robó mil 500 pesos”, “éste me golpeó”, y Solalinde anotaba rayitas debajo de cada uno. En sus persecuciones a los agentes gubernamentales, se topaba con autobuses del Instituto Nacional de Migración que transportaban migrantes: “¡Padre, los de Migración nos golpearon, mire cómo estamos sangrando!”, le gritaban y él se apersonaba en las oficinas de Migración con una cámara de video a levantar las denuncias y a reclamar a los funcionarios.

Con las puertas de la parroquia de Ixtepec cerradas, Solalinde inició la búsqueda de un lugar. Ingenuamente, acudió primero a la oficina de Bienes Comunales a solicitar un espacio, que nunca le dieron. Después buscó a los dueños de los terrenos aledaños a las vías del tren. Su sola presencia espantaba a los dueños de terrenos, que siempre le daban una negativa rotunda. Ahora está convencido que el entonces Gobernador de Oaxaca, Ulises Ruiz, era quien sabotaba la búsqueda. No le quedó otra más que el disfraz de un enfermo de gripa para ocultar su rostro y su calvicie frente a Tomasita. Una pareja de amigos hizo la negociación. Solalinde asentía con la cabeza cuando le requirieron su aprobación para la oferta final, de 180 mil pesos. Al otro día se presentó sin disfraz con Tomasita y le dio un anticipo.

Las autoridades municipales no tardaron en enterarse y fueron a disuadir a la vendedora: si se instalaba ahí un albergue, le dijeron, Ciudad Ixtepec se llenaría de *mareros* y de asaltantes. Pero ella se mantuvo firme y vendió el predio que ahora le pertenece a la Diócesis de Ixtepec. Con la superficie, el territorio del albergue se extendería unos metros más con la compra del terreno aledaño.

“Hasta la fecha, el padre Alfonso Girón no les da ni un vaso de agua a los migrantes”, me dijo Solalinde.

### “¿Para qué te mandé, pendejo?”

Alejandro Solalinde habla con Jesús cotidianamente. Las más de las veces Jesús escucha sin decir nada, pero cuando el sacerdote le hace una pregunta crucial, el Hijo responde, y sus respuestas determinan el camino de Solalinde o le devuelven paz espiritual. Las cálidas noches en Ixtepec, cuando los migrantes centroamericanos recuperan fuerzas para continuar la travesía y su equipo de voluntarios ha sido vencido por el sueño, Solalinde se acuesta en su hamaca —en el único lugar en el que puede estar solo— y se dirige a su enamorado: “Jesús, ¡qué friega te pusieron a ti! Cuando tú estabas, la cosa estaba delocol: la gente era más cerrada que hoy. Ahora hay derechos humanos, ¿y a ti quién te defendió? Yo tengo guaruras: tú tenías que cuidarte de todo el mundo y hasta tus discípulos te dejaron solo. Yo salgo en los periódicos, soy muy popular, ¿y tú? A mí las autoridades me tienen un poquito de respeto, ¿pero a ti? N’ombre. A veces me atraso un poquito en la comida porque nos

falta, ¡y tú cuántas veces te quedaste sin comer!” Jesús escucha sin interrumpir.

Hace más de treinta años, cuando Solalinde era un joven y carismático sacerdote de barba y camioneta, charlaba en silencio con Jesús sobre su atracción por la belleza de las mujeres. Si pasaba una mujer guapa, se inclinaba ligeramente para hablarle al oído, le daba un ligero codazo y le susurraba: “qué forro de mujer hiciste, qué bruto, te volaste la barda”. Lo chuleaba por haber hecho una mujer así pues, como él dice, “he tenido esa confianza de decirle lo que pienso como hombre, y siento que me quiere mucho”. Jesús escuchaba sin interrumpir.

Pero Jesús algunas veces interrumpe. Y lo hace en tono fuerte. Apenas pasados los treinta años, Solalinde era un aburguesado sacerdote de Toluca — una ciudad a una hora de carretera de la ciudad de México — cuando acudió a unos ejercicios espirituales en la sierra mixteca de Oaxaca, uno de los lugares más pobres del país. Vestido de catrincito, como él mismo recuerda, al término del retiro se fue de compras y adquirió seis mil pesos en adornos para su casa. La mensualidad de un coche del año, recuerda, no pasaba de dos mil pesos. Caminaba con sus bolsas cuando se encontró con mujeres pobres vendiendo artesanías en la calle. Le despertaron la curiosidad y Solalinde pudo enterarse de que venían de San Antonino, un pequeño municipio indígena de la sierra, eran esposas de hombres alcohólicos y ese día habían vendido unos trece pesos. A la tercera pregunta la indígena dejó de responder y miró con desdén al atildado sacerdote. Avergonzado, Solalinde escuchó el reclamo, esta vez no de Jesús, sino de Dios padre.

Solalinde: “Llegué a Toluca y traté de chantajear a Dios: ‘De lo que yo gaste de mi vida de consumista te voy a dar el treinta por ciento, el treinta por ciento para los pobres...’ Pero mi conciencia no se acallaba. Algo en mí me decía que no era mi lugar en Toluca. Entonces traté de llegarle al precio: ‘Está bien, Señor, no el treinta, sino el cincuenta por ciento de mi vida de consumista, de burgués’. Pero esa voz no se callaba. Yo tenía la ilusión de hacer una fundación misionera de laicos. Mi hermano Raúl me había regalado una camioneta *blazer* equipadísima y un Thunderbird convertible para rifarlo y construir la casita de misioneros burgueses que yo quería hacer y donde quería pasar el resto de mi vida. Pero esa voz no se callaba. Hasta que me di por vencido: ‘Está bien, Señor, sé que no quieres mi dinero sino mi persona. Te lo voy a dar. Voy a ir a la parte más pobre”.

El arzobispo Bartolomé Carrasco Briseño, simpaticizante de la Teología de la Liberación, aceptó a Solalinde, entonces de treinta y siete años, y a sus Misioneros Eclesiales Itinerantes (MEI) en la arquidiócesis de Oaxaca y en agosto de 1982 les asignó una parroquia en San Pedro Amuzgos, en donde permanecieron seis meses. De ahí los trasladaron a Santa María Yolotepec, en la sierra mixteca. El territorio parroquial se recorría de punta a punta en veinte horas a pie. No había caminos ni caballos y las distancias de una comunidad a otra demandaban caminatas de unas siete u ocho horas a través de las montañas. El día que recibió la parroquia, el 24 de enero de 1983, caminó toda la mañana para visitar Coanana y San Mateo Yotepingo. De vuelta, agotado, titubeó entre

el almuerzo – una tortilla seca – y el reposo. Optó por tirarse en el petate y descansar, cuando le dijeron que tenía que atender el teléfono de la caseta rural que estaba en el pueblo vecino. Una voz angustiada le informó que había una batalla campal entre los pobladores de Amoltepec y San Mateo Yucutindó. Urgía su presencia para detener la muerte, pues habían asesinado al joven catequista Tacho y arrastraban su cuerpo por las calles. Estaba a ocho horas a pie por subidas y bajadas. No se comprometió a ir: “Déjenme ver qué puedo hacer”, dijo, y regresó a casa.

Esa tarde descubrió que Jesús era malhablado. Se reclinó sobre una pared y volteó a ver a un Cristo, una imagen del crucificado que resaltaba los efectos de la tortura. “¿Señor, qué hago?” Jesús se puso en jarras y le dijo: “¿Entonces para qué te mandé, pendejo?” Solalinde se sintió repuesto, remojó su tortilla, y caminó las ocho horas que lo separaban de los pueblos en pugna. “Desde esa vez ya no me hago *ídem*, porque sé que me va a decir: ¿para qué te mandé...?”

Una década después Jesús proveyó otra respuesta clave. Los sacerdotes de la diócesis de Tehuantepec – a donde se había incardinado Solalinde – celebraban un retiro con su obispo Felipe Padilla Cardona en Catemaco, un pueblo en el vecino estado de Veracruz. Especialista en Sagradas Escrituras, el obispo Padilla les dio una instrucción: “padres, tienen que predicar a un Cristo rico, a un Cristo poderoso, a un Cristo fuerte; si no, ¿quién va a confiar en un Cristo pobretón y débil?”. Solalinde se pasó y fue el único que tomó la palabra. ¿De dónde sacaba



esa interpretación de Jesús?, le preguntó: “de mi maestro el Cardenal Joseph Ratzinger”, dijo el obispo que, efectivamente, había sido alumno de Benedicto XVI en Roma (Solalinde dice no creer en la veracidad de la fuente, pues Ratzinger jamás ha dicho cosa así).

Impactado por la respuesta de su jefe, se recluyó en su recámara y le preguntó a Jesús: “Explícame qué está pasando: es tu obispo, tú lo elegiste, fue consagrado, es de nuestra jerarquía católica pero ¿cómo es posible que siendo doctor en teología bíblica diga esas aberraciones?”.

“Tranquilo, es su interpretación”, respondió Jesús. Una sensación de paz recorrió a Solalinde.

He aquí la clave para explicar a sacerdotes como Alejandro Solalinde y a obispos como Raúl Vera y Samuel Ruiz en contraposición a la jerarquía católica dominante: la interpretación de Jesús. La jerarquía de la Iglesia prefiere al Jesucristo divino: un Dios que en efecto tuvo un estadio humano, pero que era y siguió siendo sustancia divina. Esa interpretación adquirió fuerza en la Edad Media: entre más se insistía en el carácter divino de Jesús, menos se reparaba en el Jesús terrenal. Por el contrario, las disidencias políticas dentro de la Iglesia católica reivindican al Jesús histórico (sin negar al Cristo divino) y encuentran en el relato evangélico a un hombre que fue condenado a muerte por rebelarse contra las autoridades de su época, que optaba por ayudar a los hambrientos aunque eso implicara violar la ley mosaica, que eligió como apóstoles a los hombres más sencillos entre los judíos, que prodigó sus milagros a los margi-

nados de su sociedad (los “publicanos”, los leprosos, las prostitutas) de quienes gustaba rodearse; que manifestó su resurrección no a sus seguidores varones sino a mujeres, que no tenía posesiones y predicaba en las calles, que no celebró más que una sola misa (la Última Cena) y no la cobró... En suma, un Jesús perseguido, rebelde, maestro, migrante, pobre, defensor de los derechos humanos, que enseñó la opción preferencial por los pobres, feminista para su época y profundamente humano. Con ese Jesús, de quien dice estar enamorado, charla Alejandro Solalinde desde su hamaca las noches de Ixtepec.

“Si la Iglesia mexicana está en un país en crisis y tiene un chingo y dos montones de curas, y no hemos logrado reducir la impunidad, la corrupción y la injusticia, y es un honor juntarnos de vez en cuando con Carlos Slim y hasta llamarle exitoso, yo le digo a la Iglesia: “entonces, ¿para qué te mandé... Iglesia? ¿Para qué te mandé, qué estás haciendo?”, pregunta Solalinde.

## **El albergue / Martha Izquierdo**

Entre las más de cincuenta casas, albergues, refugios y parroquias de la Iglesia católica que dan algún tipo de ayuda a los migrantes, Hermanos en el Camino y su coordinador, Alejandro Solalinde, se volvieron los más célebres, aun cuando en recursos e infraestructura su albergue es de los más precarios y también de los más nuevos. Diversos factores explican su notoriedad: el carisma mediático de Solalinde, su valentía al denunciar a secuestradores y autoridades, y la apertura a reporte-

ros, documentalistas y a quien quiera conocerlo. Pero una oportuna coincidencia le permitió saltar a la fama: la presencia del corresponsal de un diario nacional en el pequeño pueblo de veinticinco mil habitantes que es Ixtepec (cuyo nombre oficial es Ciudad Ixtepec).

Martha Izquierdo nació en Veracruz en un contexto familiar de pobreza, explotación y abandono. Pagó sus estudios de periodismo con las propinas que ganaba de mesera y se mudó a Ixtepec para cuidar de su padre, herido de bala, donde tocó las puertas de los periódicos locales. Cronista y aguda observadora política, se ganó un lugar en *Noticias*, el principal diario del estado de Oaxaca. Tras la cuestionada elección de Ulises Ruiz Ortiz como gobernador, el periódico *Reforma* de la Ciudad de México abrió una corresponsalía permanente en el Istmo de Tehuantepec, reducto del priismo caciquil. El Istmo cobró una importancia informativa creciente y, debido a las distancias y a la geografía montañosa de la entidad, resultaba imposible cubrirlo desde la ciudad de Oaxaca, a seis horas de carretera.

Izquierdo fundó la corresponsalía y pronto advirtió de los abusos a los migrantes centroamericanos. El 14 de mayo de 2006 corrió hacia el poblado de Nizanda a reportar el descarrilamiento del tren. Acelerado, caminando entre los migrantes heridos y muertos — dos perdieron la vida — había un hombre que gritaba como desesperado diciendo que era sacerdote y exigiendo que le permitieran auxiliar a los heridos. Esa fue la primera vez que vio a Alejandro Solalinde. Izquierdo cocinaba grandes ollas de comida en su casa y las llevaba a las vías del tren para

aliviar un poco el hambre de los centroamericanos. Se dio cuenta de que Solalinde hacía lo mismo, habló con él y empezaron a repartir la comida juntos. El flujo de indocumentados era aún mucho mayor que ahora porque México no se había convertido en una trampa mortal: los robos y extorsiones eran frecuentes, pero los secuestros eran todavía esporádicos. A fines de 2006 se hicieron frecuentes los plagios masivos y surgió la necesidad del albergue. Izquierdo ayudó en la accidentada búsqueda del terreno, que culminó en febrero de 2007.

Solalinde cobró la fama nacional el 10 de enero de 2007. Un grupo de doce migrantes —cuatro menores, tres mujeres y cinco hombres— fue secuestrado por policías estatales, entre ellos un comandante de la Policía Judicial, y entregado a un grupo delictivo, que los llevó a una casa de seguridad. Unos cuarenta indocumentados se movilizaron para rescatar a sus compañeros. Estaban enardecidos y dispuestos a cualquier cosa. El sacerdote los acompañó para disuadirlos de que emprendieran acciones violentas. Armados de palos y piedras, descubrieron una casa de seguridad con recibos de transferencias de dinero, credenciales de elector de Tamaulipas, botas picudas. Pero ya no estaban ni los secuestradores ni los plagiados. Lo que sí encontraron al salir de la casa de seguridad fue a la policía municipal, que arremetió contra ellos: dieciocho migrantes fueron arrestados, algunos brutalmente golpeados. Entre los detenidos iba un hombre de camisa blanca y crucifijo al pecho: Alejandro Solalinde.

La policía municipal no pudo sostener la versión de que Solalinde había subido voluntariamente a la patrulla y que pretendía quemar uno de los vehículos. Las fotografías mostraban a los agentes levantándolo en vilo y sometiéndolo en la caja de la *pick-up*. Las siguientes imágenes mostraban a Solalinde en calcetines, sentado en una celda en medio de los detenidos. Y por fin la más célebre: una contrapicada del sacerdote tras las rejas, asido a los barrotes y mirando a la cámara: fotografías de Martha Izquierdo.

El sacerdote fue liberado en cuatro horas. A los arrestados se les deportó a sus países. Algunos de los secuestrados aparecieron en Juchitán, a veinte kilómetros de allí; otros fueron llevados por sus captores a Estados Unidos a cambio de que no declararan. Solalinde continuó con las denuncias de los secuestros. Fue Izquierdo quien le proporcionó las fotografías de los policías municipales y estatales con las que el sacerdote armó un cuadernillo, y en donde los indocumentados señalaban a sus asaltantes o secuestradores (Izquierdo las había tomado cuando cazaba *mapaches* electorales, porque el gobierno local había dispuesto de los policías para resguardar instalaciones con el cemento que se usó para comprar votos). Ya con el albergue en funciones, Izquierdo acudía con grandes ollas ya preparadas o bien con los insumos necesarios para hacer de comer.

Izquierdo cocinó para el albergue durante algún tiempo, hasta que los donativos y el trabajo voluntario la liberaron de esa responsabilidad. Sin embargo siguió llevando, cada año, la cena de navidad que preparaba en su casa; en una ocasión esa cena duró apenas cinco

minutos porque salía el tren a Medias Aguas y los migrantes echaron a correr. La comida se terminó de servir entre las vías y el tren en marcha.

Solalinde iba a su casa a desayunar una vez a la semana. Cuando tenía alguna denuncia importante, acudía de inmediato con Izquierdo. La información a veces encontraba espacio en las planas del diario, a veces no. Solalinde le dio la información exclusiva a otro medio nacional. Martha lo sintió como una deslealtad y le retiró el habla. Ella recuerda cómo Solalinde acudía a la puerta de su casa a pedirle que reconsiderara: “¡Inmadura!”, le gritaba el sacerdote. “¡No me importa qué me diga, no le voy a abrir!”, respondía Izquierdo.

“Lo sentía de mi propiedad”, reflexiona ahora Izquierdo, que tras un año de berrinche recapacitó y recuperó la amistad del cura, que volvió a caer de sorpresa a su casa, ya para desayunar, ya para acompañar a un sobreviviente de secuestro a que cuente su historia. Le dije a Martha Izquierdo lo que Solalinde transmitió a sus colaboradores en la última reunión: que se había agotado un sustancioso donativo de treinta mil dólares y el albergue regresaba a su pobreza habitual. Con una sonrisa resignada me dijo que ni modo, que será cuestión de tiempo para que vuelva a apoyar a Hermanos en el Camino.

## **La conversión**

La camisa blanca, la corbata negra, el pantalón luido y los zapatos boleados que vistió esa mañana eran las joyas del ropero de un adolescente pobretón como él.

Alejandro Solalinde no tenía claro a qué iba aquella madrugada de 1962 a la Villa de Guadalupe, al norte de la Ciudad de México, pero sí sabía que tenía que resaltarse por su pulcritud. No quería contrastarse demasiado de su amigo Juan Manuel Montalvo, un muchacho riquito que había conocido unos meses atrás en una fiesta de lasallistas. Montalvo se había convertido en su ventana hacia otra clase social. A través de él, Solalinde había llegado a las reuniones de los Escuderos de Colón, a donde iba con una dosis de vergüenza por la evidente baja calidad de sus ajuares. Tras unos meses de observarlo, Montalvo lo citó aquella mañana en un edificio derruido junto a La Colegiata, con la advertencia de que llegara muy temprano y no fallara en el código de vestimenta porque habría de ocurrir algo importante.

Nacido en 1945, Solalinde fue contemporáneo de la generación del 68, que cimbró al mundo a través movimientos que recorrieron desde París a México con un severo cuestionamiento tanto al capitalismo como al “socialismo real”. Pero entre las primeras lecturas políticas de Solalinde no figuró *El manifiesto comunista* de Marx y Engels; no cantó La Internacional, no se formó en las escuelas de cuadros de las organizaciones revolucionarias que amenazaron el *status quo* de la posguerra ni tuvo a Ernesto *Che* Guevara como su referente de lucha. Todo lo contrario: sus primeros libros políticos fueron *Mi lucha*, de Adolf Hitler y *Derrota mundial*, de Salvador Borrego; su canción de combate, el himno de la Falange española; su héroe, el dictador Francisco Franco. La formación política temprana: adiestramiento para reventar violentamente manifestaciones de izquierda.

Lo que ocurrió al interior de ese edificio derruido de la Villa de Guadalupe determinaría la primera experiencia política de Solalinde. Aprendería a ser líder o, como dice ahora, descubriría al líder que llevaba dentro: perdería la timidez, adquiriría confianza en sí mismo, descubriría su facilidad de palabra y aprendería oratoria. Para la ceremonia de iniciación le ciñeron un brazalete con un círculo blanco y una “y” griega negra. Esa mañana, a sus 17 años, juró fidelidad a la Organización Nacional, hoy El Yunque, a secas, El Yunque cuyo descubrimiento le debemos al periodista Álvaro Delgado, y que ha degenerado en una mafia *sotto voce* que disputa cargos públicos y candidaturas al interior del PAN y los gobiernos panistas. Pero en sus orígenes El Yunque se proponía defender la religión católica y combatir una supuesta conspiración jude-masónica-comunista que pretendía dominar el mundo. Fundada en 1953 por Ramón Plata Moreno, detrás de su organización —y como fachada— el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) se infiltró en universidades y captó cientos de jóvenes católicos.

Alejandro Solalinde fue uno de ellos. Experimentó el fervor de un adolescente que encontraba una misión en la vida y una agrupación de jóvenes que se proponía instaurar el Reino de Dios en un mundo aparentemente acechado por el liberalismo anglo-americano, el estalinismo soviético y el poder financiero judío. En México, el régimen de partido de Estado se mantenía sin relaciones con el Vaticano y no reconocía legalmente la existencia de la Iglesia católica. La policía política, si bien se concentraba en socavar organizaciones de izquierda, también infiltraba y reprimía a las de derecha como El Yunque. Los



yunquistas, como los primeros cristianos, se sentían parte de un colectivo de perseguidos y elegidos.

Para Alejandro Solalinde nunca fue una molestia levantarse de noche y esperar los esporádicos autobuses nocturnos que lo llevaban de la colonia Anáhuac a la Villa de Guadalupe para visitar a *Brígida*, el nombre en clave de los entrenamientos en artes marciales, combate cuerpo a cuerpo y formación de grupos de choque anticomunista. Adoptó un nombre secreto, *Orfeo*, y se le asignó un jefe inmediato, *Jenofonte* (Guillermo Velasco Arzac, subsecretario de seguridad pública durante el gobierno de Vicente Fox). Su talento lo llevó a escalar rápido y convertirse en “jefe de centro”, cabeza de una célula de jóvenes que, afirma, destacaron después en la política y la jerarquía católica.

Durante tres años Solalinde militó en El Yunque, organización a la que llamaban *La Orquesta* para no revelar su nombre real. A los veinte años manifestó a Velasco Arzac su deseo de convertirse en sacerdote, en particular sacerdote jesuita. “Qué bueno, porque de esa manera vamos a infiltrar a la Iglesia católica”, le respondió *Jenofonte*. Pero su superior rechazó la idea de que se convirtiera en jesuita porque, le dijo, eran progresistas, y a cambio le dio a elegir entre dos congregaciones amigas, los franciscanos y los carmelitas descalzos. O en su defecto podría convertirse en hermano lasallista pues los lasallistas eran sus incondicionales y les prestaban los auditorios de La Salle para ceremonias y reuniones.

“Entré con los carmelitas. Si ellos me hubieran dicho: escoge entre El Yunque o la Orden del Carmen, no

lo hubiera pensado: inmediatamente elijo El Yunque”, recuerda Solalinde.

Los carmelitas descalzos le cambiaron la vida y sembraron las semillas que germinarían en el Alejandro Solalinde de hoy. Camilo Maccise, quien fue superior mundial de los carmelitas durante doce años, el ex sacerdote carmelita Ángel Saldaña y el propio Solalinde me hablaron, por separado, de la vinculación carmelitana con El Yunque en los sesenta. Coinciden en que no eran su brazo religioso. Tras los primeros años de la fundación del Yunque, dice Maccise, hubo carmelitas que compartieron la fobia comunista y le abrieron las puertas a la organización secreta. Como parte de esa vinculación, el padre Ángel Saldaña fue nombrado asesor espiritual del MURO, responsable de sus misas, confesiones y acompañante en sus ceremonias secretas en 1964.

Al poco tiempo, sin embargo, los carmelitas advirtieron el carácter negativo del Yunque, pero optaron por no romper relaciones sino seguir cerca de ellos para “monitorearlos”. Esa decisión política corrió paralela al acontecimiento más importante de la Iglesia católica desde la Reforma protestante: el Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-1965), que, aun cuando no reformó de tajo a la Iglesia, le obligó a asumir un grado de preocupación social y a abrirse a algunas ideas de la modernidad. Modesto en sus alcances reales, el concilio era un salto de calidad frente al modelo medieval que había prevalecido, y despertó el entusiasmo en obispos y órdenes religiosas de todo el mundo, como en los carmelitas José de Jesús Durán y Camilo Maccise – superiores de Sola-

linde — y en Ángel Saldaña, que diez años después, en la década de los setenta, tendría que refugiarse en Canadá, perseguido, preso y torturado por la Dirección Federal de Seguridad, la policía política del régimen priísta, porque se había convertido en guerrillero marxista.

Alejandro Solalinde ingresó con los carmelitas el 6 de enero de 1966, el año del entusiasmo conciliar, y sus superiores pacientemente desarmaron su ideología de ultraderecha. Su superior en el seminario, el padre Durán, le pidió a los enviados del Yunque que le dieran un par de años para que se concentrara en sus estudios eclesiásticos. Camilo Maccise se concentró en su joven discípulo: no sólo le enseñó francés, sino que se enfocó en transmitirle las conclusiones del Concilio Vaticano II, que reproducía en hojas mimeografiadas en papel revolución: “Este padre me forjó, me enseñó una Iglesia que no voy a soltar”, recuerda hoy Solalinde.

“Me hicieron ver que estaban actuando maquiavélicamente, que satanizaban todo, que al progreso y al cambio le llamaban conspiración. Decían que había un *complot* de los judíos, de los masones, de los comunistas, que eran el diablo mismo. Los carmelitas me iban enseñando otra cosa y yo abro los ojos. Cuando pasan los dos años, ellos [los del Yunque] intentan volver y mis superiores dicen: ‘denle chance otro poquito tiempo’. Yo para entonces estaba perfectamente consciente. Me doy cuenta de que es un grupo fascista, maquiavélico, que ficha, que investiga, que intriga. El fin en ese momento era válido, pero empleaban cualquier medio para lograr tal fin. “Ahí cambia mi vida. Imagínate qué salto, un péndulo.

No reniego de nada, es parte de mi historia. Tuve la capacidad de cambiar porque Dios me ayudó a cambiar. El Yunque que yo conocí, con todo lo maquiavélico que era, tenía ideales. Hablaban de luchar por la rectoría de Dios, no para *agandallarse* el dinero como ahora. Después vi que se volvió pragmática. Se volvió más de lo mismo: una mafia conservadora y reaccionaria.”

Los yunquistas volvieron de nuevo, pero ahora fue Solalinde quien encaró al emisario, a quien ni siquiera conocía. Le dijo que no se prestaría a infiltrar a la Iglesia católica y menos para los fines del Yunque. Nunca lo buscaron más.

### **El albergue / La quema**

La mañana del 24 de junio de 2008, mientras iba en camino a la curia episcopal, Solalinde recibió una llamada desde el albergue. Tenía que regresar de inmediato: una multitud encabezada por el presidente municipal, Gabino Guzmán, y el síndico Erasmo Carrasco había llegado a Hermanos en el Camino. Tenían palos y piedras. Por las calles una camioneta con perifoneo convocaba al pueblo a quemar el albergue porque ahí se violaba y se traficaba migrantes bajo la protección del sacerdote. Solalinde telefoneó a su obispo no sólo para cancelar la cita sino para prevenirlo, pero éste le contestó: no se preocupe, no va a pasar nada.

Amnistía Internacional en su denuncia de los hechos registra que fueron cincuenta personas, entre ellos catorce policías municipales, los que acudieron con ga-

rrafones de gasolina a quemar el albergue. El sacerdote todavía saludó de mano a un grupo de treinta que acompañaban al alcalde. Pero cuando llegó al último se encontró con Juana, una cristiana evangélica que no esperó más: “Pues ahí está ese pinche cura, ese señor, ése es el culpable de todo lo que está pasando, él protege a los violadores...” La turba rodeó a Solalinde y Juana volvió a la carga: “¡Para qué estamos hablando tanto! ¡Vamos a quemarlo!” Solalinde quiso argumentar: “los migrantes no violaron a nadie, yo sería el primero en exigir justicia, no pueden criminalizar ni al albergue ni al equipo ni a mí”.

– Bueno, ya, ya, ya. ¿Para qué estamos alegando tanto? ¡Vamos a quemar al tal por cual! – dijo una voz.

Las ánforas de gasolina empezaron a abrirse. Solalinde jugó su última carta: bajó la cabeza, abrió los brazos en cruz, extendió las manos y dio unos pasos al frente.

– Si me van a quemar, ¡pues quémenme!

– ¡Así no: baje los brazos! – le ordenó Juana.

El sacerdote piensa que su potencial asesina vio algo de Cristo en su figura y por eso se detuvo. Solalinde se aproximó a ella. La turba entró en un silencio absoluto. Nadie se atrevía a arrojar la primera piedra. Despacio, Solalinde se dio la media vuelta y se internó en el albergue. Por ese momento, la turba perdonó la vida no sólo a Solalinde sino a los nueve migrantes – dos menores de edad – que estaban dentro.

Esa misma tarde, el cabildo priista de Ixtepec ordenó el cierre del albergue en un plazo de cuarenta y ocho horas. La turba volvió, ya no para quemar a Solalinde sino para arrojar piedras a los migrantes, porque el tren a

Medias Aguas estaba próximo a partir. Solalinde llamó a Guzmán: si había agresiones contra los indocumentados a él lo haría responsable. La turba no atacó a los centroamericanos pero sí mandó al hospital al maquinista.

## El Evangelio según Solalinde

Alejandro Solalinde dice lo que piensa no sólo respecto de la corrupción de la Policía Federal, sobre la sumisión de Felipe Calderón frente a Estados Unidos, la xenofobia de los ixtepecanos y cuanto tema afecte a los migrantes. También dice lo que piensa de su madre, la Iglesia católica, apostólica y romana, una Iglesia que no ha tenido de otra más que tolerarlo por su autoridad moral. Solalinde disiente desde la liturgia: sus misas las convierte en asambleas (el significado original de *ecclesia* era precisamente ese: asamblea). Después de su homilía, invita a los laicos a tomar la palabra. Si a su misa acuden cristianos protestantes, mormones o testigos de Jehová —presencias frecuentes entre los centroamericanos— y ellos piden una bendición para su Iglesia, Solalinde se las dará, y si le ordenan que se arrodille, lo hará sin dudar. Y si alguno de ellos quiere comulgar aunque no sea católico y no se haya confesado nunca en su vida, no le negará el sacramento. Al término de la misa, Solalinde le pide a una mujer que dé la bendición a los congregantes, un ritual que *sólo* pueden hacer los sacerdotes varones. Cada una de estas transgresiones ameritaría un proceso inquisitorial.

Solalinde es un defensor de las mujeres al punto de la idealización, como cuando espera de funcionarias

de la Procuraduría General de la República (PGR) una actitud solidaria con los migrantes por el solo hecho de ser mujeres. No sólo se dice orgulloso de que su superior administrativo en la Dimensión Episcopal de Pastoral Humana sea una mujer, Leticia Gutiérrez, sino que demanda que las mujeres sean ordenadas sacerdotisas ya. Jesús no tuvo *apóstolas* por el machismo de su época, pero integró a las mujeres a su proyecto como discípulas y misioneras y los tiempos han cambiado lo suficiente como para ordenarlas ministras, afirma.

Su compromiso con la liberación de la mujer lo lleva a dar interpretaciones *sui generis* de la Biblia. En una homilía, a propósito del pasaje del Génesis en donde se narra que Dios le quitó una costilla a Adán para convertirla en mujer y darle así una compañera, Solalinde dijo que el hecho de que fuera una costilla era especialmente significativo: no se trataba de una extremidad superior o inferior: ni de arriba ni de abajo, sino de en medio del cuerpo de Adán: ese hecho significaba que Dios situaba en un plano de igualdad a ambos sexos.

Solalinde me cuenta algo que nunca le había platicado a un reportero. Cuando tenía cinco años de ordenado, a sus treinta y cuatro, era un sacerdote aburguesado y galán de Toluca. Reacio a vivir en parroquia, con el dinero de su hermano mantenía una casa elegante con no pocos lujos: botellas de buen vino, unos 200 discos de música y una televisión con control inalámbrico: un verdadero adelanto para la época. Una noche, después de una reunión con laicos de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), de la que era el asistente nacional, una

joven le pidió que la llevara a su casa. Pero de repente se dio cuenta de que no traía llaves y no estaban sus papás. Él ofreció llevarla a un hotel. Ella pidió dormir en su casa y que él se fuera al hotel. Ella cambió de opinión: quédate en el sofá porque tengo miedo a dormir sola. Mejor vente a la cama, al fin que eres un caballero y no me faltarás al respeto. Abrázame porque hace frío.

Hasta ese día, la castidad había implicado un sacrificio mayor en el sacerdote. Había sido “como aplastar un géiser con una mano”, me dice. Su relato de la relación sexual me recuerda a un pasaje de *La confesión: el diario de Esteban Martorus*, una novela en la que Javier Sicilia narra la vida de un sacerdote de pueblo. Ya maduro, Martorus descubre la sexualidad con una de sus feligresas. Ambos relatos coinciden en describir la relación sexual como una comunión y ubicarla en un plano divino. En el sexo encontraron un punto privilegiado de la relación con Dios.

“Ese día andaba como niño con juguete nuevo, feliz, feliz. Agradecí muchísimo a Dios porque para mí no es pecado. Agradecí a Dios porque fue una experiencia muy hermosa, algo muy bello. Entendí lo que es la comunión, cómo dos personas pueden unirse y formar una sola cosa. Entendí cómo Dios es tan sabio de hacer el cuerpo del hombre y de la mujer y cómo se complementan. Estaba inmensamente feliz: de las experiencias más hermosas que he descubierto en la vida. De mis oraciones más profundas que he hecho son las de ese momento. Le agradecí que me haya hecho un hombre, le agradecí el don de la mujer. A partir de entonces la mujer ya no fue un enigma.”



Solalinde siguió viendo a la chica durante un tiempo, dudó entre el sacerdocio y el matrimonio y retornó a la castidad. Lo novedoso no es la revelación de su noviazgo (es común que los sacerdotes mexicanos sostengan relaciones heterosexuales u homosexuales clandestinas) sino la equiparación de la mujer con el templo: el cuerpo femenino como lugar de comunión y de relación con la trascendencia. El sacerdote sólo lamenta que ella nunca se haya casado.

Su disidencia religiosa no se limita al papel de las mujeres en la Iglesia. No sólo está a favor de que se ordene sacerdotes a los hombres casados (con el argumento de que el matrimonio es un camino de santidad y que Jesús vivió en casa de Pedro, que era un hombre casado y con familia). Su principal crítica la dirige a la burocratización del aparato eclesial. La Iglesia de hoy no vive para Jesús sino de Jesús: de los réditos que produce celebrar misas en su nombre. Y muchas misas, porque se ha convertido en una Iglesia centrada en el culto y no en el servicio, y se olvida de que Jesús celebró una sola misa y no la cobró. Es centralista y medieval, dedicada a cuidar el cascarón de una hacienda: el Vaticano. Se olvida que Jesús fundó una Iglesia, no los Estados Pontificios. Las propiedades, las estructuras, las cargas impiden caminar a la Iglesia y la han convertido en burocrática y clientelar, con una jerarquía piramidal y clerical en la cual los laicos son cristianos de segunda y las mujeres de tercera clase, dice.

Como párroco, que lo fue durante años, Solalinde estuvo en iglesias pobres, éstas que no dan para coches del año y viajes a Roma. Cuando recibió amenazas

de muerte, el Episcopado Mexicano le dio el título de coordinador episcopal de la movilidad humana en el sureste, un cargo más honorífico que real —Solalinde no se entromete en el resto de los albergues del sur del país— pero que le da el respaldo oficial de la jerarquía a su defensa de los derechos humanos. En su diócesis, le ha dado largas a la insistencia de su obispo de que acepte ubicarse en algún lugar del organigrama, como vicario cooperador o vicario adscrito de una de los dos parroquias de Ixtepec — parroquias manejadas por curas a quienes él llama “codos” y “ojetes” por su indiferencia hacia los migrantes. Así que ni siquiera existe administrativamente en la diócesis de Tehuantepec.

“Antes que elemento de un organigrama soy misionero. Mi modelo no es Jesucristo Sumo Sacerdote, sino Jesús el Buen Pastor: El pastor que da la vida y vive con sus ovejitas, y no nada más las junta para una fiestecita (la misa). Jesús decía que la prioridad no es el culto sino el Reino de Dios y su justicia.”

“Yo amo mucho a mi Iglesia pero tengo la convicción de que no es la Iglesia que quiere Jesús”, resume.

## **El albergue / Los primeros años**

Durante años el albergue no fue más que un terreno baldío sin bardas que lo protegieran de los lobos. Tampoco había camas donde pasar la noche: se pernoctaba sobre cartones tirados en el piso que se empapaban en la temporada de lluvias. El primer donativo permitió levantar una pared y un techo de zinc al que se le llamó capilla y

sirvió de refugio para el sol y la lluvia. Luego se hizo el comedor y después unos cuartitos a la entrada.

Por el albergue han pasado decenas de colaboradores; los migrantes que se quedan unos meses a reponerse del cansancio y acumular fuerzas (y dinero) para seguir, o que fueron víctimas de delitos y esperan a que concluya su proceso legal; miembros de ONG de derechos humanos que apoyan al albergue al tiempo que hacen alguna investigación de campo —Solalinde llama a algunos de ellos “cristianos ateos” por practicar una solidaridad cristiana sin ser creyentes—; sacerdotes o religiosas que colaboran alguna temporada en el albergue y, por último, voluntarios de congregaciones católicas.

Daniela Soto, estudiante de la Universidad Iberoamericana de León, formó parte de un grupo de alumnas de escuelas jesuitas que acudieron como voluntarias. Estuvo casi seis meses, entre agosto de 2007 y enero de 2008. Recuerda la casa en la que vivía Solalinde antes de mudarse permanentemente al albergue, y en donde se hospedó con otra voluntaria adolescente: modesta, sin ventanas ni regadera y un patio con plantas; recuerda la calidez de Solalinde con los migrantes, a quienes animaba a pensar en el tren como en un “un corcel blanco” que los llevaría a Estados Unidos. Ella estaba con otras dos voluntarias cuando irrumpieron *maras* y sólo David, entonces coordinador del albergue, consiguió correrlos; recuerda la entrada de cuatro camionetas de policía que fueron a hostilizar a Solalinde y a decirle que cerrara el lugar; recuerda al padre John Popf, un sacerdote estadounidense que colaboró algunos meses, y que estaba en

desacuerdo con la laxitud de Solalinde. Junto con otras dos voluntarias, Daniela era la encargada de recoger las verduras que regalaban dos mercados, uno de Ixtepec y otro de Juchitán. Y también le tocaba cocinar: sopa de verduras siempre, además del arroz con dos años de caducidad que se recibía en donativo. El albergue demandaba su atención permanente: en la cocina, en el cuidado de migrantes enfermos o con los pies deshechos, en la revisión de las mochilas y el registro a la entrada. Solalinde mientras tanto salía a conseguir donativos pues, al igual que ahora, el dinero no alcanzaba.

Daniela recuerda a un nicargüense de quince años que había escapado de una casa donde estaba secuestrado y Solalinde lo convenció de denunciar. El padre Popf, el migrante nicaragüense y ella fueron en la *tracker* de Solalinde a la ciudad de Oaxaca. Las autoridades le tomaron la denuncia al muchacho pero no lo dejaron salir del Ministerio Público, sino que lo entregaron a Migración para ser deportado.

Pero los jesuitas interrumpirían el envío de voluntarias después de las amenazas a Laura, una joven de Torreón a quien le robaron sus pertenencias. Unos hombres —presuntamente *Zetas*— le advirtieron que ya sabían en dónde vivían sus padres y que irían sobre ellos. La joven tenía la mala suerte de apellidarse Guerra, y sus agresores pensaron que se trataba de una sobrina del cura.

## **La hechura de un sacerdote**

Si en la infancia lo corrieron tres veces de colegios privados y escuelas públicas, en la juventud lo echaron —o se

fue azotando la puerta — de cuanto seminario religioso pisó. Ya no eran travesuras de niño, sino rebeldía frente a la obediencia, la disciplina y el modelo de Iglesia lo que lo confrontaba con sus superiores. Los carmelitas lo salvaron del Yunque y le enseñaron el Concilio Vaticano II pero fallaron en imponerle la disciplina de la orden. Durante el noviciado, en una ocasión en que debía guardar el voto de silencio una señora se acercó a hacerle una pregunta y el joven seminarista Alejandro Solalinde osó responderla frente a sus pares. Cuando le pidieron que confesara su culpa dijo que la caridad para contestarle a una señora estaba por encima de una norma disciplinaria. Los carmelitas ratificaron que su vocación sacerdotal era firme pero que no servía para la vida comunitaria carmelitana, así que le dieron una carta de recomendación mientras lo ponían en la calle.

El resto de su formación fue azarosa y errante. Entró al seminario de Tlalnepantla (“de cuyo nombre no quiero acordarme”), ubicado al norte de la Ciudad de México, en donde tampoco permaneció mucho tiempo. Estaba a disgusto con el conformismo y la hipocresía de sus pares, que soportaban el autoritarismo para no poner en riesgo sus carreras. Con un grupo de quince seminaristas formó una suerte de sindicato llamado Corese (Consejo Regional de Seminaristas) que se mudó a una vecindad en la colonia Portales, un barrio popular de la capital del país, y consiguió ser admitido en el Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos (ISEE), vanguardia entonces de estudios teológicos a la luz del Concilio Vaticano II en, donde fue alumno, entre otros, de Miguel Concha, defensor de los derechos humanos.

Pero era un seminarista al garete sin seminario ni diócesis, que se resistía a someterse a la disciplina para conseguir la ordenación. Para su suerte, una pequeña congregación española, los Operarios Diocesanos, se interesó por la comunidad de seminaristas y su propósito general, Julio García, aprovechó una estancia en México para investigarlos y pasar un tiempo con ellos. Entre el expediente del seminario de Tlalnepantla, que condenaba a Alejandro por indisciplinado, y su propia observación, se quedó con la suya y decidió que fuera el primer ordenado de la comunidad de jóvenes rebeldes. Las constituciones de los Operarios marcaban que los seminaristas debían ordenarse en donde residieran los padres de los candidatos, y como los Solalinde Guerra se habían mudado a Toluca, el 18 de mayo de 1974 el obispo de esa ciudad, Alfonso Torres Romero, le impuso las manos.

— Lo ordeno sacerdote a título de...

El obispo no sabía ni siquiera a título de qué, porque Solalinde no provenía de ningún seminario diocesano.

— A título de la diócesis, monseñor — le aclaró Julio García ceceando en *diócesis*.

Ya convertido en sacerdote diocesano formó una inusual comunidad de seminaristas, religiosas y laicos llamada Misioneros Eclesiales Itinerantes (MEI). Solalinde ocupó algunos puestos en instancias directivas de la Iglesia católica, como el Consejo de Laicos y la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) de la que fue asistente nacional. Pero su ilusión era construir una casa con huertas donde pasar el resto de su vida regando

los arbustos con su comunidad. Su hermano Raúl encontró la prosperidad económica con una preparatoria en Toluca y le mantenía una vida cómoda, de “padre Amaro”, como la recuerda ahora (en referencia a la novela *El crimen del Padre Amaro*, de Eca de Queirós, que hace unos años se llevó al cine con Gael García).

En 1982, Solalinde con sus misioneros optaron por dejar la comodidad toluqueña y buscar a los pobres. Ángel Legorreta, seminarista en aquel entonces, me cuenta que el propósito del grupo era misionar en una comunidad y después partir a otra. Dentro del MEI había fricciones entre Solalinde y el resto de los miembros. No todos estaban de acuerdo con sus decisiones y él se mostraba temperamental e impositivo a veces, pero finalmente caminaban con él.

Su obispo le puso un ultimátum: o disolvía la comunidad o se marchaba de la diócesis. Solalinde había considerado irse a comunidades pobres del estado de Querétaro, en el centro del país, o a Oaxaca, en el sur, y su obispo lo previno antes de autorizar un permiso de cinco años: “No te vayas a Querétaro porque el obispo Toriz Covián es más cerrado que yo”. Tocaron la puerta de Bartolomé Carrasco Briseño, el arzobispo de Oaxaca de la Teología de la Liberación que terminaría acorralado por el Vaticano con el nombramiento de un arzobispo coadjutor.

— Mándenos a la zona más pobre — pidió Solalinde.  
— En la zona más pobre la gente nunca dejará a su cura sin comer — respondió Carrasco.

Tras seis meses en la región de San Pedro Amuzgos, al norte del estado, Solalinde y su equipo fueron llamados a la sierra mixteca, a Santa María Yolotepec. La parroquia estaba en manos de Manuel Marinero, que había aceptado una misión en la frontera con Guatemala y dejaba la parroquia de veintidós comunidades. Era una región muy pobre y sin comunicaciones, que requería caminatas de hasta doce horas para ir de una comunidad a otra.

Marinero le dio las llaves del templo tras varios días de recorrer la parroquia: “Aquí está: te entrego una parroquia sin problemas”, le advirtió. Marinero sólo oyó de él años después, cuando Solalinde pasó tres meses con su comunidad en Grand Rapids, Michigan, trabajo con migrantes mexicanos, y lo juzgó como un hombre que coleccionaba experiencias sin dedicarse a fondo a ninguna. Pero su impresión cambió cuando supo, muchos años después, de Hermanos en el Camino, y entonces inició una relación epistolar con él para animarlo a seguir. (Me llama la atención, por otra parte, que Solalinde llame “santo” a Marinero: es un cura proscrito porque se atrevió a hacer público que tenía mujer e hijos. Le prohibieron celebrar en templos católicos, pero su comunidad en San Bartolo Coyotepec desoyó el castigo y le permitió vivir en la casa parroquial y presidir la misa en domicilios particulares.)

Al principio, sus pares de Oaxaca tachaban a Solalinde de riquillo que iba con guantes a misionar con los pobres. Y los primeros meses fueron efectivamente duros. En medio de las caminatas solitarias por los cerros, su mente lo transportaba al Sanborns de Lafragua,



una cafetería en la Ciudad de México, o a Loobies, — un restaurante de postres en Tampico—, al norte del país, a donde se iba mentalmente a comer helados enormes e ignorar así la realidad: que en su morral cargaba la comida del día: una tortilla dura que debía remojar antes de poderse masticar.

Pero el tiempo le disipó las alucinaciones y le enseñó a vivir la pobreza con alegría. Como a muchos otros sacerdotes de la misma vena, los indígenas de la zona lo “evangelizaron”. La Mixteca resultó una gran universidad que le enseñó una lectura política y social del evangelio frente a la miseria y las violaciones de los derechos humanos

El MEI mantuvo la cohesión apenas unos años y después cada quien se repartió en la diócesis de Oaxaca. Ángel Legorreta fue ordenado sacerdote y se le asignó su propia parroquia. Solalinde renovó su permiso y se quedó cinco años más.

Su hermano Raúl recuerda que, al término de sus dos permisos, Alejandro acudió a Toluca a curarse una anemia crónica, a tratarse una tuberculosis y operarse la nariz. El tabique nasal se le había roto porque le cayeron unos bultos cuando dormía a bordo de un camión *guajolotero*.

Su tercer permiso para ausentarse de Toluca lo llevó a la diócesis de Tehuantepec. Fue párroco de San Pedro Comitancillo, en donde estableció un albergue de niños huérfanos, abandonados y golpeados (algunos de ellos llegaron con él al albergue de Ixtepec) y su último encargo parroquial fue la Santísima Trinidad, en una

zona pobre de Juchitán. Los pleitos entre grupos de sacerdotes —entre los favorecidos por el obispo saliente y los que pujaban por el favor del nuevo— lo cansaron y pidió un permiso, pero ahora para estudiar psicología en Guadalajara. A su vuelta estableció un consultorio de terapia familiar sistémica en El Espinal, un pequeño municipio vecino, y dio consultas a parejas hasta que el 14 de mayo de 2006 vio el cuerpo destrozado de Miguel, el nicaragüense mutilado por el tren, y decidió que tenía que abrir el albergue.

### *Rulillo*

Alejandro lo llama “mi segundo padre” aunque Raúl es apenas un año mayor que él. Son de la misma estatura y complexión y ambos usan anteojos; por teléfono sus voces se confunden y cuando están juntos se percibe esa conexión entre dos hombres que han guardado una complicidad fraterna y comparten la visión del mundo. Sin Raúl Solalinde resulta imposible explicarse al sacerdote Alejandro Solalinde. De niños, Raúl metía las manos por su hermano cuando se encontraba en peligro en el barrio bravo. Fue el salario de Raúl el que permitió a Alejandro estudiar la secundaria, el bachillerato, los primeros semestres de arquitectura, dos carreras universitarias, y fueron las ganancias de Raúl las que le dieron a Alejandro una vida aburguesada durante sus primeros años de sacerdote en Toluca.

Raúl es de esos que dicen que van al baño y en realidad se adelantan a pagar la cuenta. Además de

maestro de contabilidad, durante décadas fue un empresario próspero como socio mayoritario del Instituto Tecnológico de Humanidades y Artes de Toluca (ITHAT), una preparatoria de colegiaturas relativamente bajas. Raúl se dio la vida que sus padres no pudieron ofrecerle: viajes al extranjero, cenas en restaurantes de lujo, vacaciones pagadas para decenas de parientes, casas con instalaciones deportivas, automóviles del año. La derrama era suficiente para que su hermano, el padrecito, viviera más como príncipe de la Iglesia que como misionero itinerante en los años en que aún no se decidía a ser pobre entre los pobres.

Los rotarios de Metepec, el club al que Raúl pertenecía en Toluca, adquirieron conciencia de que el municipio requería inversión social: edificaron una estación de bomberos, repararon calles y le encargaron a Raúl levantar una casa para la tercera edad.

La segunda vez que nos vimos, Raúl Solalinde me citó afuera del Hospital de la Ceguera, en el sur de la ciudad de México. Desde que estableció la primera casa de ancianos en Metepec, una comunidad alemana a Toluca, su vida fue dando poco a poco un giro hasta que abandonó la administración de la preparatoria y se dedicó de tiempo completo a la fundación y dirección de hogares para ancianos. Al día de hoy coordina cuatro casas, todas en el Estado de México, en donde se atiende a 272 personas, la mayoría de ellos residentes permanentes. La mañana que nos encontramos había traído a la ciudad a ocho ancianas a operación de cataratas, cirugías pagadas por una cadena de salas de cine.

Las historias de los adultos mayores que protege Raúl son tan crudas como las de los migrantes que refugia Alejandro. El abandono, la explotación familiar, las enfermedades crónicas, la miseria, la falta de medicamentos, la disolución de la memoria, la tristeza, constituyen su pan cotidiano. Raúl se enfrenta a familias que se resisten a separarse de la tía abuela de noventa años, no porque la quieran a su lado, sino porque la explotan como sirvienta o enfermera, a veces con insultos y golpes. Las amenazas de denunciarlos penalmente son un recurso a la mano para salvar a esas ancianas de yugos familiares.

Raúl no sólo ha aportado una mesada a su hermano durante toda su carrera sacerdotal. También ha sido crucial para las obras sociales de Alejandro. En San Pedro Comitancillo, el padre Solalinde fundó un albergue para niños en situación de abandono, huérfanos o no, el Centro de Reconstrucción Familiar. Durante diez años el Centro de Promoción Asistencial de su hermano, pagó la operación del albergue, hasta que resultó insostenible.

Raúl repartió entre sus familiares la mayoría de las acciones del ITHAT y se dedicó por completo a trabajar en los hogares de ancianos. Pero la preparatoria, como negocio, comenzó a declinar. La matrícula se redujo a la mitad y sólo da para pagar sus propios costos de operación. El ITHAT ya no soporta la carga financiera de El Pueblito de los Abuelos, como se llama a la fundación de casas de adultos mayores. Después de sus gastos, apenas da quince mil pesos para Alejandro — que se van al albergue — y doce mil pesos para Raúl. Y las casas

de ancianos absorben, sólo en nómina, poco más de cien mil pesos a la quincena entre gerontólogos, enfermeras, médicos, nutriólogos y personal administrativo, además de las medicinas, los pañales y la comida. Salvo en una de las cuatro casas, en donde los adultos mayores aportan cien pesos mensuales a su propia mesa directiva, en las demás los servicios son gratuitos, porque sus beneficiarios, además de ancianos, son pobres o miserables sin seguridad social.

Mientras caminamos de vuelta al hospital, después de tomar un café, advierto un atisbo de angustia en el rostro de Raúl. Se aproxima la quincena. La preparatoria simplemente no dio para pagar la nómina de la fundación. Desde hace dos años quiere vender una casa grande con canchas de frontón pero no encuentra comprador y, por primera vez, piensa en enajenar la preparatoria para seguir pagando los gastos de las casas de ancianos. En el fondo le inquieta pensar quién se ocupará de “los abuelitos” cuando él se muera. Ese día a duras penas consiguió un donativo de treinta mil pesos, que le permite pagar tercios o cuartos de sueldo. Pero después recupera la sonrisa y me dice respecto a la quincena que le debe a sus empleados: “Yo no me preocupo porque eso es problema de Jesús y él verá cómo le hace”.

En casa de Raúl en Metepec es adonde Alejandro va a descansar física y anímicamente. Transita de las amenazas de *Los Zetas* a los apapachos de su hermano y su familia. Llega temprano y rara vez se queda más de una noche. Raúl lo lleva a la gasolinería en donde pasa el autobús a la Ciudad de México, de donde toma otro a Ixtepec.

Raúl está convencido que Dios le da una misión a cada persona en la Tierra. La misión de algunos es simplemente sobrevivir; de otros, cuidar a sus familias. La de Raúl son “los abuelitos”. La de su hermano Alejandro, los migrantes. “Jano aceptó con humildad la misión de ser las manos de Cristo. En cualquier momento me dicen: ‘Asesinaron a tu hermano’. Estoy seguro de que no será la mafia, sean *Los Zetas* o quien sea. Ellos no lo van a asesinar, pero las cabezas de ellos sí, y estamos hablando de los políticos.”

### **El albergue / Ya somos pobres otra vez**

“Ya somos pobres otra vez”, dice Alejandro Solalinde para abrir la reunión del 12 de junio de 2011. Dieciséis colaboradores del albergue se sientan en círculo, como cada domingo, a discutir los asuntos de Hermanos en el Camino.

Solalinde informa que los treinta mil dólares del premio Notre Dame que había donado Cuauhtémoc Cárdenas, tres veces candidato presidencial de la izquierda mexicana, ya se agotaron. De repente se le ocurrió pedir el saldo de la cuenta bancaria y le informaron que quedaban unos quince mil pesos. Lo primero que lamenta es no poder cumplir su palabra con el padre Francisco Ponce, párroco del pueblo vecino de Santo Domingo Zanatepec, que recibe a migrantes en el atrio y les da veinte pesos a cada uno. Pensando en voz alta, Solalinde dice que ni modo, tendrá que recurrir a su hermano Raúl para que le den unos cinco mil pesos para el padre Ponce.

A la primera ronda de intervenciones emergen los problemas de la administración del albergue: el encargado de las obras —el dinero donado por Cárdenas se empleó primordialmente en construir dos dormitorios: uno para mujeres indocumentadas y otro para el equipo de voluntarios— se queja de que en el área de cocina se está acabando la leña de la cimbra. Ni siquiera hay solvencia para los 200 pesos que cuesta la carreta de leña, y sin leña no hay cómo cocinar. Así como se acaba la leña se acaban las reservas: quedan cinco kilos de sal, dos costales de frijoles, medio costal de arroz y cinco kilogramos de detergente.

La comida se convierte en debate principal de la reunión. Unos días atrás llegó entre las donaciones un pollo completo —una verdadera joya— y tres residentes del albergue —centroamericanos que colaboran en Hermanos en el Camino mientras se resuelve su situación jurídica— lo frieron en aceite y se lo comieron. ¿Se valía comerse el pollo en secreto y de paso gastar el escaso aceite? De ahí se pasó a discutir si era legítimo que hubiera dos cocinas, una para los indocumentados y otra para los voluntarios. Un bloque sostenía que era injustificable: una cocina aparte generaba una segregación: personas de primera, los colaboradores, y personas de segunda, lo cual contradecía el espíritu de Hermanos en el Camino, por lo que había que desaparecer la cocina del *staff* e integrarla al comedor de migrantes. Otro bloque argumentaba que miembros del equipo tenían restricciones en su dieta y necesitaban cocinar aparte. Solalinde dijo la última palabra: sí a la desaparición de la

cocina de los voluntarios, pero hasta que se terminara de construir la otra (en el albergue todo está a medias).

Luego los prejuicios salieron a flote. Un hondureño homosexual había llegado con el tren de Arriaga y pidió pernoctar en el dormitorio de mujeres pues temía ser atacado sexualmente si dormía con hombres. El tema disparó una discusión en donde se oyeron las palabras putos y maricas y se dijo que jóvenes como el hondureño iban al albergue a ofrecer servicios sexuales por cincuenta pesos. Amelia Frank-Vitale, voluntaria graduada de Yale, interrumpió molesta: la razón de ser del albergue era evitar discriminaciones como ésta. La solución: cuando llegara alguien vulnerable a abusos sexuales uno de los elementos de seguridad dormiría junto a él.

Siguiente punto: el camión de alimentos se había usado más de una vez para sostener relaciones sexuales. Arelí Palomo, una voluntaria de la ONG IDHEAS y ex coordinadora del albergue, sostenía que las relaciones sexuales debían estar prohibidas: no sólo vulneraban el sentido mismo de Hermanos en el Camino, sino que se prestaban a abusos. Solalinde respondió primero con una pregunta: ¿entonces habría que prohibirle la sexualidad a la pareja de Isaac y Rosemary, que vivían en un casetón dentro del albergue mientras tramitaban su refugio humanitario? Sí, respondió Arelí. Solalinde acotó: “No somos la Liga de la Decencia, ni somos policías sexuales. Si viene una pareja, que tengan relaciones sexuales. El albergue es la casa de los migrantes y tenemos que respetar su libertad. El criterio ya lo di. No hay recetas de cocina”. Uno de los voluntarios da una última queja.



Es hondureño y cuenta que escuchó decir a otro miembro del equipo, cuando el tren a Medias Aguas se marchaba con migrantes con los que hubo algún conflicto: “qué bueno que ya se van estos malditos”. A él le había dolido en lo personal la frase porque él mismo era un migrante que más temprano que tarde se treparía a ese tren. Solalinde zanjó el punto: “Ellos son una bendición. Éste es un lugar sagrado porque Jesús está en ellos”.

### **“Hablo para confirmar la ejecución del cura”/(Las amenazas)**

*El Reynosa*, un sicario de *Los Zetas*, llegó una mañana de principios de 2008 al albergue a bordo de una motoneta marca Italika. Se acercó a dos centroamericanos que descansaban a un lado de la puerta y les dijo que esa noche entraría a asesinar a Alejandro Solalinde.

La voz se corrió rápidamente y el albergue entró en un estado de alarma. Había unos cien centroamericanos en Hermanos en el Camino, a la espera del tren a Medias Aguas. Hubo rápido un acuerdo: se dividirían en cuatro grupos apostados en cada esquina del albergue, que todavía no tenía cerca.

Se establecieron las guardias y Solalinde se metió a su camioneta *tracker* blanca a esperar la noche. Luego llegó el tren desde Arriaga con otra centena de migrantes. Pero la mayoría de ellos ni siquiera alcanzó a registrarse en el albergue, porque de repente se escuchó que partía el tren hacia Medias Aguas, el próximo destino. Los centroamericanos, incluidos los que hacían guar-

día, tomaron sus cosas y corrieron a montarse en él. De los cuatro grupos que resguardarían esa noche a Solalinde no quedó nada. Sólo permanecieron unos quince migrantes que llegaron exhaustos y se tiraron a dormir debajo de la capilla. Solalinde se quedó dormido en el asiento de la camioneta.

Pero uno de los indocumentados despertó con el ruido de unos pasos. Distinguió bajo la luz de la luna a un hombre que entró al albergue, caminó a la *tracker* y metió la mano por la ventanilla entreabierta. No tocó a Solalinde, sólo movió su mano en círculo sobre la cara del cura. Lo vio desde donde dormía, un cartón tumbado en la cocina, pero estaba tan cansado que no hizo un esfuerzo por reaccionar.

Meses después, un funcionario del gobierno federal le enseñó a Solalinde la declaración de un pollero detenido que trabajaba para *Los Zetas*. El pollero contó que una noche de principios de 2008 estaba con un alto mando de la organización criminal en Piedras Negras, Coahuila, cuando sonó el teléfono celular: era *El Reynosa*, que llamaba para confirmar el asesinato de Solalinde.

– Hablo para confirmar la ejecución del cura – consultó *El Reynosa* con su jefe.

– Déjalo por ahora y haz tu trabajo – le respondió la voz desde Piedras Negras, Coahuila, en el norte del país, de acuerdo con la declaración a la que tuvo acceso Solalinde.

No fue la única vez que *Los Zetas* entraron al albergue. Solalinde recuerda otras dos ocasiones. Son inconfundibles por su porte y su resolución. Entran como si

mandaran. La última vez, en enero de 2011, Solalinde los pasó al cuarto de su hamaca y les puso dos banquitos:

—¿Sabes por qué no te matamos? —le preguntó uno de ellos. Solalinde calló. —Por que si te matamos van a cerrar el albergue y va a ser más difícil encontrar a los indocumentados. En cambio con el albergue tú nos los juntas.

*Los Zetas* le demostraron que conocían la operación cotidiana: quién cocinaba, qué se comía, qué tareas desempeñaban los voluntarios.

Pero no sólo de *Los Zetas* han provenido las amenazas, intimidaciones y agresiones. También de *maras*. José Alberto Donis, coordinador del albergue, se negó repetidamente a que un integrante de la *mara* ingresara al albergue. El *marero* desafiaba con su presencia constante al albergue, hasta que un día Donis le dijo que le dejaría entrar al albergue, pero que primero tenía que registrarse como cualquier otro migrante, ser revisado y sujetarse a las reglas. El *marero* lo tomó como una ofensa personal y advirtió que se vengaría. Los voluntarios del albergue supieron que el altercado provocó una discusión al interior de los *maras* de Ixtepec: un grupo quería vengar la afrenta y ejecutar a Donis. Pero otra facción se negaba por la persecución que desataría sobre todos ellos. Ésta última facción prefirió delatar ante la policía a los *mareros* que estaban por matar a Donis.

La CNDH también documentó cómo el delegado del Instituto Nacional de Migración, Omar Heredia, montó una acusación de tráfico de menores contra Solalinde: agentes del INM detuvieron a Jeimy Moncada,

inmigrante hondureña, con cinco menores de edad. De acuerdo con la versión del INM, los niños –separados de Jeimy– declararon que en el albergue de Ixtepec habían sido aleccionados por Moncada y por Solalinde para que declararan que Jeimy era su madre, cuando no lo era. Omar Heredia aprovechó una visita de Solalinde a la delegación regional para conducirlo con Moncada y tomarle una fotografía cuando la saludaba de mano. Después a Moncada y a otro guatemalteco que la acompañaba se les presentó ante el Ministerio Público por tráfico de menores.

Pero Jeimy Moncada sí era la madre de cuatro de los niños (el otro era su sobrino). Y los niños en efecto habían sido intimidados, pero por los elementos del Instituto Nacional de Migración, para incriminar a su madre y a Solalinde, de acuerdo con la recomendación 23/2011 de la CNDH.

Las anteriores son sólo tres intimidaciones contra Solalinde y el equipo de Hermanos en el Camino. Él puede contar más, desde empujones y golpes hasta amenazas directas contra su vida. En abril de 2010, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos pidió medidas cautelares para Solalinde, Donis, David Álvarez, Norma Calderón, Araceli Doblado y Areli Palomo. El gobierno acató la orden con la instalación de una cerca y de arbotantes de paneles de luz solar. El sacerdote aceptó la protección de cuatro elementos de la policía estatal a partir de diciembre de 2010, que *mareros* ingresaron al albergue a amenazar a Donis y a Solalinde.

Los guardaespaldas caminan con una escuadra al cinto y cuando salen del albergue portan armas largas.

Solalinde cree que si lo quisieran matar, lo matarían sin más. Pero que en la cúpula de la mafia del secuestro hay políticos que calculan y que han optado por dejarlo vivo. A veces ha declarado a la prensa que está “anestesiado contra el miedo”, pero en otras ocasiones ha reconocido públicamente que vive en una “premuerte”. Incluso responsabilizó al secretario de Seguridad Pública, Genaro García Luna, de cualquier atentado en su contra.

## **El Albergue / El albergue hoy**

En cuatro años Hermanos en el Camino ha transitado de ser un terreno baldío con cartones en el piso a un modesto albergue con cinco construcciones, dos de ellas inconclusas, que cuentan con literas y colchones. No ha habido dinero para repellar los muros, y el color gris prevalece en las paredes. Lámparas de luz solar lo alumbran de noche y cuatro guardaespaldas mantienen el orden.

Las victorias del albergue y de su coordinador son asombrosas: aminorar los secuestros de indocumentados en el Istmo de Tehuantepec, contribuir a visibilizar una tragedia humanitaria y convertir a un cura sesentón en una leyenda entre los centroamericanos. Pero los pendientes saltan a la vista: dentro del albergue no se ha logrado consolidar a un equipo directivo. Si nominalmente siempre hay un coordinador debajo de Solalinde, la línea de mando es dispersa, seguido se rompe la disciplina y los voluntarios o los migrantes que se quedan una temporada en el albergue no tienen claras sus tareas. Tampoco se ha generado una inercia para abas-

tecer al albergue de insumos esenciales: comida y leña para cocinar. Del mercado de Juchitán llegan verduras y menudencias de pollo, pero la mayoría de ellas están podridas o a punto de la descomposición (la insistencia del cura en hacer menos sopa de verduras y más ensaladas choca con esta realidad).

El albergue rema a contracorriente. El sacerdote dominico Gonzalo Ituarte me cuenta que su congregación mantuvo durante años un albergue para migrantes en Ciudad Juárez, y que nunca tuvieron problemas con la comida porque la población juarense, de un millón 300 mil habitantes, era muy solidaria. Ciudad Ixtepec es lo contrario: un pueblo de veinticinco mil habitantes en donde prevalece la xenofobia hacia los centroamericanos. Basta decir que los ixtepecanos que quisieron quemar el albergue en junio de 2008 eran nada menos que sus vecinos de barrio.

Valiente hasta la heroicidad, Alejandro Solalinde también es un administrador torpe: ni cuenta se dio cuando un donativo de treinta mil dólares se agotó de repente. Hombre de discusiones y asambleas, también es un directivo temperamental. Sacerdotes, religiosas y laicos que han pasado algún tiempo en Hermanos en el Camino han diferido de él sobre la conducción del albergue: se ha aferrado a que es la casa de los migrantes, un lugar donde deben sentirse en libertad. Me tocó presenciar una reunión interna en junio pasado, en donde se formó una comisión para redactar un reglamento, a más de cuatro años de su fundación. Solalinde también ha hecho cada vez más frecuentes sus viajes y son cada vez más espaciadas sus estancias en Hermanos en el Camino.

Las normas rígidas de otros albergues aquí no existen: allá por lo general se impone un horario, de siete de la noche a siete de la mañana (de día los migrantes deben salirse) y acá las puertas permanecen abiertas. Se obliga a los hombres a cubrirse el torso: acá los indocumentados son libres de exhibir sus barrigas bajo el denso calor istmeño y de permanecer a cualquier hora del día y la noche. Sólo hay tres reglas: no beber, no introducir drogas y armas y no permanecer más de tres noches. Pero aun esta última regla es flexible si el usuario argumenta que espera un envío de dinero. Y si pide trabajo en el albergue probablemente lo obtendrá.

La apertura entraña riesgos, por supuesto. No hay una línea fina entre indocumentados, *polleros* y agentes de los *maras* y *Los Zetas*, que podrían incluso colarse entre el equipo de colaboradores. Si se sorprende a alguien *enganchando* gente para llevarlos a Estados Unidos, se le expulsa, pero es difícil saber quién está realmente en el camino y quién acude a recabar información que sea útil para un secuestro.

Los migrantes se sienten en casa. En los retratos de Alex Dorfsman, en las charlas que sostuve con los que coincidí a principios de junio, en los testimonios que me muestra la realizadora Alejandra Islas — con los que elaboró el documental *El albergue* — resalta la serenidad de hombres y mujeres que provienen de la pobreza espantosa y de la violencia extrema centroamericana, y que en México han pasado por las más duras: secuestros, robos, asaltos sexuales, explotación laboral o accidentes que los marcan de por vida, como mutilaciones o descargas

eléctricas. Tratados como delincuentes, mercancía o ganado en el resto del país, aquí representan el rostro vivo de un mesías de Galilea. Lo que hay es poco: edificios grises, comida descompuesta, calor.





# ORLANDO

Alejandro Solalinde

14-05-06\*30-05-06

LA ODISEA MIGRATORIA POR LOS SERES AMADOS  
UN TESTIMONIO VERÍDICO PARA TOMAR CONCIENCIA

## **Ciudad Ixtepec, el arribo.**

Había sido una mañana soleada la del domingo 14; cálida, como suelen ser los días de mayo, acá, en el Istmo de Tehuantepec. El reloj marcaba las 12; de un momento a otro arribaría el tren de carga procedente de Arriaga, Chiapas, según habían informado en el Albergue del Hogar de la Misericordia y en la estación del ferrocarril. Y sí, tal como lo habían calculado, llegó poco antes de las 13 horas.

Se escuchó, imponente, el silbido de la máquina. Minutos después, fue entrando a Ciudad Ixtepec, por Picacho, lugar favorito de las corporaciones policíacas de la región, para asaltar a los migrantes. Picacho es un lugar donde abundan las cantinas o sitios de venta de bebidas alcohólicas. Es lugar de marginación, escena-

rio elegido para los operativos de Migra, estación de La Ventosa Picacho, sitio donde se consumó el primer secuestro de migrantes, el 12 de diciembre de ese mismo año de 2006. Pero sobre todo, es el territorio donde han anidado policías dedicados a asaltar y vejar migrantes. Para botón de muestra, ahí está Miguel Ángel, “El Diablo”, un verdadero emblema de la calidad humana de las autoridades locales.

Orgullosa por su valiosa carga humana, la locomotora lucía una impresionante cresta humana: ¡cerca de mil centroamericanos! Casi todos jóvenes; la mayor parte varones. Se apreciaban también algunos niños, al parecer con su familia. El ambiente asemejaba una fiesta. ¡Qué difícil era imaginar las condiciones en las que habían viajado durante la noche anterior y parte del día, a la intemperie, en esos vagones no diseñados para transportar gente! A no pocos de los que viajan así, los ha vencido el cansancio, y han caído del tren, con resultados fatales; otros se confían cuando el tren se detiene con frecuencia; de repente arranca, sorprendiendo a algunos que caen sobre el riel y son mutilados al pasar las ruedas sobre ellos. ¡Qué drama para quien lo vive; qué trauma para quien lo presencia; cuánto dolor para los familiares que viajan con ellos!

En esta ocasión, a pesar del agotamiento, el conglomerado ostentaba entusiasmo por haber conseguido llegar hasta aquí. ¡Lograron sobrevivir!, no sólo a las condiciones del traslado, sino a los asaltos de las corporaciones policíacas y de algunos civiles que los agobian, principalmente en Chiapas. Hasta hoy, este estado es

el peor azote de transmigrantes. En Oaxaca, el paso de Unión Hidalgo ha sido desde hace mucho tiempo un trago amargo que ni la parroquia, ni el municipio, ni nadie, han logrado siquiera frenar. Ahí no ha habido piedad para ellos. Es inútil tocar a las puertas de la casa de Dios, no se abrirán; ¡menos si es de noche!

¿Quién podría descubrir, al contemplar ese contingente sucio y maltrecho, la enorme riqueza que porta? Consigo lleva: su historia personal, sus valores familiares, culturales, un sentido humano y libre de vivir; pero sobre todo, cada uno de los viajeros se aferra a un sueño por realizar. Cada uno manifiesta un rostro y una fisonomía original, algunas de ellas nunca vistas por estas tierras istmeñas. Todos ellos tienen en común el sufrimiento y la pobreza. Todos ellos hallaron puertas cerradas en sus países; o por lo menos no tuvieron las oportunidades necesarias. Allá en sus terruños se conformaban con sobrevivir de cultivos tradicionales, o de oficios menores, pero un buen día se enteraron por los medios de comunicación, y por los que han ido y venido del Norte, que existía algo mejor que lo que tenían. Ni modo, no se puede tapar el Sol con un dedo: la acumulación de bienes de unos cuantos se ha vuelto escandalosa, mientras el empobrecimiento, imparable en las mayorías. Cuando los humanos inventan los sistemas económicos, piensan en sus intereses, mas no en el bien de todos; luego los sacralizan y los defienden «legalmente» como si fuera la verdad revelada por Dios.

Pues ahí estaban esos jóvenes trepados en el tren. Algunos vecinos, al verlos pasar, mostraban descon-

fianza; otros, manifestaban compasión. No faltó quien los mirase simplemente como pobretones; y por qué no, hubo también gente que los rechazó abiertamente; incluso abundan quienes los ven como un negocio.

Lo cierto es que la mayor parte de esos jóvenes en tránsito, son personas importantes para su familia. De hecho, en su conjunto, es la juventud productiva de Centroamérica la que está desplazándose silenciosamente, en un éxodo interminable, hacia el Norte, en busca de su sueño. El hambre merma las fuerzas, pero no mata el derecho de soñar. Sueño y esperanza se confunden, y alimentan la lucha por una vida digna. Los migrantes son luchadores valientes que incomodan a los que llevan una vida segura. Sobrevivir al paso del México “católico” y “Guadalupano” es su prueba más dura. Sí, si sobreviven a México, ya pueden soportar las peores condiciones de vida en Estados Unidos o en cualquier parte del planeta.

## **Los ojos de Caín, los ojos de Jesús**

Con un poco de imaginación, si existiese una cámara que pudiera enfocar integralmente las vidas y no sólo las apariencias; si pudiésemos fijar nuestra lente, por alguna suerte de tecnología cibernética, o digital, en uno de esos cientos de viajeros, descubriríamos realidades humanas imposibles de captar con los ojos de Caín. El ser humano, egoísta, no puede ver sino en partes, con prejuicios y con intereses. Desde la óptica del amor, las cosas se contemplan diferentes y más completas.

Desde la mirada de Jesús, los migrantes que van llegando ¡son de casa, y muy amados y valorados y bienvenidos! El Hijo de Dios sabe de esos sufrimientos de forastero, en Egipto, cuando casi recién nacido tuvo que emigrar de su propio país, con toda su familia, cuando las condiciones eran adversas para su vida. Entonces, sus padres, también jóvenes migrantes, aprendieron a tocar puertas extranjeras para pedir agua, para pedir pan mientras encontraban trabajo. Seguramente, muchos de los que les cerraron sus puertas nunca imaginaron a quién se las estaban cerrando: ¡al mismo Dios, en ese ropaje tan humilde!

Pues ese 14 de mayo ahí estaban esos cientos de jóvenes procedentes de nuestros países hermanos de Centroamérica. ¡Qué vergüenza! Más de 500 años de evangelización y catolicismo, no han conseguido en buena parte de su membresía, más que verlos con indiferencia, con ceguera e insensibilidad. No han podido identificar en esos forasteros a Jesús, Rey y Señor, que sufre todavía su viernes santo, mientras celebran tranquilamente las misas en el templo, en una religiosidad que casi nada tiene que ver con la vida cotidiana.

En México medio milenio de religión nos ha formado para reconocer a Jesús en las estampitas, o en el Santísimo Sacramento, en el Papa o en algún otro ministro; pero este adoctrinamiento no ha alcanzado, en lugares como Ixtepec, para educar en una fe viva, capaz de descubrir a Jesucristo en todo ser humano; principalmente en los hermanos que sufren las consecuencias de la injusticia, la exclusión y el egoísmo. El egoísmo no

es más que el vicio de mirarse exageradamente a uno mismo, desde nuestros propios intereses.

## **Desintegración familiar**

Lo primero que percibimos en esos nuevos transeúntes, es la ausencia de sus familias. ¡Todos son parte de alguna de ellas! Y ahora están separados. Nadie puede saber si para siempre. Desde su salida, nadie les puede garantizar si volverán a casa, a su tierra, a los suyos. De algún modo, toda la familia viaja con ellos a través de su preocupación, de sus expectativas, y sufren juntos la pena de la incertidumbre y la incomunicación.

Pareciera que la locomotora, aquel ruidoso monstruo de acero, hiciese paradójicamente las veces de una madre que carga y protege a sus hijos. Descendiendo de ella, se reanuda el riesgo. Y es que, cuando un pueblo no acoge, se vuelve cómplice del desamor; su religión es ciega; su fe, estéril.

## **La más cordial bienvenida**

Minutos después de hacer su entrada esa especie de locomotora mamá, el contingente fue asaltado, según refirieron los centroamericanos y vecinos, en dos flancos: la policía municipal por uno, y la ministerial por el otro. Fue una acción conjunta, coordinada y rápida. En un breve lapso a los recién llegados los robaron, despojándolos de dinero, relojes, cadenas, y cuanta pertenencia pudiera servir a los también empobrecidos y envilecidos

policías, víctimas de un sistema añejo y corrupto que los ha olvidado y los ha agredido también a ellos. Sólo unos cuantos, menos de setenta migrantes, lograron escapar a esta “cordial bienvenida”.

Por un error de información, mi pequeño equipo de la Movilidad humana y yo, llegamos cuarenta y cinco minutos tarde a la vieja estación del tren. Distribuimos rápidamente entre los viajeros: comida, fruta, agua, y les preguntamos, como siempre, cómo les había ido durante el camino. Lo primero que nos dijeron fue que los acababan de asaltar. Entonces fuimos filmando sus testimonios, como en otras ocasiones.

Aquel atraco les arrebató sus pertenencias, pero no logró quitarles su alegría juvenil, ni su esperanza. En un santiamén, los muchachos se fueron organizando en cada vagón para repartir los víveres. Descendían hasta la camioneta *pick-up*, para lanzar los víveres a sus compañeros, con lujo de malabarismo y picardía. Hasta hicieron volar por los aires un cajón con ciruelas. Arriba lo cacharon con profesional destreza. ¡Fueron esos momentos de alegría y movimiento! Todos en la estación ferroviaria de Ciudad Ixtepec estábamos muy lejos de imaginar la tragedia que se avecinaba. El intenso sol de mayo, el mercado sobre ruedas (tianguis), el bullicio de la pequeña central de autobuses y el continuo cruce de gente sobre las vías del tren, montaban un escenario festivo de domingo.

Poco a poco se iba agotando el contenido de la camioneta en marcha, mientras seguíamos avanzando hacia los últimos vagones. Entre bromas y confidencias del



viaje, los fuimos despidiendo. Muchos católicos pedían una bendición. En atención a los viajeros que profesaran otro credo, se les bendecía con su permiso, aclarándoles que se les daba aquella bendición, en nombre de su familia y del único Dios que es “Padre de todos y para todos”, como ellos mismos dicen. Aceptaron.

Entre todos estos viajeros, venía una veintena de centroamericanos procedentes de Honduras, Nicaragua, El Salvador y Guatemala, en uno de los vagones intermedios (se trataba de un vagón rectangular, diferente a los demás, cargado con maíz). Iban de Honduras: Miguel Caballero Vuelto, Idalia Marilet Mejía Estrada, Alan Roberto Delgado Quintanilla, Julio César Lambed; de Nicaragua: Orlando José Pérez Granados, Ariel Delgado Guido, Andrés Asarías López Pereira, Denis Hernández Balmaceda, Rómel Rojas Coronado, y otros más.

Pues partió el tren. Los que se fueron, se veían decididos en su afán. Sólo unos sesenta o setenta hombres y mujeres se quedaron. Me acerqué a ellos, platiqué. Nos externaron su temor de ser asaltados por policías, ya que cuando estaban asaltando a sus compañeros de viaje, se habían apeado del tren, manteniéndose a distancia; pero cuando arrancó de nuevo la máquina, ya no alcanzaron a subirse. Partió sin ellos. ¿Cómo hacer para protegerlos sin un albergue, hasta la próxima salida de otro tren? ¡Claro, me acordé de la iglesia de Guadalupe! ¡Ésa era la solución!, después de todo, por eso es casa de Dios, y la más cercana.

## Tepeyac, espacio donde se recibe y valida al excluido

Sí, por estar a una cuadra de la estación del tren y por estar dedicado el templo a la Virgen de Guadalupe, pensé que era el lugar adecuado para recibir a estos hermanos pobres que la necesidad los mandó a donde “no andan ni paran” (palabras de Juan Diego en el Tepeyac).

En el relato guadalupano (Nican Mopohua) Juan Diego, pobre, indígena y laico, tiene que desplazarse entre dos espacios contrastantes: el Palacio del obispo y el Tepeyac. Tlaltelolco era lugar de los conquistadores, del poder, residencia de los privilegiados, lugar de la dominación. Ahí, los pobres, macehuales, eran tan sólo un número en la cuenta. En el Tepeyac, en cambio, al pobre se le acogía y se le trataba con cariño y dignidad; se le confiaba una misión, dándole el rango de embajador del Cielo, representando a la mera “Madre del Dios por quien se vive”.

Por todas estas razones creí que los migrantes, nuevos Juan Diegos, serían bien recibidos en la parroquia de Ixtepec, contigua a las vías del ferrocarril, por ser SU casa, la casa de SU Padre Dios y de SU Madre María de Guadalupe. Ella es también Patrona de Centroamérica. Su protección incluye también esta región, y las banderas de estos países ondean en la Basílica de Guadalupe, a la derecha de nuestra Virgen Morena. Morena, como nuestro pueblo.

Todos los templos, pero sobre todo los que llevan su nombre, si no acogen con cariño y dignidad a los Juan Diegos, no merecen llamarse casa de Dios, ni casa de María;

porque el culto iría por un lado, y la vida y la justicia (que es “lo primero”) por otro; porque ese espacio (de todos) seguiría siendo exclusivo de unos cuantos privilegiados. La Casa-templo es sólo propiedad de Dios, y tiene que ser espacio de misericordia, sino ¿qué celebramos con el Padre de esos hermanos que ignoramos y excluimos? Entonces nos quedaría claro que no todos los templos dedicados a nuestra Señora de Guadalupe, son Tepeyac.

### **“No hubo lugar para ellos en la posada” (LC.2,7)**

Al ver aquel grupo de migrantes angustiados, que no alcanzaron a subirse al tren, y quedarse en la boca del lobo, tomé el celular y llamé al párroco Alfonso. Eran las dos de la tarde. Él salía a comer. Le expliqué que era un asunto urgente, y accedió a esperarme amablemente. En menos de cinco minutos estaba con él. Me aguardaba en la puerta de su casa, donde oyó mi relato y mi petición de que los hermanos migrantes pudieran quedarse esa tarde y noche en el atrio de la iglesia, porque ya los habían asaltado y corrían peligro en las vías. Me contestó que no podía recibirlos, que no podía hacer nada, porque ellos podrían hacer algo malo ahí; que qué tal si robaban, y la responsabilidad iba a ser de él. Yo le propuse quedarme con los hermanos hasta que se fueran; quedarme con ellos en el atrio. Respondió que no podía dejarlos porque a la gente no le iba a parecer; que ¿qué iban a decir sus feligreses?; que capaz que hasta tuviera problemas con ellos.

Yo le cuestioné, que entonces ¿qué le estaba enseñando a la gente?; que ¿cuántas misas habían celebrado,

y no eran capaces de reconocer a Jesús en sus hermanos, en los migrantes? Le dije que no tuviera miedo a sus feligreses; que era la oportunidad de acercarlos a una fe viva; que era una oportunidad para evangelizarlos. Le comenté que alguien de su parroquia, que se decía mi amigo, colaborador de él, se había negado a asistir a dos muchachas migrantes, con mucha necesidad y en riesgo. En vez de socorrerlas, me echó en cara el mal comportamiento de algunos “salvadoreños” que habían pasado. Esto era un pretexto para negarles un apoyo. Yo le dije que no estaba actuando como cristiano, sino como oje-te, que es lo mismo que mezquino, pero a la mexicana. Jesús nos mandó amar, no juzgar. Esta persona, como muchas otras, hace prácticas religiosas sin compromiso social. Fueron formadas para ser clientes, no misioneros.

El padre siguió negando su ayuda. De nada valió que le sacara el texto de Mateo 25, 31-46: “Fui forastero y no me hospedaste (43)... En verdad les digo que cuanto dejan de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejaron de hacerlo (45)”. No accedió. Entonces le recordé la parábola del buen samaritano, pero ni así se conmovió. Cuando agoté todos mis argumentos, y ante la prisa del padre por irse a su comida, me retiré con un sentimiento de indignación, preocupado por lo que podría suceder con los migrantes que se tendrían que quedar en las vías. ¿Qué se puede hacer cuando un administrador de las cosas de Dios dice No en nombre de Dios?

Aquel grupo de migrantes fue asaltado, efectivamente, durante la noche y al día siguiente, por la mañana. La segunda vez, los “comprensivos” policías ya no

les exigieron billetes, sino monedas, “aunque sea para los chescos”.

Mientras el Padre Alfonso se alejaba, oré diciendo: Señor Jesús, te comparto mi dolor: Hoy, apenas llegaste en el tren, te asaltó la policía municipal y la judicial, y de pilón, no te quisieron recibir ¡ni en tu propia casa!

## **La tragedia**

Habían transcurrido escasos cincuenta minutos de la salida del tren, aquel 14 de mayo, cuando recibimos una llamada, avisándonos del descarrilamiento del tren, a la altura de Nizanda, pequeña comunidad, Agencia de Asunción, Ixtaltepec. Inmediatamente nos trasladamos al lugar. Nos fuimos tan rápido, que casi llegamos al mismo tiempo que las ambulancias. ¡Cuántas impresiones!, ¡Cuántos sentimientos encontrados!, había patrullas, ambulancias y demás vehículos del personal de diversas instituciones de gobierno, como migración, de la prensa, del sector salud, y de nosotros, como Iglesia católica. Todos nos apretujábamos en la estrecha terracería y en un llanito próximo a las vías del ferrocarril.

Es difícil describir el impacto recibido por los migrantes: los que se accidentaron quedaron inmóviles, otros que los acompañaban por solidaridad, permanecieron a su lado, mientras todos los demás corrieron. Ellos sabían que no pueden hacer nada; que tenían que continuar su camino hacia el Norte. Cuando arribó la policía y migración, todos ellos ya se habían vuelto ojo de hormiga. ¡Siguieron su camino a pie!

Las ambulancias auxiliaron primero a los heridos más graves: Idalia Marilet, Alan Roberto, Julio César y Orlando José, quienes se desangraban rápidamente; el tren le había cercenado una pierna a cada uno de ellos. El dolor tan terrible que sentían, sólo ellos lo experimentaron. El traslado me pareció eterno.

### **En el Hospital Civil, cuerpos mutilados y alas rotas**

Todos ellos empezaban a tomar conciencia de lo sucedido, menos Orlando, quien aguardaba su turno para ingresar al quirófano. Los primeros fueron Carlos e Idalia Marilet, casi sin analgésicos, parecían no sentir dolor. En realidad estaban *chocados*. Le pregunté a Orlando que ¿cómo se sentía?, y me respondió que bien; que no tenía nada. Dirigiéndose a una de las enfermeras que lo preparaban, señaló su pierna izquierda y exclamó con aparente serenidad: “De veras yo estoy bien, no tengo nada, mi pierna está bien”. Orlando estaba fuera de sí, su pierna estaba destrozada, y había perdido mucha sangre. En los pasillos y fuera del hospital yacían otros heridos menos graves, pero no menos consternados, a quienes yo atendía, con la ayuda de Edgardo, mi primer voluntario.

Aquella tarde-noche en el Hospital Civil Macedonio Benítez Fuentes, en remodelación, fue para mí un brutal despertar a las realidades cabronas que padecen los transmigrantes: adentro el dolor, la no auto aceptación de los cuerpos mutilados, de la tragedia sin aviso, de lo nunca esperado, del sueño interrumpido, de las alas rotas; afuera, las quejas de los heridos menos gra-

ves, señalando a los policías asaltantes, quienes al mediodía, los habían robado personalmente, y por la tarde los habían auxiliado institucionalmente, *por orden de la superioridad*. Las mismas patrullas *pick-up* blancas de los municipales, y vehículos de los policías ministeriales, que usaron para asaltar a los migrantes horas antes, las usaron ahora para transportar heridos y al finado Miguel. Por referencia de los jóvenes centroamericanos, escuché por vez primera la descripción de los policías voraces, responsables de tantas acciones delictivas contra ellos. “Padre, a mí un policía me robó mi reloj y me quitó todo mi dinero”; “a mí, otro me sacó mi dinero y me amenazó con una pistola”. “Y a mí...” “Y a mí...” “Y a mí...” Pasé un largo rato escuchando aquellas quejas y anotando la descripción de aquellos bandidos con placa, agazapados en la institución para cometer fechorías. No bien estaba asimilando el sufrimiento de allá adentro, cuando me empezaba a golpear la injusticia, la corrupción de servidores públicos. No podía comprender cómo los mismos policías que los habían asaltado, eran ahora, como por arte de magia, los salvadores que los estaban auxiliando “en cumplimiento del deber”.

## **Amaneciendo a lo increíble**

Por la mañana del 15, ya el dolor del alma se había asentado, y el dolor del cuerpo se había anestesiado por la sorpresa del miembro perdido. A los jóvenes nicaragüenses menos heridos, que permanecían afuera, personal autorizado les había ordenado muy temprano ir a

enterrar las piernas y los brazos mutilados de sus compañeros en el basurero del fondo, cerca del cementerio. Ellos al ver el panteón solicitaron el permiso para enterrar esos miembros. Les dijeron que sí, pero en la parte de afuera. Dijeron haber sentido algo extraño; estaban en realidad muy impactados.

Este grupo de cinco jóvenes había sido atendido y descansaba fuera de Urgencias, debido a la falta de camas y por encontrarse el nosocomio en remodelación. Ariel Delgado Guido, de Managua, y Azarías Pereira, de Malpaisillo, destacaban del grupo. No habían podido bañarse aún y su ropa estaba llena de sangre. Con ellos estaba José Morales, de veintiún años, originario de Zacapa, Guatemala. Nunca pudieron expresar lo que sentían, pero con ver sus rostros era suficiente. Adentro, amanecían a su primer día, como mutilados los otros jóvenes, que no podían asimilar aún lo sucedido. ¿Qué decirles?, ¿cómo ayudarlos?

Como pude, me armé de valor y entré a verlos. Me presenté. Idalia Marilet Mejía Estrada, veinticinco años, fue la primera, una morena alta, llenita, hondureña, de Atlántida. Lloraba más por su hijita Sherli, que por la pérdida de su pierna derecha. Esta valiente mamá tuvo que salir de su tierra y separarse de su madre Jacinta, para buscar trabajo en el Norte y poder sostenerlas. Su pena era ahora, que iba a ser repatriada por Migración, y en lugar de haber ayudado, iba a ser una carga más. La escuché largo rato. Traté de contenerla emocionalmente, de animarla sobre su nueva realidad. Oramos juntos. Me pidió preparar telefónicamente a su mamá. Lo hice. Fue



doloroso. La seguí visitando durante esos días. Se fue tranquilizando. Es una mujer fuerte, con mucha fe.

William de Jesús, de Guatemala, de treinta y dos años, perdió su brazo derecho. Preguntaba por su esposa, que venía con él. En otra habitación estaban juntos Julio César Lambert, también de Atlántida, Honduras, veinticuatro años de edad, joven atleta, de 1.90 de estatura, perdió su pierna izquierda, casado con Xiomara, dos hijos: Ismael y Míldret. Julio se veía más tranquilo, incluso hasta pudo sonreír.

En la cama de en medio estaba Alan Roberto Delgado Quintanilla, de apenas veintidós años, de San Pedro Sula, Honduras. Un chiquillo encantador. Nunca olvidaré su semblante: alegre, optimista, como gozando la vida. ¡Qué joven más positivo! Perdió su pierna derecha. En el 2000 había perdido a sus padres y cuatro hermanos en un accidente automovilístico, y sólo le quedaba un hermano en Houston, Texas. Y tíos y familiares en su tierra. Muy humilde, trabajaba como albañil. Yo no podía comprender esa alegría; menos con lo que le había sucedido a su familia. Lleno de curiosidad le pregunté por qué estaba tan tranquilo, si le habían pasado tantas desgracias: padres, hermanos, y ahora ¡la pérdida de su pierna! Me contestó de inmediato: “Porque el Padre Dios está a mi lado”. “Yo puedo sentir su amor.” Le cuestioné, provocador: “¿Qué hizo ese Dios que tanto te ama, durante el descarrilamiento?”. “Cuidó mi vida”, me respondió. “Si él no me acompañara, no estaría platicando con usted.”

Yo no salía de mi asombro. No es fácil hallar personas con tanta fe. Este chico ¡tenía a Dios adentro!

Seguí platicando con él, en presencia de sus compañeros: “¿Qué vas a hacer ahora que te regresen a tu país?”. Sin pensar mucho me respondió: “Pues me voy a regresar a México, y luego voy a ir a Houston, con mi hermano”. Lo seguía mirando, admirado por su gran seguridad, mientras me preguntaba en silencio ¿cómo le iba a hacer para llegar con su hermano, en esas condiciones? De verdad que irradiaba en su sonrisa una alegría expresada hasta por sus ojos. Durante mis siguientes visitas, pude confirmar su optimismo apoyado por su gran fe en Dios. Lo que nunca se me ocurrió fue preguntarle quién y cómo le sembró ¡tanta vida de Dios!

Me sorprendió que, al mes y medio de haber salido del hospital, y repatriado a Honduras, él me llamó diciéndome que estaba en Tamaulipas, días después, en McAllen. Unas semanas más tarde, ya había llegado con su hermano y estaba trabajando vendiendo periódicos. ¡Ya andaba caminando con su prótesis!

Un buen hombre que lo había observado vendiendo periódico, se le acercó, se conmovió y lo empezó a tratar, le cayó muy bien y le pagó su prótesis, de buena calidad, por cierto.

No he vuelto a saber nada de él. Pero de una cosa estoy seguro: ¡es un triunfador de la vida y amigo de Dios!

En la última cama de esa misma salita, estaba Orlando José Pérez Granados, de treinta y ocho años de edad, originario de Malpaisillo, León, Nicaragua. Su semblante contrastaba con el de Alan Roberto: callado, daba la impresión de estar intentando asimilar aún lo sucedido, o de quererse fugar al menos mentalmente.

Estaba y no estaba. Me olvidé por un momento de los otros dos, y me centré en él. Decía tantas cosas con sus ojos. Su rostro era como la fachada de un mundo interior indescifrable. Poco a poco me fue revelando algo de su vorágine interior: me habló de su esposa Martha Lorena, a quien amaba tanto y con quien compartía tantos momentos importantes de su vida familiar. Quisiera haberla tenido a su lado ese día ¡cumplían ya veintiún años de casados! Hubiera querido tener también al resto de la familia. Mencionó a sus hijitos: Bianca Lorena, Maikol, Jeferson Orlando, a su mamá Melva, a su papá Manuel, a otras personas más de su querida tierra. De verdad que transmitía incertidumbre y una enorme nostalgia. Le pregunté si quería que me comunicara con su familia. Me respondió afirmativamente. Me proporcionó los números telefónicos de su esposa y de su mamá. Le prometí que ese mismo día trataría de contactarlos. No pude hacerlo sonreír. Había sufrido la amputación total de su pierna izquierda en su tercio medio. ¡Cómo no iba a estar así! A lo más, pude dejarlo con un poco de tranquilidad. Y sí, sí inicié de inmediato la comunicación con su familia. Fue difícil informarles lo sucedido.

### **Los medios y las corporaciones policíacas, nuevos interlocutores**

Desde el día del descarrilamiento, muchas cosas empezaron a cambiar en mi vida. De una existencia relativamente tranquila, disfrutando de privacidad y de la sabrosa vida común, irrumpieron en la escena: medios de comu-

nicación, corporaciones policíacas y ese mundo tan corrupto de funcionarios públicos que se desarraigaron de los valores comunitarios y se metalizaron. Simplemente son parte de un instituto o grupo político, diseñado para generar dinero y poder, pero no para servir realmente, aunque en el discurso aparezcan todas las virtudes habidas y por haber. Algunos periodistas habían entrevistado a algunos de los accidentados, quienes denunciaron los atracos de que habían sido objeto. Y claro, salió a relucir la fauna humana, hasta antes, desconocida por mí: Un policía moreno, calvo, fortachón, que, investigando resultó ser Pancho Pelón; otro, blanco, altito, fornido, identificado por los vecinos como Miguel Ángel, apodado ¡el “Diablo”! Tanto migrantes como testigos presenciales lo habían señalado como el que más los ha robado y dañado. Curiosamente había sido el más protegido por las autoridades municipales. Hasta años después, fue intocable. Describieron también otro, blanco, fornido, tatuado, y otro y otro.

### **Día 16/ La disyuntiva**

Los medios de comunicación me pidieron una entrevista “para denunciar a policías que robaban y extorsionaban a los migrantes” centroamericanos (*cachucos*, en el argot policíaco). No acepté, de momento; les expliqué que primero iba a platicar con ellos, con la esperanza de convencerlos que pararan todo eso y no se siguieran metiendo con ellos. Recibí sus tarjetas de presentación y prometí hablar de esto más adelante.

Fui a buscar a los policías municipales. En la Comandancia, adjunta al Palacio Municipal, pregunté por el director de seguridad de la ciudad, Pedro Flores Narváez, mejor conocido como el “Píter”, un militar retirado. Solicité hablar a solas con él. Me presenté como el encargado de atender a los migrantes centroamericanos, por parte de la Iglesia católica. Le informé que estaba enterado de todo lo que él y sus policías hacían a estas personas. Lo negó todo, pero yo, dándolo por supuesto, le di a escoger entre la denuncia y el escándalo mediático, o que me permitieran ayudarles como sacerdote y como terapeuta. Le hice ver que nadie se preocupaba por ellos, como personas, y que yo les podía compartir un programa de formación humana especialmente dirigido a personal de seguridad. Le ofrecí olvidar todo lo pasado y comenzar de nuevo. Aceptó lo segundo, y quedamos que al día siguiente comenzaríamos las pláticas.

Este mismo día fui a la Comandancia de la policía auxiliar del ministerio público, mejor conocida como Judicial. Le planteé lo mismo que a los policías municipales. El comandante Javier López Luna, conocido como “El Machín”, aceptó también lo segundo, es decir, que me permitieran iniciar con sus agentes un programa de acompañamiento y formación humana, en valores, autoestima y seguimiento familiar.

Mientras tanto, en el Hospital Civil de Juchitán, Orlando, que había sido intervenido quirúrgicamente, al igual que sus compañeros, le fue notificado que serían dados de alta para volver a sus lugares de origen; que iniciaban un procedimiento administrativo para su repatriación.

## Día 17 / La Sorpresa

Inicié a las 9.00 hrs. la primera plática con los policías municipales. Me presenté y les pedí que se presentaran. Acudieron sólo ocho personas: Jesús Manuel Jiménez Ribera, Francisco Antonio Enríquez, Abraham Acosta Esteva, Epifanio Paz López, Miguel Ángel Arteaga Palacios, Juan Luis Martínez Zárate, Heriberto Alvarado Cortés, y por supuesto, el director de seguridad, Pedro Flores Narváez, teniente retirado del Ejército Mexicano. Cada uno fue anotando su nombre, con su puño y letra. A cada uno le fui leyendo lo que le habían hecho a los migrantes. Solamente de uno de ellos no tenía quejas, hasta ese día. Yo ya los tenía suficientemente identificados, gracias al señalamiento directo de sus víctimas transmigrantes mientras pasaban en sus patrullas, o cuando se paraban frente a la estación del tren. Pero los identificaban sobre todo gracias a un álbum de fotografías, proporcionado por una periodista valiente y solidaria. Así los fui conociendo poco a poco.

Yo no juzgo a nadie, pero era necesario echarles en cara sus delitos; advertirles que ya estaban siendo observados y que, de ahora en adelante, no los íbamos a tolerar más. Los hermanos del sur ya no estaban solos. Fue muy duro para ellos ese momento: nunca imaginaron que alguien fuese a reclamarles en su propia comandancia y estando su director de Seguridad y su comandante, señalados también como responsables de actos vergonzosos y criminales contra los y las migrantes. Para ellos, *cachuquear* era tan normal como respirar. Ca-

chuquear quiere decir extorsionar a personas centroamericanas.

Los policías me miraban sorprendidos; no sabían qué hacer, ni qué decir. Yo les hice creer que iba mandado por mi Obispo y por el Papa. Y sí, muy, pero muy indirectamente, aunque ellos en ese momento ni se enteraron. Ellos tampoco se explicaban por qué estaba yo ahí. Eché mano de todos los recursos para hacerles sentir que yo no estaba solo; que no era una ocurrencia aislada de mi parte. Pero a decir verdad, en ese momento yo estaba solo, frente a un sistema deshumanizado, prepotente y abusivo.

Después de “desarmarlos”, aceptaron su responsabilidad, pero únicamente ante la posibilidad de una denuncia en los medios, porque una denuncia penal no les amedrentaba, dada la corrupción de la administración del gobernador Ulises Ruiz Ortiz. Los policías sabían que estaban protegidos por autoridades municipales y estatales. Luego, como si yo tuviese la sartén por el mango, hice un trato con ellos: si no se metían más con los migrantes, yo les iba a seguir ayudando, como sacerdote y terapeuta, en sus problemas y situaciones personales, de pareja y familiares, además de no informar nada a la prensa. Les dije que todos tenemos derecho a una oportunidad; que me gustaría que ellos fueran mejores personas y policías honorables, que tuviesen la satisfacción de servir a su comunidad. Les dije finalmente, que yo no era ajeno a sus injustas condiciones laborales; que con gusto lucharía con ellos, para mejorarlas.

## **Día 18/ Se detuvo la mano agresora, pero no el corazón**

Jueves, día de ir por la verdura y la fruta que generosamente nos obsequian Maribel, Lázaro y otros comerciantes del mercado, para los migrantes. Día también de preparación de alimentos en El Espinal; pero sobre todo, ¡mi primer diálogo con judiciales! Servimos comida para 400 transmigrantes, en las vías del ferrocarril. Por primera vez desde el 14 de mayo, no había quejas de los hermanos centroamericanos contra los policías. ¡Tres días sin asaltos, ni atropellos! ¡Era algo increíble!

Tocó el turno para visitar a los agentes ministeriales, mejor conocidos como judiciales. Ahí estaban para recibir la primera plática, Pablo, Agustín y Javier, el comandante. Para mí, ese diálogo era el mejor regalo en mi aniversario de ordenación sacerdotal. No me presenté como un juez, sino como un padre que va a ayudar a sus hijos. Les pregunté, si eran felices; si alguien se preocupaba por sus problemas; si estaban satisfechos con su trabajo. Se quejaron de cierto abandono por parte de la Iglesia; que ahora hasta los migrantes tenían quien los cuidara, pero nadie se preocupaba por ellos; que todo mundo los juzgaba, y desprestigiados como estaban, hasta les negaban crédito en las tiendas; no los aceptaban como aval y los miraban como apestados. Se arriesgaban y ganaban poco. Refirieron que para su servicio les dotaban, de veinte litros de gasolina, para una unidad de ocho cilindros, con dos tanques, y capacidad de 120 litros; les pagaban dos mil pesos quincenales. Javier, el comandante, expresó: “La corrupción es ya una tra-



dición a nivel nacional”. Les descontaban, dijo, cien pesos de seguro. “En Chiapas está peor; está más jodido”. Por reparto de utilidades, continuaron diciendo, nos dan 600 pesos al año; de aguinaldo, sólo se adelantan dos quincenas. No hay dinero para el mantenimiento de casa; la computadora la sacamos a crédito. Los jefes nos amenazan, no hay mantenimiento de la oficina, ni del vehículo; no hay presupuesto para esto. Si tan sólo no nos quitaran dinero de nuestro sueldo, sería una ayuda. Yo los seguí escuchando. Luego hicieron una pausa y la aproveché para preguntarles si en este tiempo de tanta violencia, ellos no sentían que habían sido violentados también. Respondieron que sí, que estaban cargados de coraje por la violencia que sufrían desde la pobreza familiar y las presiones de los jefes y de la sociedad. “Sí, sí traemos violencia adentro.” Les pregunté si recibían terapia periódica a fin de mantener el equilibrio emocional, necesario en su trabajo. Se miraron unos a otros, y uno de ellos externó: “¿qué nos van a dar eso, y aquí esos servicios son caros, no nos alcanza para pagarlos”. Hicieron una pausa y continuaron conversando: “Así, un día llegó Lona Reyes (el Obispo emérito Arturo), nos habló, nos dijo que nos iba a ayudar, pero después se olvidó de nosotros. Se hizo amigo del Gobernador Ulises Ruiz. Qué gusto nos daría que viniera alguien y nos defendiera. Llevamos tres quincenas que no nos dan lo de la gasolina. Somos unos dos mil ministeriales, entre operativos y administrativos. Firmamos un contrato de empleados de confianza; nos pueden correr en cualquier momento y nuestra familia se queda sin comer. Nadie

nos protege. Al mismo tiempo que firmamos el contrato de trabajo, firmamos nuestra renuncia, sin fecha. Nos tienen agarrados por todos lados.

Por mi parte, sentí que se logró un precioso contacto humano, sincero, cálido. Los miré desde los ojos de Jesús. Me conmovieron casi hasta las lágrimas, al ver que también ellos han sido objeto de tanta violencia activa y pasiva; que son una pieza de una cadena de ceguera y extorsión, en la que el ser humano es lo que menos importa. Cuando manifestaron su deseo de que alguien viniera a ayudarlos, me respondí interiormente que sí, que alguien ya vino y encomendó a su Iglesia prodigar su amor, pero ella estaba ahora ocupada en el culto y la oficina, y no le quedaba tiempo para evangelizar y transformar estos sistemas y las personas de los sistemas.

Esta experiencia con los policías ministeriales y municipales me dejó ver que los humanos no podemos vernos en blanco o negro; que somos trigo y cizaña; barro matizado; que son victimarios, pero también víctimas.

Al atardecer fui al hospital. Orlando se encontraba aún inquieto y pensativo. Platiqué un rato con él. Le comenté de los policías. En ese momento me contó que en Chiapas lo habían asaltado delincuentes, pero no lograron quitarle todo, porque ya le habían advertido que separara su dinero, ya que en el camino asaltaban mucho. No le duró mucho el gusto, porque en Ixtepec, no bien había parado la máquina y ya unos policías los estaban esperando para asaltarlos a plena luz del día. A él le encontraron el dinero que con tanto cuidado había escondido. Sí le dio coraje, pero más le enojó la forma

como esos policías lo habían maltratado e insultado.

Sus compañeros de cuarto comentaban que tal vez mañana los darían de alta y estarían de vuelta en sus países de origen. No obstante el terrible accidente, había cierto entusiasmo entre ellos.

Busqué al traumatólogo para confirmar el estado de salud de los que iban a salir ya del hospital. No lo pude ver, pero aproveché para platicar con cada uno de los accidentados. Me informaron que empezaban a aparecer unas manchas pequeñas rosadas en la pierna de Orlando. ¡La herida se había infectado y requería una nueva intervención! Esto significaba una nueva mutilación de diez centímetros en su extremidad. Para colmo de males, agentes de la garita migratoria de La Ventosa, especialmente el médico, no se preocuparon por los accidentados, y ese día cometieron una grave omisión: no mandaron transporte para los que habían sido ya dados de alta, incluyendo al joven nicaragüense. Esta demora empeoró notablemente la salud de Orlando.

## **Día 19 / Comida de despedida**

El traumatólogo Juan José Ricárdez y el médico Alberto Martínez Jiménez, mejor conocido como *Betito*, fueron los responsables del grupo de jóvenes centroamericanos. No obstante lo detectado el día 18, sobre la infección de Orlando, informaron que todos serían dados de alta; todos se irían al día siguiente a su casa. El Instituto Nacional de Migración los repatriaría. Era la una de la tarde cuando llegué a visitarlos. Traían gran alboroto. ¡Hasta

Orlando estaba alegre y platicador! Por primera vez se había olvidado de su tristeza. Les pregunté cómo se sentían de regresar, “así”, con su familia, sin haber logrado su sueño, y sin uno de sus miembros; si estaban preparados y sus familias también. Platicamos un buen rato. Me pesaba interrumpir su alegría, pero era necesario tocar ese punto. Pregunté qué comida les iban a preparar en su casa, ahora que regresaran. Julio y Alan Roberto casi aseguraron que les prepararían pescado; Orlando, no sabía. Les pregunté si querían comer pescado, ahora que los habían dado de alta y ya podían comer de todo. Estuvieron de acuerdo, menos Orlando, él prefirió carne. No fue difícil conseguir el permiso de la encargada del servicio, enfermera Sonia Guerra Castillejos, para llevarles la comida de despedida y jugo de manzana. Salí a conseguirles sus antojos. Dentro de todo, parecía una pequeña fiesta. Con qué gusto disfrutaron su comida. Festejaban, de algún modo que, aunque mutilados, volvían vivos a casa.

**Día 20 (9.00Hrs) /**

### **Una segunda plática con los policías ministeriales**

Los judiciales estaban viendo por la TV un documental sobre el “evangelio de Judas”. Me hicieron preguntas. Les respondí que se trataba de un documento apócrifo, escrito cuatro siglos después de la muerte de este apóstol; que él no escribió nada porque se había suicidado. Estábamos en eso, cuando llegó Javier, el comandante, con una súper veladora roja para San Judas Tadeo, cuya imagen tenían a la entrada en un pequeño esquinero, colgado en la pa-

red. Yo le pregunté, bromeando, si no se habían equivocado de Judas, y aproveché el momento para contarles una anécdota: Hace algunos años, cuando me tocó ayudar en el Santuario de nuestra Señora de Juquila, Oaxaca, un grupo de judiciales me llevó sus imágenes para que las bendijese. Lo hice. Pero luego, apenas me enteré que eran policías ministeriales, les pregunté si ellos tirarían al suelo esas imágenes y las patearían y golpearían; a lo que reaccionaron de inmediato: “¡por supuesto que no!” Les pregunté ¿por qué no?; respondieron que no podían hacer eso, porque esas imágenes estaban benditas. Fijando entonces la mirada en ellos, los cuestioné diciéndoles que las personas que ellos maltrataban y torturaban, eran imágenes más benditas; porque todas esas personas son imágenes vivas de Dios; que de nada servían las imágenes que habían comprado, colocarlas en un altar, ponerles flores y veladoras, si ellos dañaban a la imagen viva de Dios que está en la gente que ellos lastiman.

Cuando terminé de narrar este hecho, pregunté a Javier si sabía, si creía que toda persona es imagen de Dios. Se quedó callado por unos instantes; luego, desviando la conversación, comentó como para justificarse, que ellos no, pero que había personas que usurpan funciones de la Judicial, en las vías del tren y abusaban de los “cachucos”. Remató explicando que ellos tenían que intervenir con los centroamericanos porque había un acuerdo de colaboración con el Instituto Nacional de Migración, por lo de la Mara Salvatrucha. Le pregunté si todos los migrantes que pasaban por aquí eran pandilleros; y si existía por escrito dicho acuerdo de colaboración, y si era específico para cada acción.

A pesar de todas las cosas malas que hace la mayoría de los policías, mi experiencia con ellos y con los municipales, me dejó ver que son personas necesitadas de todo. En muchos de ellos el robo, la corrupción, la prepotencia y la impunidad, son ya cuestión cultural; o como dijo el mismo comandante de la judicial, “la corrupción es ya una tradición”, “de arriba pa’ bajo, es lo mismo”.

Muchos se refugian en las corporaciones policíacas porque tienen un pasado terrible. Los policías tienen que tratar con lo peor de la sociedad y acaba generalizando ese trato con los de abajo; con los de arriba son serviles. Se alcoholizan o se drogan; tratan de llenar sus bolsillos, porque, por dentro, están vacíos. Han hecho cosas que no les permiten tener paz.

Todos ellos son hijos de Dios. La mayoría de ellos son católicos, cristianos. ¿Dónde ha estado la Iglesia? ¿Por qué no los atendió? ¿Por qué no los evangelizó? ¿Desde cuándo pintó su raya para deslindarse de estos servidores públicos tan desprestigiados?

## **12.00 Hrs. / Todos, menos Orlando**

Todos los jóvenes que habían sido dados de alta, se fueron; no obstante haber perdido alguno de sus miembros, iban contentos de volver a casa. Su familia los aguardaba. Bueno, todos, menos Orlando. A última hora, se le notificó que él se quedaría un tiempo más. Nadie podrá imaginarse lo que sintió; pero tampoco él se imaginaba que, de no aprovechar esta oportunidad, jamás volvería a tener otra para volver a casa; jamás volvería a ver a su

familia, ni a su tierra natal. De hecho, cuando le informaron que no se iría, puso una cara de angustia, como si fuese una premonición de su sentencia de muerte.

De cualquier modo, el pobre se tuvo que conformar, pero le costó y mucho.

Ya sin sus compañeros, Orlando reflejaba en su rostro una aparente resignación. Fue un golpe durísimo. Se quedó en silencio un buen rato. Yo fingí leer algo para darle tiempo a reponerse. No sabía qué decirle. Me sentía desconcertado. Nada de lo que querría ofrecerle estaba en mis manos.

Estando ya solos, él y yo, pude ponerle más atención. Yo trataba de conocerlo mejor. Me dolía su soledad, pero lo único que podía hacer para mitigarla era visitarlo diariamente y prestarle mi celular para que se comunicara con su familia. Para él esa comunicación era una ventana a la vida; la única manera de fugarse de esa absurda realidad. Para un migrante, hablarle a su familia es tan importante como respirar. Y más en las condiciones por las que Orlando atravesaba. En una tierra extraña, sin su familia y en la total incertidumbre. Era como si desde un principio hubiese caído en una trampa mortal.

Yo intentaba animarlo. Ya no sabía qué decirle. Poco a poco me fue teniendo confianza. Le pregunté si profesaba alguna religión, si pertenecía a alguna iglesia. Me respondió que era cristiano evangélico, él y su familia. Le pregunté si quería que buscara a un Pastor de su religión para que lo visitara y lo reconfortara; que yo, de todos modos, lo seguiría visitando diario. Le conté que yo conocía a varios de ellos, con quienes me llevaba

bien. Pero me dijo que no, que conmigo era suficiente. La verdad es que Orlando no deseaba ver a nadie. En ese caso le dije que si quería decirme hermano, en lugar de “padre”, como ellos acostumbran. Aceptó. En su país, él tiene muchos amigos católicos y hasta sacerdotes, como el padre Ariel.

Me fue compartiendo paulatinamente más detalles de su viaje. Desde hacía dos años, había estado metiendo solicitudes para escalar a un trabajo mejor. Él se desempeñaba como cartero. Le pagaban una miseria. Andaba mucho y ganaba poco. Sin embargo, no eran las carencias cotidianas las que le angustiaban, total, en su país hay muchas carencias. Lo que le preocupaba era que sus hijos estaban creciendo y no tenía dinero para cubrir los gastos de sus siguientes estudios. Nicaragua es uno de los países más pobres del continente. Su historia la ha tejido entre terremotos, dictadores, guerra civil, intromisiones gringas, que lo han llevado a la miseria.

“¡Qué ironía! —comentó Orlando—, mi esposa (Martha Lorena) me platicó que, después del accidente, se están abriendo las puertas que antes se me habían cerrado: la posibilidad de conseguir una casita de interés social, por parte del gobierno, y tal vez, un trabajo. ¿Por qué antes no se me abrieron esas puertas? ¿Por qué no se abrieron antes de tener que emprender este camino al norte? Lo pensé mucho, hermano; yo no quería salir, tenía mucho miedo. Es la primera vez que viajo aquí. Muchos compas me contaban de su viaje a EEUU; que era difícil y peligroso. Durante mucho tiempo me resistí, pero la necesidad era mucha, porque ahora se trataba



del futuro de mis hijos. ¡Qué no haríamos lo padres por los hijos! Yo presentía que algo malo iba a pasar. Antes de salir, mi esposa y yo nos cansamos de pedir ayuda, un trabajo, para poder costear los estudios de mi hija Bianca. Ella me dijo que quiere estudiar medicina. Mi pobre hija, cuando tiene que ir a Managua para lo de su entrada en su escuela, la mandamos con treinta y cinco córdobas, que era lo que le podíamos dar para su pasaje... ¡justito!, pero se lo dábamos, con tal que viera lo de su entrada a Medicina. En Nicaragua un trabajador gana 700 córdobas a la quincena, ¡si bien le va!, y eso, en la zona franca de maquilas”, concluyó. “Esta moneda está aproximadamente a veinte córdobas por dólar.”

Continuó refiriendo: “Sí, sólo necesitábamos una oportunidad. En vísperas de salir, junto con otros familiares y amigos, en los ratos que pude dormir, soñé que tocaban la puerta y alguien me daba la buena noticia de un trabajo. Pero eso no sucedió ¡fue sólo un sueño! La cruel realidad era que tenía que salir. ¡Llegó la hora y, salí!”

Ahora, sin una pierna, sin ser dado de alta, y suponiendo que regresaría pronto a su tierra, a Orlando le preocupaba una cosa: si no le dan el trabajo, ni la casita de interés social, ¡perdería el único trabajo, de cartero!, pues ahora ya no iba a poder andar en bicicleta para repartir correspondencia. Orlando y Martha Lorena no se atenían al sueldo del Correo, se ayudaban un poco en el comercio.

## **Día 21 / Irresponsabilidad de los médicos del INM**

Lo visito de nuevo, encontrándolo esta vez más animado. El Dr. “Betito”, un joven profesionalista amable, de

orientación sexual especial, lo estuvo animando todo el tiempo, incluso yo le preguntaba con frecuencia sobre el estado de salud de Orlando. Orlando lo apreciaba por ser responsable y atento con él. Su servicio humanitario contrastaba con la insensibilidad y burocracia de los dos médicos del Instituto Nacional de Migración, un hombre y una mujer. Desde el comienzo del accidente, los agentes de Migración estuvieron dándose sus vueltas con miras a la repatriación, pero tratándose de Orlando fueron omisos e indiferentes. Nunca mostraron la mínima conmoción ante un evento de tal magnitud. No hubo empatía. Yo los cuestioné mucho: “¿por qué retuvieron a Orlando, si ni siquiera se preocupan por él? “ Aunque no se hubiera ido ciento por ciento recuperado, al menos ya lo tuviera vivo, su familia. En Nicaragua ya lo estaban esperando. Su caso se volvió noticia. Orlando despertó gran interés nacional”.

Les reproché por qué cada vez que se referían a Orlando, hablaban del “extranjero de la cama 25”; si en más de una semana no habían aprendido su nombre. Me respondieron que Migración había pagado algunas medicinas y que sí lo estaban atendiendo.

### **Día 22 / ¡Otros diez centímetros de pierna!**

Después de saludarlo, le pregunté cómo se sentía. Orlando estaba preocupado porque el Dr. Ricárdez le había informado que le iba a cortar diez centímetros más de su pierna. El tren le había amputado hasta la rodilla. Le pedí que me explicara por qué no lo habían dejado ir a

su país; por qué no lo habían dado de alta. Me mostró una ronchitas, apenas perceptibles, en su pierna. El traumatólogo le dijo que no podía dejarlo ir hasta que no estuviera perfectamente bien; “¿qué iban a decir en su país; que aquí no sabemos hacer bien las cosas?”.

Traté de animarlo, lo invité a orar juntos. Él lo hizo en voz baja; yo en voz alta. El objetivo era fortalecernos en Jesucristo y cobijarnos con el amor del Padre. Ni él ni yo entendíamos por qué pasaban los días y no podíamos salir de esa pesadilla. Hicimos una lectura del Evangelio en el Nuevo Testamento que le conseguí. Un tiempo después, le pasé el celular para que le marcara a su familia. Me salí para dejarlo con más libertad. Después de un rato, entré y lo noté más tranquilo, pero su situación no era menos incierta. De repente me soltó una pregunta. Eso que le estaba pasando ¿no era castigo de Dios? Y se cuestionaba si eso era consecuencia de algo malo que hubiese hecho. Le compartí mi convicción de que el Dios que nos revela Jesús, es un Padre lleno de misericordia que sólo quiere el bien para todos; que él no era cruel ni vengativo. Que más bien, el accidente se debió a la alta velocidad del tren en esa curva de Nizanda, a la gran cantidad de vagones que llevaba y al tonelaje excesivo de la carga. Me confió que alguna vez había pensado que los accidentes, incluso las enfermedades las, “mandaba” Dios. Le expliqué que de Dios sólo pueden venir cosas buenas. Lo negativo viene de la naturaleza, o de nuestras decisiones egoístas, ciegas.

## Día 23 / La impotencia

Inquirí al Dr. Betito acerca del estado real de Orlando. Me confió que el caso se estaba complicando; que faltaban medicamentos y sangre; que no sabía si esto era por estar el hospital en remodelación, y de alguna manera, reorganizándose. Me informó así mismo, que a Orlando le habían transfundido sangre de tipo universal (O+), porque no había sangre de su tipo, que era A+. Le dije que por qué no me había dicho lo de la medicina y la sangre, si yo iba todos los días a ver a Orlando, y yo estaba respondiendo por él. Repuso que había avisado a Migración de La Ventosa, pero no respondieron.

Los médicos de Migración hacía dos días que no llegaban, pero tampoco habían proporcionado lo necesario. De hecho, cada vez que el hospital me solicitaba algún medicamento, lo compraba en la farmacia de enfrente. Cuestioné al médico y una enfermera: ¿por qué, si este hospital es de segundo nivel, no habían garantizado la salud de Orlando; por qué cada día está peor, por qué no lo trasladan a otro hospital de tercer nivel? Me respondieron que eso dependía de los médicos de Migración y del traumatólogo; que no tenía la facultad para decidir qué hacer con el paciente.

Volví de nuevo a la habitación donde estaba Orlando. Había otro paciente, en la cama 27; no era cómodo estar hablando de esto. Le expliqué la situación a Orlando. No le oculté ningún detalle. Él tenía derecho a saber la verdad.

Cuando tuvo claro todo, me preguntó muy triste, con sus ojos ya humedecidos, si yo creía que iba a recuperarse y poder regresar con los suyos. Le respondí que no lo sabía. Le propuse que si él me autorizaba a gestionar su traslado a la capital de Oaxaca, iba a luchar por eso. Me dijo que sí, que confiaba en mí; lo único que quería era volver a su casa con su familia, no importa cómo estuviera.

De esa visita salí más preocupado, triste e incierto que las veces anteriores: no aceptaba que la única solución para Orlando fuese estarle cortando de diez en diez centímetros, en lugar de trasladarlo de inmediato a Oaxaca.

Pues busqué al traumatólogo Ricárdez, lo esperé un buen rato, pero no llegó y no logré verlo.

## **24 / Cambio de sangre, nuevo riesgo**

Desde que supe de la transfusión de sangre universal a Orlando, creció más mi pena por su recuperación. Él me comentó que “ya era mexicano” porque le habían transfundido sangre mexicana. Me puse a indagar sobre estos asuntos de la sangre, desconocidos para mí. Me informaron que, una vez que se aplica esa transfusión, se modifica la sangre del paciente; cambia su tipo, y se presentan otras complicaciones. La persona transfundida no vuelve a tener su tipo sanguíneo original.

Me presenté en la garita migratoria de La Ventosa. Hablé con el subdelegado José Antonio Marín y con los dos médicos; les expliqué la situación tan delicada de Orlando; les reproché el no haberse preocupado por él.

Les hice ver que el hospital, además de estar en remodelación, carecía de muchas cosas; que él requería un centro de tercer nivel. Les exigí que dieran la autorización para trasladarlo de inmediato a la ciudad de Oaxaca. No mostraron el mínimo interés, pero yo seguí insistiendo hasta conseguir el permiso. Les advertí que si no lo hacían, los iba a acusar de negligencia. No me fui de ahí hasta lograrlo. Faltaba, ahora, convencer al Hospital Civil, al traumatólogo José Ricárdez.

Me encontré a Orlando más deprimido. Le comunicaron que lo operarían de nueva cuenta, para cortar-le ¡otros diez centímetros! Me preguntaba afligido, que ¡qué le iban a dejar de pierna! Sólo él sabía lo que se siente pasar por esa pesadilla, sin la certeza de una solución. Él se sentía como un condenado a muerte, que le van robando la vida centímetro a centímetro.

Traté de consolarlo asegurándole que Jesús estaba a su lado, acompañándolo todo el tiempo y sufriendo con él. Le pedí que confiara en él, que se abandonara a sus brazos misericordiosos; que ofreciera todos sus sufrimientos a Dios, por su familia, por todos nosotros y por este mundo tan mezquino. Le aseguré que solicitaría de inmediato su traslado a la ciudad de Oaxaca. Él aceptó. Se quedó un poco más tranquilo. Cerró sus ojos y lo dejé para buscar al Dr. Ricárdez.

Esta ocasión sí lo encontré; le manifesté mi preocupación, mi enojo por la ineficacia del tratamiento del joven nicaragüense. Le solicité su autorización para trasladarlo de inmediato a la ciudad de Oaxaca, a un hospital de tercer nivel. Me respondió que no había necesidad; que

el hospital era suficiente para atender satisfactoriamente a Orlando. Yo insistí, arguyendo que tenía ya el permiso de Migración. El Dr. Ricárdez me pidió que le diera la oportunidad de demostrarme que él capaz de curar a Orlando. Le reproché el no haberlo dejado ir con sus demás compañeros; que lo quería ver su familia; que lo estaban esperando. Me respondió que él entendía eso, pero que también estaba de por medio su prestigio como especialista, el prestigio de México, y del hospital; que ¿qué iban a decir en Nicaragua del mal servicio médico del hospital y de su persona? Le respondí que su prestigio es lo que menos importaba, ante la vida de un ser humano.

En tono suplicante me volvió a pedir insistentemente que le diera la oportunidad de demostrarme que “él no era un doctor cortapiernas”. Como yo pensaba; él se conocía bien y estaba seguro de salir con éxito; se comprometía a entregármelo sano y salvo, listo para retornar a su país en buenas condiciones. Repitió que él tenía confianza en sí mismo y me aseguraba que todo iba a salir bien. Me prometió que si no iban bien las cosas, él mismo ordenaría su traslado a Oaxaca, a un hospital de tercer nivel. Permanecí en silencio unos instantes, como discerniendo si convenía o no acceder. Al final decidí darle un voto de confianza. ¡No sé ni por qué acepté!; yo no lo conocía. Dudaba, pero acepté, aunque no convencido. Salí de ahí con muchas dudas y pensamientos confusos.

Regresé con mi amigo. Lo hallé calmado; ya había comido. Le expliqué que si no había mejoría pronto, que nos íbamos a ir a Oaxaca. Le comuniqué con su familia, con Martha Lorena, su esposa, con la que había cumplido veintiún años de casado. Yo me iba salir, pero me

hizo señas para que me quedara. Él les explicó lo que seguía y trató de darles el ánimo que él mismo no tenía. Cerró la llamada, lo abracé. Lloramos y oramos juntos. Abrimos su Biblia, le hice una lectura del Evangelio. Nos pusimos en manos de Dios.

Apenas entré en la casa que rentaba en El Espinal, me puse a escribir en mi pequeña libreta: “Hoy fui a visitar a mi amigo Orlando Pérez, de Malpaisillo, Nicaragua. En él identifico a Jesús, a nuestro Jesús: migrante, pobre, enfermo, sediento y con mucha hambre... ¡de volver a estar con su familia!

“En él está mi Jesús Rey, pero ese Rey viviendo su doloroso viernes santo, de 12 días de hospitalización, en condiciones terribles. Sólo que este rey no tiene muchas posibilidades de resucitar en su salud. No han sido capaces de controlarle la infección; al contrario, cada día empeora más; cada vez le cortan más su pierna. ¿Qué va a quedar de él?

“¡Señor, me duele verte crucificado entre tantas voluntades, tanta burocracia, tanta indiferencia, entre tanta soledad!”

## **Día 26 / La despedida**

Yo ya no sabía qué decirle; cómo animarlo, ¡si las cosas iban de mal en peor! No deseaba transmitirle mi preocupación, pero mi lenguaje no verbal lo decía todo: reflejaba lo difícil de su situación. Me puse a pensar en tantos gastos que invierten los políticos en comprar una buena imagen. Sentía rabia por el dispendio inútil de las cam-



pañas políticas, que muy bien podrían canalizarse una parte de esos recursos, en equipar los hospitales de las regiones más pobres. El dinero y el equipo médico que se roban algunos funcionarios, es vital para las zonas de mayores carencias.

El Istmo no es una zona miserable, pero sí muy corrompida por algunos políticos, malos policías y malandros. Las autoridades han mantenido el rezago social y les han brindado los peores servicios. Por eso no es de extrañar que en un hospital falte de todo. Otra vez los pobres tienen que pasar la peor parte. En muchos lugares, los servicios del galeno sólo los pueden pagar los que tienen posibilidades.

Luego de unos instantes de permanecer callado, le pregunté si se quería comunicar con su familia, con su esposa Martha Lorena. Se alegró. Me dijo que sí. Le acerqué el celular. Él mismo marcó. Mientras Orlando hablaba, yo pensaba cómo decirle que me tenía que ausentar unos días. No sabía cómo decírselo. Es verdad que yo contaba con alguien que lo siguiera viendo, pero no sería lo mismo, ni para Orlando ni para mí. Yo acudía con gusto, aunque sufriera al no ver su mejoría. Escuchar a su esposa también me afligía.

Al igual que en otras ocasiones, cuando comenzó su conversación, me dijo a señas que me quedara. Esta vez me costó más quedarme, porque Orlando le comunicaría a su esposa y a su familia su próxima intervención quirúrgica. Hablaron con él. De nuevo lloraron. Para mí fue muy duro. Volteaba a ver las paredes pelonas, esperando hallar algo en qué justificar la mirada. No había nada.

Al fin terminó de hablar, sin saber que ésa ¡sería su última comunicación con su familia! Me acerqué a él, le recordé que Jesús estaba a su lado y con su familia también; que confiara en él. Oramos juntos de nuevo: él en silencio, yo con palabras, pidiendo fortaleza para él.

Cuando lo percibí más calmado, le expliqué que me tenía que ausentar unos días, porque me iba a graduar de una maestría, en la ciudad de Guadalajara. Le expliqué que mi compañero Edgardo lo seguiría visitando en mi ausencia; que, desde el día siguiente, él lo iría a ver. Le prometí que de todos modos, yo me estaría comunicando telefónicamente para saber cómo seguía.

Le pedí permiso para bendecirlo. Me dijo que sí. Lo bendije y lo abracé. Era viernes. El sábado entraría de nuevo a quirófano. El domingo tendríamos ya información de cómo estaría.

Salí con un mundo de pena. No quise hablar con nadie. Me sentí impotente. Lo encomendé a Dios.

## **Día 27 / Última intervención: le desvinculan la cadera**

Desde Toluca llamé por la noche al hospital. Una trabajadora social me informó, en confianza, que de plano, le habían desvinculado la cadera a Orlando; que su estado era crítico. Pedí hablar con Ricárdez, pero ya no se encontraba. ¡Le habían cortado toda la pierna! Recordé las palabras del traumatólogo Ricárdez, que él “no era un médico cortapiernas”. Pues sí, ahora sí lo era.

Me sentí culpable por haber accedido a que Orlando se quedara en Juchitán. No podía imaginar cómo

podría seguir la vida, ahora, sin su pierna. Le dí vueltas y vueltas al “mejor hubiera...”

Le pregunté a la misma trabajadora social, si alguien de mi equipo había ido a ver a Orlando. No se dio cuenta, pero me refirió que, antes de salir a la operación, llegó un señor joven a verlo. Le pregunté a la trabajadora, que es amiga nuestra, si no era Edgardo, mi compañero a quien yo había encargado visitarlo. Me dijo que no, que no sabía quién era; que más bien se veía de fuera, muy amable. Estuvo hablando largo rato con él. El caso es que Orlando les comentó a ella y al Doctor Betito, que después de esa visita él se había sentido muy reconfortado; que estaba dispuesto a ponerse en manos de Dios. He tratado de averiguar quién había estado exactamente en los momentos en que yo hubiera querido acompañar a mi amigo Orlando. No tenían registrada visita alguna. Quien quiera que haya sido, hizo presente a Jesús con esas palabras de consuelo y con su amabilidad. Conociendo a Jesús, estoy seguro que no se separó de Orlando en ningún momento.

Orlando ingresó al quirófano. Le desvincularon la cadera. Le transfundieron sangre.

### **Día 28 / El tiro de gracia: ¡la transfusión fatal!**

Orlando se había desangrado mucho y requería con urgencia una transfusión. El personal médico responsable vio su expediente y se fijó en su tipo original de sangre (A+) sin tomar en cuenta que ya se le había transfundido sangre de tipo universal (O+) y que se había modificado

su tipo sanguíneo. Transfundirle de nuevo su tipo original, equivalía a matarlo. ¡Y eso fue exactamente lo que pasó! Orlando entró en *shock*.

### **Día 29 / ¡En coma!**

Orlando entra en un coma irreversible con hemólisis causada por la transfusión del día 27. El Dr. Ricárdez entiende la responsabilidad que tiene. Sabe que no hay nada qué hacer, más que quitarse la responsabilidad. Después de todo, ¡sólo era un centroamericano! Y ordena, ¡ahora sí! su traslado a Oaxaca, ¿para que Orlando se salvara de la muerte?, no, sino para que muriese en el camino, y una vez muerto ya no sería responsabilidad del hospital (que atiende sólo vivos) sino del forense y del M.P. Y de paso, tampoco sería responsabilidad de Migración. Con esta medida se libraban él y el Instituto Nacional de Migración.

### **Día 30 / Orlando muere en el camino**

Después de luchar arduamente durante diecisiete días, Orlando dejó de existir; y con él se muere un sueño para salvar a su familia. Quedó en el camino, como transmigrante; pero también como convenía al personal médico responsable de su muerte. Fallecido en el camino, ya no era responsabilidad de nadie. De esta forma, no perdía el prestigio ni el hospital, ni el Doctor Cortapiernas. Después de todo, lo único que le había importado a él, era su prestigio. Pero, Orlando difunto, ya no era tampoco

responsabilidad del Instituto Nacional de Migración. Con su deceso, ambos salieron ganando. Su familia fue la gran perdedora.

## **Connoción en Nicaragua**

El deceso de este joven despertó el interés de la prensa nacional. Ella comentaba la noticia de “el nicaragüense que murió en México”. Llama la atención que tres años después, ya no sería noticia lo de “el” connacional que murió, porque cientos de migrantes han sufrido accidentes y miles son secuestrados, extorsionados, violados, desaparecidos, asesinados.

El Diputado Elías Chávez consiguió, en el país centroamericano, un donativo de dos mil dólares para el traslado del cuerpo. En Malpaisillo la gente llegaba de diversos lugares con la familia de Orlando, para mostrar su solidaridad. Ahí estaban de diferentes religiones. La Vicealcaldesa María del Carmen Ayala, de Larreynaga. Todos han iniciado una colecta para traer a Orlando. La familia y los vecinos no aceptaron la incineración. El amor y solidaridad de la gente, hicieron posible que Martha Lorena viajara a México para llevarse al que había sido su compañía por más de veinte años. Ella no había salido de su país, ni había viajado en avión, ni conocía a nadie. Viajó sola, de la Ciudad de México a Juchitán, Oaxaca. Fui a recibirla. ¡Qué tremendo fue para mí encontrarme con quien sólo me comuniqué telefónicamente! No sabía qué iba a pasar. Ella había pasado once horas en autobús. La invité a desayunar. La fui preparando a lo que venía.

Martha Lorena y yo fuimos a recibir el cuerpo de su esposo, luego de engorrosos trámites burocráticos con el M.P. Le pedí su permiso para hacer una oración por Orlando. Ambos llorábamos. Fue horrible el momento en que le presentan el cuerpo. Se quedó como petrificada, inmóvil y en silencio. La abracé para que ya no siguiera atormentándose, mientras le hacía señas al encargado para que tapara el cadáver. Aquel joven estaba irreconocible. Nada quedó de lo que él fue. Le pedí permiso a ella, para hacer una oración por Orlando. Le pedí que lo recordara como él era en vida. La plegaria nos fortaleció a ambos.

## Epílogo

Actualmente Ciudad Ixtepec ha dejado de ser un lugar donde las corporaciones policíacas o las autoridades civiles sean una amenaza contra migrantes. Las dos parroquias aún son distantes, indiferentes. Algunos feligreses se han acercado al Albergue, pero la mayoría tiene temores y prejuicios. Ya dejan entrar a migrantes para orar. Poco a poco se van acostumbrando a ellos. Los forasteros del sur no son aún bienvenidos plenamente a esta población, que curiosamente fue refundada el siglo pasado por migrantes de varios países de Oriente, Medio Oriente, Europa y Norteamérica.

Las personas migrantes cuentan hoy con un Albergue, coordinado por el joven guatemalteco José Alberto Donis Rodríguez, un gran defensor de los derechos humanos de la población migrante, a quien ama y atien-

de. Religiosas de la Congregación del Ángel de la Guarda, administran la casa y cuidan desinteresadamente a las y los migrantes. Voluntarios nacionales y de diversas partes del mundo llegan para vivir la transformante experiencia de servir a los viajeros del sur. La vida de estos voluntarios y voluntarias, no vuelve a ser la misma.

Chiapas dejó de ser el peor azote de migrantes, sobre todo en la Arrocería (Huixtla) aunque la feligresía parroquial no acepta bien a los centroamericanos. Existe ya una Secretaría de la Frontera Sur y una Fiscalía de protección al migrante. No obstante, el trabajo pastoral de la Iglesia católica durante estos años no ha logrado evangelizar a los fieles para enseñarles a ver en ellos el rostro de Jesús migrante. El actual párroco, Heyman Vázquez, ha encontrado gran oposición de los católicos para abrir una casa del migrante. Heyman está sufriendo las consecuencias de una mala evangelización que divorció el culto, de la justicia; la religión, del compromiso social.

El estado de Oaxaca sigue teniendo pendientes en Chahuities y otras comunidades, en lo que respecta al paso de los migrantes, aunque el pueblo de Unión Hidalgo ya no es un lugar de secuestros y asaltos de migrantes. Al contrario, se ha formado un grupo de voluntarias y voluntarios que les brindan su apoyo mientras pasa en el tren. Tomaron ejemplo de las Patronas de Veracruz y aguardan también su llegada para ofrecerles agua y alimentos. Comunicadores, periodistas locales se han solidarizado con la causa migrante.

El Gobierno de Oaxaca ha dado una ayuda significativa para perseguir los delitos contra la población

transmigrante a través de una Fiscalía, así como un apoyo directo a la infraestructura del Albergue Hermanos en el Camino. Aún falta mucho por implementar la protección de este sector tan vulnerable.

La Coordinadora de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, Lic. Elizabeth Lara Rodríguez, ha sido un factor decisivo en la disuasión de delitos contra los migrantes, a la vez que ha contribuido grandemente a la defensa y procuración de justicia de las y los migrantes. Por su medio hemos recibido, apoyo importante de su Institución.

De 2006 a la fecha el transporte por el tren de carga ha registrado 182 mutilaciones más; dieciocho de ellas han sucedido durante operativos de Migración, casi siempre de noche o estando el tren en marcha; cuarenta y siete fueron mortales.

El Hospital Civil Macedonio Benítez Fuentes sigue teniendo serios problemas de abastecimiento, aparte de exigencias laborales. El lunes 18 de agosto de este año de 2014, 300 trabajadores sindicalizados y homologados del sector salud (médicos, enfermeras, enfermeros, empleados administrativos y médicos cirujanos) marcharon para exigir al secretario estatal de Salud, Germán Tenorio Vasconcelos, atender sus demandas.

El paso de los migrantes dejó al descubierto un mundo de injusticias, evangelizado superficialmente y mal educado, que se volvió brutal contra los más vulnerables. Se puso de manifiesto también, la connivencia de autoridades civiles y de Migración; la situación de abandono y corrupción de las corporaciones policíacas, así como las deficiencias crónicas del sector salud. México



tiene serios problemas en este renglón. El descuido y la corrupción han sido la principal causa. Los policías oaxaqueños son de los más mal pagados del país.

La Ley Migratoria incluye a la población migrante en la atención médica, pero si para los mexicanos hay carencias en esos servicios, con mayor razón las hay para los migrantes.

En lo personal, la historia de Orlando, me descubrió un mundo de relaciones rotas, mezquinas y antievangélicas. Me exhibió el abandono en que se encuentran servidores públicos como los policías, víctimas ellos mismos de explotación y trato indigno. Pero sobre todo me golpeó sobremanera ver a los cristianos, católicos o evangélicos, tan lejos de reconocer a Jesús con rostro migrante. Hoy hemos avanzado en eso. Una prueba irrefutable es el compromiso del Papa Francisco para con los hermanos y hermanas migrantes del mundo. Dentro de algunos sectores de la cristiandad, va creciendo la solidaridad hacia los migrantes.

Los migrantes están cambiando la conciencia social y van a transformar las relaciones y las estructuras mundiales. Ellos portan la fe en un Dios sin franquicias, y muchos valores humanos y espirituales.

Los Orlando siguen llegando a nuestra vida en la persona de tantos migrantes, como una oportunidad para amarlos, aprender de ellos y servirlos. Todas y todos ellos sueñan igual que todos.





# Los hermanos Alfaro y la muerte que los persigue

Óscar Martínez

*Huyen de una muerte que no tiene rostro. Sólo saben que en su país, El Salvador, los quieren matar. Como hicieron con Juan Carlos. Como hicieron con Silvia. Son tres hermanos a quienes el aviso les llegó a tiempo para escapar, pues ya lejos de su país supieron que la carpa llegó por Silvia, su madre. Son tres condenados a muerte en busca de una esperanza.*

—Huyo porque tengo miedo de que me maten —dice Auner, cabizbajo.

Minutos antes me había dicho que migraba porque quería probar suerte. Dijo aquella frase hecha de que buscaba una mejor vida. Es normal: cuando uno huye, desconfía y entonces, miente. Es hasta ahora cuando estamos solos, apartado de sus hermanos que juegan cartas en el albergue para migrantes, es hasta ahora a la par de las vías del tren con un cigarro en los labios cuando él acepta responder las verdades que hacen que su verbo sea escapar, no migrar.

—¿Volverías? —pregunto.

—No, nunca —sigue con los ojos clavados en la tierra.

—¿Renunciarías a tu país?

—Sí.

—¿No volverías nunca?

—No... bueno... sólo si tocan a mi mujer o a mi hija.

—Y entonces, ¿a qué volverías?

—A matarlos.

—¿A quiénes?

—No sé.

Huye de una muerte sin rostro. Allá atrás, en su mundo, sólo queda un agujero repleto de miedo. Aquí, ahora, sólo queda huir. Esconderse y huir. Ya no es tiempo de reflexiones. De nada vale detenerse a pensar cómo es que él y sus hermanos tienen que ver con aquellos cadáveres. De nada serviría.

Salió de El Salvador hace dos meses y desde entonces camina con sigilo y guía a sus hermanos con paciencia. A los veinte años, dueño de su miedo, Auner no quiere dar un paso en falso. No quiere caer en manos de la Migración, no quiere ser deportado, no quiere que le desanden su camino, porque eso significaría tener que volver empezar. Como él dice: “Para atrás, sólo para tomar impulso”.

Auner se levanta silencioso y pensativo. Camina la vereda polvorienta que termina en el albergue para migrantes de Ixtepec, en el sur mexicano. Se une a El Chele y Pitbull, sus hermanos menores, y hacen rueda allá por los lavaderos a medio construir. Nos envuelve

un calor húmedo que casi puede tocarse. Discuten cómo continuarán su huida. La pregunta es una: ¿seguiremos en el tren como polizones o iremos en buses por pueblos indígenas de la sierra esperando que no haya retenes policiales?

El viaje por la sierra los llevaría a partir lo verde y espeso de la selva oaxaqueña, a transitar lo irregular. Los llevaría a internarse en un camino poco conocido por los migrantes. Es una ruta alterna utilizada principalmente por coyotes y que llegó a oídos de Auner gracias a que Alejandro Solalinde, el sacerdote que fundó este albergue, entendió que no estaba de más darles una opción extra a los que huyen.

El viaje en tren los obligaría a encaramarse como garrapatas en el lomo del gusano metálico. Aferrarse a las parrillas circulares del techo de “la bestia”, como le dicen en este camino. Seguir así durante seis horas, hasta llegar a Medias Aguas en medio de la oscuridad. Tumbarse en el suelo, en las afueras de ese pueblo escondido a esperar que salga otro tren para seguir avanzando. Dormir con un ojo cerrado y el otro medio abierto a la espera de señales para echarse a correr. Medias Aguas es base de *Los Zetas*, la organización criminal vinculada al narcotráfico. *Los Zetas*, ex militares del comando élite de lucha contrainsurgente, integraron desde 2008 a sus actividades el secuestro masivo de migrantes centroamericanos.

La respuesta podría parecer lógica para cualquiera que no conozca las reglas de este camino. Sin embargo, el riesgo que conlleva la sierra tampoco es leve. De

cada diez indocumentados centroamericanos seis son asaltados por las mismas autoridades mexicanas. Sería una catástrofe para unos muchachos que atesoran los cincuenta dólares que su padre les envía desde Estados Unidos cada cuatro días. Los atesoran porque con ellos compran las tortillas y los frijoles que comen una vez al día cuando no están en un albergue y se sientan entre matorrales a recuperar aliento para seguir en esta huida.

La decisión es aún más complicada para quienes huyen de la muerte, porque el retorno no significa volver a casa con los hombros abajo y las bolsas vacías. El retorno puede costarles la vida, igual que el tren, que a tantos ha despedazado. Las dos opciones pueden terminar en muerte.

Hoy mismo me enteré de que José perdió su vida bajo el tren. Era el menor de tres salvadoreños con los que hace dos meses hice un recorrido por los cerros de México, bordeando la carretera para no enfrentar a las autoridades. Un rebane limpio de la cabeza, me contaron. Acero contra acero. Fue allá por Puebla, unos 500 kilómetros arriba de donde ahora estamos. El viaje es intenso. El sueño es leve. El cansancio a veces gana y eso mata.

José cayó en uno de los tambaleos de *La Bestia*, que sin problemas se sacudió a un hombre débil y medio dormido. Me lo contó Marlon, uno de los que viajaba con él. Ellos también huían. En su caso, sí tenían certeza de por qué. Escapaban de las pandillas, que les arruinaron su negocio de pan cuando les impusieron una renta impagable: cincuenta y cinco dólares semanales o la vida. La empresa entera emprendió la retirada. Eduardo, el

propietario y panadero; José, el repartidor, y Walter, el ayudante. Uno de ellos ya volvió a El Salvador en una bolsa negra.

Los hermanos Alfaro decidirán esta noche qué hacer. Tienen que decidir con tino porque si no pueden encontrar aquí lo que buscan dejar allá abajo.

## **El primer cadáver**

— ¡Hey, hijueputa! — escuchó Pitbull en su retaguardia el grito amenazador. Giró la cabeza y vio un cañón 9 milímetros. Pensó que le apuntaba a él. Directo en la frente. Dio un salto de gato y antes de caer escuchó las dos detonaciones. Los tiros no eran para él. Le atravesaron la cara y la espalda a Juan Carlos Rojas. Unos pedazos de sesos le mancharon a Pitbull la camisa polo que se había puesto para salir a conquistar chicas con su amigo el pandillero al lugar de las maquinitas en el centro de Chalchuapa. Era un día soleado de enero o febrero de 2008.

A Pitbull se le subió a la cabeza esa rabia descontrolada que le nace del estómago. Ésa que hace que se le crucen los cables allá arriba. Cuando eso pasa, durante unos cinco minutos, no hay quien lo detenga. Se vuelve un animal. Un pitbull.

Echó un vistazo hacia atrás y, entre el desparra-me de materia viscosa, no le quedaron dudas de que su amigo estaba muerto. Pitbull echó a correr con furia, gritando incoherencias. Vio al asesino y a su cómplice. Escapaban. El que disparó, relegado, jadeando. Ésa es la presa, pensó Pitbull. Le importó un carajo que tuviera en



la mano una 9 milímetros cargada. El hombre, un viejo borracho de unos cincuenta años, retomaba la huida y se volteaba para apuntarle a Pitbull, y decirle entre exhalaciones:

— ¡Parate que te disparo, pendejo!

No había negociación posible. Entre el estómago y el cerebro de Pitbull, la efervescencia subía. Cuando estaba a tres pasos del borracho, Pitbull brincó hacia adelante, con las manos extendidas como garras. Tumbó al hombre que le arruinó su tarde. Le dio vuelta y no se preocupó del arma que quedó un metro adelante. Dice que se cura más la rabia si es a puño limpio. Así, con los nudillos, empezó a deformarle el rostro.

La policía se había acercado después de tanto barullo. Entre dos agentes atraparon al muchacho que daba cabriolas. Levantaron al borracho del suelo, inconsciente.

Lo primero que hicieron los policías fue sacar conclusiones que en un país como El Salvador pueden parecer obvias: joven en medio de una escena del crimen igual a pandillero. El primer cuestionado por aquel desbarajuste fue el muchacho:

— ¿De qué *mara* sos? — le preguntó un agente.

— De ninguna, pendejo — le respondió Pitbull, ya no por la rabia, sino porque así es él.

— Sos de la 18 como tu amigo al que mataron, ¿veá? — continuó el policía, que ya conocía a Juan Carlos, porque en uno de estos pueblos con título de ciudad, a pesar de haber setenta y tres mil habitantes, los policías conocen a los pandilleros por su nombre, su *mara*, su apodo y hasta su función.

— ¿Que sos sordo, chimado? — le refutó Pitbull al agente que ya estaba a punto de ponerse violento.

De repente, llegó el subinspector que había recogido testimonios de la gente alrededor, y dijo mandón:

— A ver, muchacho, ya me dijeron que actuaste en venganza. Decime, ¿querés venir a la delegación a testificar para que podamos encerrar al asesino?

— Va, juega — respondió Pitbull que, con sus diecisiete años (y sus dieciocho ahora que huye) siempre andaba buscando cómo meterse en alguna aventura que, por peligrosa, le espabilara.

Eso consiguió. Un día sin aburrimiento. Se fue, vestido de policía, a buscar en las colonias del centro de Chalchuapa al cómplice del que mató a su amigo el pandillero. Se internó por las calles adoquinadas que parten de la avenida central de esta ciudad comercial y bulli-ciosa, repleta de tiendas, almacenes y puestos callejeros. Una gracia para él. Un relato divertido en su mundo.

— Bien vergón andar vacilando en la patrulla. Lástima que ligerito encontramos al viejo chimado ése — diría después Pitbull.

Pitbull fue al reconocimiento en la delegación y lo dijo claro. En sus caras:

— Esos dos viejos cerotes son los que mataron a Juan Carlos.

Pero esos dos viejos también lo vieron a él. En aquel pueblo para nadie es difícil reconocer a alguien del casco urbano, que vive en el centro, y no en los cantones alejados que rodean el municipio. Saber que Pitbull era el hijo de doña Silvia Yolanda Alvanez Alfaro, la de la tien-

dita que está enfrente de la pupusería, a la par de la fábrica Conal. Que ese chico de pelo rapado y arete plateado era Jonathan Adonay Alfaro Alvanez. Albañil, agricultor, carpintero, fontanero. Todólogo. Johnny. Pitbull.

En bus rumbo a Santiago Ixcuintepec.

—Tenés que tener alguna idea —le insisto a Pitbull en las vías del tren de Ixtepec, mientras tomamos un refresco y fumamos unos cigarrillos.

Después de que Auner me revelara por qué viajaban, y como quien pide a un padre una cita con una de sus hijas, le pedí permiso para hablar con sus hermanos. Auner aceptó.

Uno a uno empiezo a alejarlos del barullo del albergue. Primero a Pitbull. Lo escondo entre los matorrales de las vías, para que se sienta tranquilo y recuerde.

—No, loco, no sé quiénes putas eran esos viejos. Solo sé que cuando íbamos para las maquinitas, mi chero me dijo que tenía que recoger algo en la cantina. Salió bien tranquilo. Empezamos a caminar, y ahí fue cuando salieron esos chimados y lo mataron —dice.

—¿No creés que sean ellos quienes los están amenazando de muerte?

—Ahí sí que no sé. No tengo idea de quiénes putas son.

Nada. Ni una pista. Pitbull huye, pero no sabe. Si fuera un personaje de ficción, seguro la trama lo obligaría a investigar, a mover sus contactos en el barrio, a ponerle nombre a los dos viejos borrachos. Pero esto es la realidad y Pitbull es sólo un joven de dieciocho años, del segundo país más violento de Latinoamérica, acostumbrado a la muerte que cuando suena sus alarmas poco más importa.

Qué más da si ni los reportes policiales contienen mucho. Esos mismos meses, cuando mataron a Juan Carlos — enero o febrero, Johnny no lo recuerda a cabalidad — otros nueve jóvenes fueron asesinados en Chalchuapa. Todos entre las edades que Juan Carlos tenía, entre los dieciocho y los veinticinco años. Pitbull reconoce que ni siquiera sabe si Juan Carlos era su nombre real.

— Él así decía que se llamaba, pero como era de la pandilla y tenía problemas en otras colonias, yo le escuché otros nombres.

William, José, Miguel, Carlos, Rónal, no identificado, cualquiera de estos podrían ser los nombres reales de Juan Carlos. Todos ellos murieron en Chalchuapa en los meses en los que él cayó. Cualquiera podría ser el registro policial de su cadáver. Aunque alguien quisiera saber la verdad sobre esa muerte, la verdad sería tan esquivada como lo que jamás ocurrió.

Pitbull voltea a ver con lascivia a las muchachas migrantes que salen del albergue. “¡Ricas!” Huir no siempre es una romería fúnebre. Al menos no para este muchacho. Depende de qué tan acostumbrado se esté. Da una calada a su cigarrillo. Vuelve la calma. Continúa respondiendo preguntas echado en los rieles, con una roca como almohada y la vista fija en el cielo. Parece un paciente de psicoanalista.

Después del primer cadáver, Pitbull se largó un tiempo de Chalchuapa. Dos viejos borrachos estaban siendo juzgados por homicidio gracias a que él los señaló en la cara. Lo mejor era retirarse un tiempo.

Alcanzó en Tapachula, la ciudad mexicana fronteriza con Guatemala, a su hermano menor, a Josué, El Chele, de diecisiete años. Josué llevaba ya más de cinco meses en aquel bochornoso lugar. Desde que emprendió el viaje a finales de 2007 rumbo a Estados Unidos, Josué seguía esperando mientras reparaba carros y dormía en el taller mecánico de la zona maquilera. Esperaba que su padre, como le había prometido, le llamara diciendo que el coyote que lo guiaría hasta Estados Unidos estaba listo, que el dinero había sido reunido y que la promesa terminaría de cumplirse:

—Nos vamos al norte, hijo, verás cómo allá sí hay chamba, buen jale, buen dinero —había dicho el padre con su español migrante, esa mezcla de acento centroamericano y diccionario chicano.

Josué y Pitbull nunca fueron amigos ni enemigos tampoco. Son dos tipos diferentes obligados a compartir historias. Auner seguía en lo suyo, allá en El Salvador, labrando el campo y esperando que su esposa pariera. Ninguno de los tres se comunicaba. Siempre han tenido esa relación de campesinos, que parecen tener como regla la prohibición de mostrar el cariño con los gestos y las palabras.

El Chele, de pocas palabras, tenía la confianza de los dueños del taller mecánico. Le permitían llevar muchachitas para pasar la tarde con los pantalones abajo. El Chele no se metía con nadie, no hizo ningún amigo en Tapachula. Se engominaba en extremo el pelo rizado a las cinco de la tarde, luego de darse una buena ducha para sacarse el hollín de su piel blanca. Se ponía una camiseta

estampada que cubría la de manga larga que llevaba por dentro. Se calzaba sus imitaciones de Converse y se lanzaba a las esquinas de las cafeterías de la plaza central, al céntrico y seudocolonial quiosco blanco, a las paleterías donde los muchachos y las muchachas van a hablarse. “A enamorarse”, dice él. A veces triunfaba y seguía citándose con la muchacha, en alguna banca del parque. Comían un helado, hasta que un día conseguía llevarla al taller y luego se olvidaba de ella y volvía a iniciar la rutina.

Pitbull, en cambio, iba donde podía. Vivía en casa del compañero de trabajo que le diera posada. Se movía por la zona de Indeco, una colonia de las más peligrosas de este municipio mexicano, zona de fábricas y maquilas. Ahí, gracias al cemento elevado de las industrias manchado con pintas de la Mara Salvatrucha, la calle que hace de columna vertebral parece amurallada, una especie de límite entre dos países en conflicto. Pitbull trabajó de albañil, de ayudante de mecánico, de cargabultos en el mercado. Todo era provisional. Todo era acostumbrarse a aquel pueblo con aires de ciudad. Un tiempo para hacer amigos y volver a vivir en esa cuerda floja que lo mantiene siempre en el límite de convertirse en cadáver. Ésa misma donde caminaba en El Salvador, decidiendo si lo mejor no era ser como sus amigos, meterse a la pandilla, ganarse el miedo con el que se trata a esa familia de desahuciados.

—Yo no es que me quisiera meter a la pandilla, sé que es un pedo andar en eso, pero es que como nos parecíamos... Así, pues, que somos bichos que no estudiaron, que andamos sólo vagando y viendo cómo nos divertimos — define Pitbull sus razones.

En Tapachula divertirse siguió significando lo mismo: caminar en la cuerda floja, que si no hay riesgo de caer tampoco hay entretenimiento.

Se topó con otro de su estirpe, “un chavo ratero”, que le hizo la oferta como quien ofrece un pedazo de pan. Eso bastó para que Pitbull volviera a las andadas:

– ¿Qué onda, vamos a chingarnos algo por ahí?

– Vamos – respondió Johnny.

Robaron a mano limpia carteras y bicicletas a señoras y niños, afuera de las escuelas, en la clasediedra colonia Laureles, en las calles que rodean el mercado. Una de esas carteras lo devolvió a El Salvador. La rapiñó, corrió, pero a la vuelta de la esquina había una patrulla. Pitbull no quiso dejar la bicicleta en la que huía. En lugar de escapar por callejones siguió por las aceras hasta que otra patrulla más lo alcanzó y lo llevó a la comisaría.

– A ver, pinche marerito, a mi país vienes a hacer tus fechorías. Te vamos a recomendar tres años para que aprendas a no venir a joder.

Ya ni intentó explicar que no era ningún “maroso”, sino sólo un joven de Centroamérica. Lo único que se le pasó por la cabeza en aquel momento fueron los años.

– Tres años... voy a salir casi de veintíun... Ya viejo.

En lo otro no reparó. Siempre que un policía lo detenía, le preguntaba lo mismo: ¿de qué *mara*? Lo que es costumbre, por definición, ya no llama la atención.

La amenaza fue sólo eso. Pitbull se fue a la prisión de menores de Tapachula durante ocho meses. Nadie lo visitó nunca. Ni El Chele ni Auner ni Silvia, su madre.

– Entré como pollo comprado – recuerda, tieso y temeroso.

La recibida no fue calurosa. En su primera ducha le pidieron por las malas sus tenis y su bermuda.

Con el paso de los días aprendió a escuchar. Y lo que escuchó le resultó familiar. Cuando oyó palabras como perrito, chavala, boris, chotas, empezó a sentirse en casa. Era el lenguaje de la pandilla, esta vez de la Mara Salvatrucha. Entonces sí supo qué hacer. Se volvió a convertir en el muchacho jodón y temerario que siempre fue. Cuatro días tardó en que su jerga le abriera el acceso al grupo dominante de la prisión: el de los pandilleros centroamericanos.

Ahí, en la banda, estaba el líder, El Travieso, un pandillero guatemalteco de dieciocho años, preso a los catorce, cuando ya llevaba tres homicidios, tatuados como lágrimas negras en su rostro; el Smookie, con sus dos gotas de la muerte y el MS en el labio inferior interno; El Crimen, también guatemalteco, también con dos lágrimas; El Catracho y Jairo, ambos hondureños.

— Todos eran letras (MS), todos de Centroamérica, y éramos los meros chingones de la cárcel. Vendíamos la mota, los cigarros y la coca, y poníamos orden a todos los demás pendejitos.

No es difícil suponer que así se construyen identidades. ¿De qué se trata ser joven? Y la respuesta de Pitbull concluye que de ser temerario. Como Juan Carlos, el que reventó a la par suya en Chalchuapa, como El Travieso, como El Crimen, como sus amigos de toda la vida. Como él mismo, que ahora huye de nuevo. ¿Y cuándo ese joven es más reputado? Cuando tiene lágrimas negras en el rostro, cuando siendo niño tiene el currículum de un sicario,



cuando dentro de la cárcel él es quien manda y no quien entrega su bermuda ni sus tenis en las duchas.

—Lo primero que hice ya siendo de los chingones fue recuperar mis cosas y hueviarles las tuyas, ja, ja, ja. Se cagaron los bichos cuando llegué con la otra raza a ponerles en la madre. Así era la onda, ni modo que anduviera con los vergones y no arreglara eso. Así que reventamos a esos cerotes en el baño —recuerda Pitbull en el albergue de migrantes.

Nos acercamos a la mesa a terminar la partida de conquián, el juego de cartas predilecto de los migrantes, con sus dos hermanos. Por un momento, todos se olvidan de aquellos cadáveres que sin saber por qué les marcaron el destino en El Salvador.

Echan algunas risas. Pienso si no es así, con esa confianza convertida en insultos amables, que se expresan el cariño, la alegría de estar juntos en esta huida. Cuando uno de ellos lanza la carta incorrecta en este juego de velocidad y reacción los otros sueltan carcajadas. Balbucean adjetivos. Pendejo, cerote, burro. El que los recibe también ríe. Ríen juntos.

Auner me aparta por un momento de la mesa. Quiere contarme la decisión que ha tomado:

—Nos vamos en bus por la sierra... pero... la onda es que... quiero ver si nos podés echar la mano, porque... es que no conocemos ni nada.

Acordamos que en lo que se pueda, así será. Viajaremos juntos hasta Oaxaca. Acordamos vernos por la mañana en el parque de Ixtepec. Nos despedimos.

En la mañana, el sol aún no calcina en este pueblo que parece capaz de derretir a un ser humano. Una mar-

cha popular recorre las calles adoquinadas, encabezada por el *pick-up* que hace las veces de vocero del periódico local. La gente de los puestos callejeros de ropa y verduras se asoma a ver a los marchantes, unas cien personas. Esta vez el carro de las noticias ha prestado sus servicios para denunciar la supuesta violación por parte de ocho policías municipales de una prostituta local. No es de extrañar. Hace dos años estuve aquí mismo haciendo un reportaje sobre cómo la banda de secuestradores de migrantes estaba conformada por municipales y judiciales.

— ¡Putra madre! — exclamo — la violaron entre ocho.

Auner y El Chele bajan la cabeza. Murmuran un “qué paloma” y siguen viendo las revistas del puesto. Pitbull tarda más en responder. Se queda pensativo hasta que lanza su evaluación

— ¿Y no era puta la chimada, pues?

Quién sabe qué es lo que hace que entre tres muchachos hermanos con la misma historia, el mismo barrio y la misma madre, haya uno que sea más padre, Auner; otro más un adolescente cualquiera, El Chele, y otro que parece un ex convicto de toda la vida. Unos minutos de más un día en la tienda de la esquina donde se conoció a un amigo, un partido de fútbol, una golpiza en un mal momento por parte del padre. Supongo que es eso, algo tan sutil e impredecible como el descenso de una pluma.

Nos embutimos en el autobús de tercera que viaja repleto de indígenas hacia la sierra. Pocas horas tardamos en descubrir por qué esta ruta es utilizada por los migrantes que llevan algunos pesos para el boleto. La calle es una angostura de pavimento que sube, baja

y se curva como un intestino indigestado. Bordea precipicios interminables. Corta cerros de piedra caliza. Es comprensible por qué el Instituto Nacional de Migración no incluye a ésta dentro de su ruta de retenes.

Sin mucho espanto para un camino diseñado para aterrar al indocumentado, llegamos a Santiago Ixcuintepéc. Es un pequeño pueblo de indígenas en medio de la bruma, la llovizna y la sierra tupida. Nos arrimamos al portal de la iglesia para descansar las nueve horas que tenemos libres antes de que el otro autobús salga rumbo a la ciudad de Oaxaca capital. Algunos jóvenes nos ven con mala cara y Pitbull vacila si responderles con otra mirada más lasciva o seguir como debería, cabizbajo, asumiendo que huye y que este camino está del todo en su contra. Por suerte, no dice nada.

Tres indígenas se nos acercan con diferencia de minutos. Enjutos, con caras bondadosas y sandalias de caucho. Todos con mentiras. Dicen que nos llevan a sus casas, en un pueblo intermedio. Dicen que ahí dormiremos bien y tendremos un plato de frijoles con tortillas para llenar la panza. Que sólo cobran dos mil pesos por el grupo. Que el bus que esperamos no saldrá. Son una panda de timadores. El bus sí saldrá y su precio es de cien pesos por cabeza. Este pueblito, como otros tantos que he visto en este camino, no tardará mucho en convertirse en un nido de rateros. Los migrantes son la presa perfecta. Huyen de las autoridades. Se esconden, quieren ser invisibles.

Los muchachos me voltean a ver sin saber qué contestar. Es obvio que la idea no les resulta mala. Avan-

zar es avanzar de todas formas. Aún son ingenuos en estas rutas de la mentira.

## Los otros cadáveres

—Ey, madrecita, aliviámenos con unas sodas —dijeron Los Chocolates a doña Silvia.

Los Chocolates eran dos hermanos pandilleros de Chalchuapa. Ambos de la 18. Pasaban las mañanas y ocasos frente a la tienda de doña Silvia, la madre de los hermanos Alfaro. Pedían un refresco regalado, con ese deje de poder que recubre a los pandilleros en sus zonas. Fumaban marihuana y montaban guardia en su barrio.

Era el 19 de junio de 2008. Un día de lo más normal. Una rutina diaria.

—Otra vez esos muchachos. Qué no podrán irse a poner a... —intentó terminar la frase doña Silvia cuando escuchó ocho detonaciones y los alaridos de su hija mayor, que estaba afuera con sus pequeñas.

La madre salió corriendo. Encontró a su hija y sus nietas amontonadas en una esquina pegando gritos. Un taxi aceleraba dando vuelta en U. Los Chocolates, Salvador y Marvin, de treinta y seis y dieciocho años, yacían desparramados en el suelo. Cara, pecho, piernas, todo había sido partido por el metal.

El taxi había llegado segundos antes, con sus vidrios polarizados hasta arriba. Se estacionó frente a Los Chocolates, que descansaban en el murillo de la tienda. Como quien va a bajar el vidrio para pedir una dirección, el taxi se mantuvo inmóvil. En efecto, los vidrios se bajaron, los de adelante y los de atrás del lado derecho

del coche. Salieron cuatro cañones de 9 milímetros. Empezó y terminó la masacre.

Silvia se quedó mirando el taxi en su huida. Petrificada.

Escenas fugaces e incomprensibles. Ésa es la materia de la que se componen los campos de la violencia. No son zonas de traqueteos de metralleta ni de hombres y mujeres corriendo constantemente. Son silencios y ocasos que se rompen por esa fugacidad en las banquetas donde los niños juegan, en las esquinas donde los jóvenes conversan, en las tiendas donde las madres despachan.

Después, como quien despierta a medianoche, todo vuelve a la normalidad. Silvia dijo a las niñas que entraran. Cerró la tienda. Nadie se quedó para ver cómo los forenses levantaban los cadáveres. Nadie se quedó a dar ninguna respuesta.

Pero a Silvia algo le daba vueltas en la cabeza. Ella creció en este país, en zona de pandillas. Ahí crió a sus hijos. En su mente, una cosa, quién sabe cómo, podía derivar en otra. Corazonadas de madre, supongo. Al día siguiente llamó a sus dos hijos, a Auner y a Pitbull, que recién había llegado deportado de la prisión de menores de Tapachula y les pidió que se fueran a Tacuba, a chapodar los campos del abuelo. El Chele seguía en la ciudad fronteriza mexicana y nadie le contó que dos cadáveres de pandilleros cayeron en el porche de la tienda de su mamá.

Quién sabe qué le cruzó por la cabeza a Silvia. ¿Sabía algo? Nunca lo averiguarán. Nadie los apuntaba aún, pero su madre presintió algo. Ella dio el pistoletazo de salida: huyan, muchachos.

Auner y Pitbull hicieron caso. Se fueron. Chapodaron, pastorearon vacas y afilaron machetes en Tacuba, pero aquello era muy aburrido. Para Pitbull era como volver a ser un joven campesino cuando intentaba por todos los medios ser un joven moderno, jugar a las maquinatas, comprarse camisas polo, conquistar a las chicas y ponerse aretes. Para Auner era inviable. Él tenía una mujer y un sueño de mantenerla. Su abuelo le pagaba en frijoles y tarros de arroz con tortillas. Eso no era suficiente.

Por aquellos meses de mediados de 2008, los dos se fueron a Tapachula. Auner durmió una última noche con su mujer. Pitbull probó por primera vez fuera de los barros la marihuana con sus amigos de Chalchuapa. Al día siguiente se juntaron y montaron un autobús rumbo a Tapachula.

Allá, en la ciudad de frontera, se dieron la mano, se dijeron adiós y continuaron con esa relación de hermanos campesinos que no se abrazan ni construyen destinos juntos. Hasta que el destino mismo los obliga. Uno albañil, Auner; el otro cargabultos, Pitbull. El Chele, en lo suyo, en sus esquinas de parques, sus chicas, su taller mecánico y su pelo engominado.

Una noche de agosto, Auner volvía del trabajo caminando por el parque de Tapachula. Cuando aquel aire caliente le atravesaba el pelo negro y tupido, el tiempo que dejó atrás lo obligó a juntar a sus hermanos. Auner recibió una llamada de su tío en el celular. Aquella tarde, el mayor de los hermanos escuchó la peor noticia de su vida con la sequedad de mensaje de quien sólo recibe una mala noticia. Un problema cotidiano: Auner, hoy nos cortaron el agua; Auner, hoy me rompí una pierna.

—Auner, hoy mataron a tu mamá.

Silvia Yolanda Alvanez, a sus cuarenta y cuatro años, murió de un balazo en el centro de la frente o de un balazo en su sien izquierda. Quién sabe cuál entró primero. Fueron dos muchachos. Uno manejaba la bicicleta, el otro iba parado en los tornillos de las ruedas. Aparcaron frente a la tienda. Ella lavaba trastos en la piedra. Caminaron silenciosos frente al hermano de Silvia, el tío de los muchachos. Se pararon junto a ella. Uno enfrente, el otro al lado. Le volaron la cabeza.

## La melancolía del que huye

—¡Ve qué hijueputa éste! —dice Pitbull, levantando la voz con toda la intención de ser escuchado.

El autobús que va de Ixcuintepéc a la capital de Oaxaca traquetea más que el anterior. Esto sí es romper la oscuridad. La luz de los faros que se extiende genera dos remolinos de mosquitos y mariposas nocturnas que giran allá adelante cuando salen de la selva que atravesamos. Pitbull cede ante la impotencia y se echa a dormir. Desde hace varias horas está intentando que el motorista quite la monótona música nortea que nos ha impuesto desde que salimos. Pitbull quiere un disco que asoma en el tablero, un disco de reguetón.

El Chele y Auner duermen allá atrás. Previendo que algún policía pudiera subirse, decidimos repartirnos en diferentes asientos. La buscada confusión poco hubiera funcionado. Los muchachos son casi fluorescentes en el autobús: entre indígenas, tres jóvenes con pan-

talones flojos y zapatos tenis. Más que viajar, huyen. Eso se nota. Son los tres de sueño ligero. Son los que se despiertan a asomarse por las ventanas cada vez que el bus se detiene. No importa si es para que el motorista orine, salude a algún indígena en un pueblito o suba a otro que espera entre los árboles. Se asoman.

Amanece entre las montañas. La vereda de tierra se ha convertido en una carretera de curvas cuando abrimos los ojos. El Chele ha viajado en silencio. No ha pronunciado palabra y ha mantenido la mirada perdida entre los montes. Pitbull, mientras ha estado despierto, ha sido el mismo muchacho inquieto de siempre, volteando a ver para todos lados, lanzando una que otra broma, insultando al motorista, tarareando tonos que le vienen a la mente. Auner iba cansado y eligió dormir casi todo el camino, pero ahora que ha despertado, una mirada triste se le escapa por la ventana. Con el ceño fruncido de quien recuerda, el mayor de los hermanos viaja con gesto de preocupación cuando me siento a su lado.

— ¿Qué te pasa, viejo? — pregunto.

— Aquí, dándole vueltas a la cabeza.

— ¿La familia?

— ¿La familia?

— ¿Qué pensás?

— Sólo que espero que estén bien... Que las amenazas que nos llegaron no fueran para ellos también... es que como fueron así tan raras... sin decir para quién iban, pues... sólo que para la familia.

La familia, para Auner, se traduce en los muchachos que lo acompañan en este autobús, en su hermana



mayor que se quedó atrás, en su mujer y en su hija de dos meses. El resto de su familia, su abuelo, sus tíos, sus primos, todos los que se quedaron callados ante la muerte de Silvia, le importan un pito.

— A esos que se los lleve *La Bestia* si quiere.

Aquella noche calurosa de Tapachula cuando Auner recibió el llamado de su tío, juntó a sus hermanos para que iniciaran la marcha fúnebre para despedir a su madre.

Ninguno quiso contarme cómo vivió el momento. Sólo me dijeron frases cortas: fue duro, nos ahuevamos, bien pura mierda.

Dos días viajaron como migrantes a la inversa, buscando el sur, alejándose de Estados Unidos, pidiendo aventón, cruzando la frontera de México a Centroamérica por el río que los divide. Llegaron tarde, sólo para ver cómo metían la caja con su madre bajo tierra.

El Chele llevaba adentro la rabia de un niño asustado. Enojado, pero con más ganas de llorar que de pegar. Pitbull y Auner, sin decirse nada, querían matar. ¿Pero a quién?

Una lápida de silencio cayó sobre el cadáver de su madre. El tío que vio pasar a los sicarios enmudeció: No, no sé nada, no los vi, me quedé paralizado. Fue todo lo que dijo. El abuelo, el patriarca de la familia, desde su Tacuba campesina y con su Biblia de pastor evangélico como escudo repetía su monserga: Confórmense, déjenla en manos de Dios, así lo quiso él, dejen de preguntar.

Pasaron los meses. Ellos insistiendo y el silencio respondiendo. Las preguntas se fueron atenuando. La rabia se convirtió en tristeza. Las dudas quedaron ahí.

¿Habrá sido una venganza de los borrachos a los que Pitbull encerr ? ¿Habrá sido la *mara* que no quería testigos de la muerte de Los Chocolates?

– Quizá una vieja que es bruja y que odiaba a mi mamá – agrega Pitbull.

En un país como El Salvador, la muerte no tiene una sola cara. No viene de un solo lado. Se presenta a veces en forma de abanico. Sus mensajeros son tantos que cuesta pensar en uno solo. Es como cuando en el mar sientes que algo te pic  en el pie que enterraste en la arena. ¿Un cangrejo, una medusa, un erizo? ¿Un borracho, un marero, una bruja?

Los meses pasaron bajo el calendario del luto. Dos meses de rabia y preguntas. Dos meses de conformismo intermitente. Un mes de tristeza a secas.

Después, los muchachos recogieron lo que sembraron. Aquellas preguntas que hicieron nunca parieron respuestas, pero sí amenazas. La misma semana su tío y su abuelo, desde Tacuba y Chalchuapa, recibieron la misma advertencia que trasladaron a Auner para luego volver a enmudecer.

– Muchacho, alguien los quiere matar, me dijeron que van a matarlos a ustedes tres y a toda la familia. Nada más.

El verdugo clandestino regres  como siempre lo hizo en la vida de los hermanos Alfaro. Regres  a los meses, cuando el último estallido de violencia se había disuelto en el tiempo. El verdugo volvía a hacer gala de su paciencia y memoria. Sin dar explicaciones, sin mostrar la cara. Las únicas decisiones que permite son esperar o huir.

Sintieron la condena de su región, la fuerza con la que su país lanza los escupitajos hacia afuera o el bagazo de catorce cadáveres diarios en promedio. Ellos son escupitajo. Hicieron maletas y emprendieron el viaje por sus vidas.

Se unieron a la romería de los vomitados centroamericanos. Se metieron en este flujo de los que escapan. Unos de la pobreza, otros de la imposibilidad de superarse. Muchos, de la muerte. Ésa que todo lo cruza y que toca a los jóvenes, viejos, pandilleros y policías.

No puedo evitar pensar en otras historias que conocí en este camino. La sorprendente indiferencia con que las amenazas caen a la par de personajes distintos. Recuerdo como ejemplo claro de esto el gesto similar de susto con el que la policía hondureña y el pandillero guatemalteco me contaban lo mismo: tuve que escapar. Y enfatizaban el “tuve”.

El pandillero se llamaba Tirson. Tenía dieciocho años, quince de vivir en Los Ángeles con su madre. Desde hacía cinco años pertenecía a la pandilla 18 en su gueto latino. Lo deportaron cuando ya no estaba en activo, por un robo que cometió contra una tienda 24 horas.

Lo conocí durante tres días. Fue a medio México, cuando viajábamos en tren hacia Medias Aguas, colgados de las parrillas de aquella bestia nocturna. Una lluvia torrencial caía mientras el gusano rompía los cerros intran-sitables para otro vehículo. Fumábamos haciendo cuenco con las manos. Él hablaba desbocado haciendo énfasis en una frase que según la interpreté buscaba que yo entendiera que él no tenía alternativas, que hay gente en el mundo que no tiene dos ni tres sino sólo una opción.

El efecto del tren es siempre el mismo. Allá arriba no hay periodistas y migrantes. Hay gente colgada de una máquina que lleva sus vagones vacíos. Allá arriba sólo hay marginación y velocidad. Y todos somos iguales, porque el suelo está al mismo palmo de nuestros pies y porque las sacudidas nos sacuden a todos por igual. Es todo lo que importa.

Tirson volvió deportado a Guatemala, un país que no conocía. Hizo lo que pudo, llamar a su tío paterno a Los Ángeles con la única llamada que le dieron las autoridades migratorias de su país. Consiguió una dirección. Hacia allá fue, a buscar a un señor que no conocía.

Llegó a un barrio marginal, a la par de un río. Eso me contó. Entró caminando, como cualquiera entraría a cualquier barrio. Le pasó lo que le pasaría a cualquier joven inexperto en Centroamérica, que no sabe que estos no son barrios cualesquiera. Una turba de muchachos salió de un callejón. Le cayeron a patadas y le arrancaron la camiseta.

— ¡Ajá, un chavala hijueputa! — gritaron hambrientos cuando le vieron el uno y el ocho en su espalda.

Tirson alcanzó a gritar el nombre del señor al que buscaba.

— ¡Alfredo Guerrero, Alfredo Guerrero!

La turba se calmó por un segundo. Se voltearon a ver entre sí y lo arrastraron por la colonia como quien arrastra un animal. El cuerpo moreteado de Tirson fue lanzado a los pies de un hombre en el interior de una casa. En una mejilla el hombre tenía una M; en la otra, una S.

— Ajá, chavala de mierda, ¿para qué me buscás?  
— dijo el hombre.

— ¿Alfredo Guerrero? — repitió Tirson.

— Ajá — contestó el hombre.

— Soy Tirson, tu hijo, me acaban de deportar.

El hombre — así lo recordó en aquel tren Tirson — abrió los ojos hasta más no poder. Después respiró hondo y volvió a tener aquella mirada de rabia.

— Yo no tengo hijos, chavala — zanjó su padre.

El hombre, sin embargo, le hizo el único regalo que Tirson recibió de su padre. Reconoció ante su barrio que ése era su hijo. Le entregó como obsequio un hilo de vida.

— No vamos a matar a este culero, pero le vamos a aplicar el destierro. Y si te vuelvo a ver, hijueputa, creeme que yo mismo te voy a matar.

Lo desterraron. Lo dejaron en calzoncillos, con su 18 expuesto, en otra zona de la Mara Salvatrucha, de la que Tirson logró salir embarrándose de lodo y aparentando ser un loco.

A la policía la conocí con meses de diferencia de Tirson. Se llama — o se llamaba, quién sabe si logró llegar a Estados Unidos — Olga Isolina Gómez Bargas. Rondaba los treinta años. Su historia también era la de un terreno donde no hay que entrar. Su relato también llevaba tatuadas dos letras: MS.

La hondureña decidió huir de su país porque una bala iba a atravesarle la cabeza. La bala iba a salir de una pistola 9 milímetros. Una que ella portaba en el cinturón cada día. Olga Isolina era policía.

A su primer marido, también policía, se lo mató la Mara Salvatrucha en un operativo. Una leve descoor-

dinación. Entró cuando los refuerzos aún no llegaban a una zona del barrio El Progreso. Una lluvia de treinta balas le mojó de sangre todo el cuerpo. Ocurrió dos años antes de que Olga me llorara su historia en las vías, cuando escapaba de sí misma.

A su segundo marido, otro policía, se lo mataron un año y medio después que al primero. Ella vivía en una colonia de la Salvatrucha, pero había sabido cómo rebuscarse para que no se enteraran de que era policía. Trabajaba en otras zonas. Regresaba a su casa vestida de civil cada fin de semana. A su marido la cautela le importó un comino. Él entraba al barrio vestido de policía y con la pistola en el cinto.

Un día, por atrás, tres balas en la nuca le explicaron al segundo marido de Olga Isolina que la soberbia y la violencia no se llevan bien. Desde entonces, ella empezó a ver a su pistola de a diario como una salida de aquel huracán.

— Me mato, mato a mis hijas y a mi perro para no dejar a nadie desamparado — pensó muchas veces, acariciando la cache de su 9 milímetros.

Hasta que eligió mejor separarse de su pistola. Salir de la policía e ir a buscar al norte un trabajo donde no hubiera balas con las que suicidarse.

La violencia, como bien sabe Olga Isolina, no sólo espanta a punta de cañón. También a punta de insistencia de la tristeza. La violencia, bien lo saben los hermanos Alfaro, ahuyenta incluso cuando no tiene rostro.

## Adiós, muchachos

El centro de la ciudad de Oaxaca se muestra colorido y dominical cuando nos bajamos del taxi. Hace unos minutos llegamos a la terminal de buses de tercera, provenientes de la sierra de Oaxaca. Niños rubios pasean de la mano de sus globos a la par de sus padres también rubios y sanos que fotografían a las indígenas que venden artesanías en la plaza.

Auner, Pitbull y El Chele sonríen con recato ante aquello, como si no se lo merecieran. Abren los ojos y tuercen la nuca de un lado a otro. Uno sigue los pasos del otro que a su vez sigue los pasos del anterior. Buscan guía en este pequeño mundo perfecto. Esta plaza de paletas y manzanas acarameladas. Caminan como un gusano torpe que no logra coordinar ninguna de sus patas. Parecen el extracto de una película blanco y negro en una de color.

Ya sabemos que aquí nos diremos adiós. Los acompaño en su última negociación. Su padre, desde Estados Unidos, les dictó un número de celular. Les dijo que es un amigo oaxaqueño que conoció en el norte, con quien trabajó. Él les echará una mano.

Se preguntan en qué los ayudará. ¿Es un coyote al que su padre le ha pagado para que los lleve seguros hasta su encuentro? Ojalá, suspiran los tres hermanos. ¿Es sólo un amigo que les dará comida y casa para que descansen antes de continuar su huida? Bueno, algo es algo, repiten.

Les doy el celular para que salgan de la duda. Queda claro que en cuanto a migrar se trata, los tres

Alfaro son inexpertos. Escapar es otra cosa, no hay alternativa ni mucha estrategia. Sólo aquella que la prisa permita. En este camino hay lobos y caperucitas. Ellos no se mueven como lobos. Me queda claro cuando ni por un momento se preguntan qué hacer si el amigo de su padre es un coyote. Con uno de esos ases del camino hay que saber qué palabras utilizar, qué negociar. Son expertos subiendo cuotas, cobrando servicios extras. Si detectan que enfrente tienen a un primerizo, le harán perder su virginidad sin compasión.

La llamada termina. Auner me devuelve el celular con el vacío en los ojos. Es sólo un amigo. Un plato de comida, una cama caliente y algunos consejos.

A partir de ahora, seguirán solos en su huida. La noticia les cae como balde de agua fría, porque aunque puedan seguir tomando alguno que otro autobús, los espera el tren. *La Bestia*. Tarde o temprano. Sus asaltantes, cuatro puntos más donde puede haber secuestros y la región norte mexicana, donde más operativos policiales de migración ha habido en el último año.

Las tardes en la plaza de Oaxaca te llenan de calma. Hojas secas tapizan el suelo o vuelan por ahí. Ancianos descansan en bancas forjadas frente a las que la gente pasa saludando con alegría.

En una de esas bancas, en un remanso en la huida, luego de lanzar una mirada humilde y cómplice a El Chele y Pitbull, Auner me hizo su pregunta:

—Disculpá, espero que no te ofenda, pero hay algo que no entendemos. ¿Por qué nos ayudás? ¿Por qué te importa?



Parece sencilla de responder. Porque voy a contar su historia. Pero en el contexto del adiós es un enorme nudo introducido de golpe en la garganta. Sin bisturí. A mano limpia.

Aquella pregunta escondía otras miles. ¿A quién le pueden interesar tres condenados a muerte? ¿Por qué seguir a unos hermanos campesinos que sólo dejaron cadáveres atrás? ¿Qué tienen de raro los cadáveres? ¿Por qué ayudarnos? ¿Por qué, si hasta nuestro propio país nos echó? ¿Qué de importante puede haber en lo que ha sido escupido?

No hubo tiempo de nada más. Un hombre prieto se acercó a la banca. Era el amigo del padre de los hermanos Alfaro. Hizo un gesto rápido con la mano. Nos dimos un fuerte abrazo y vi a Auner, Pitbull y El Chele perderse en la plaza, entre niños y juegos. Ellos continuaban escapando.

Los días pasan y la comunicación con los muchachos se reduce a intercambio de mensajes de celular.

— ¿Dónde están? ¿Cómo están?

— Bien. Vamos a tomar un bus para DF.

Los días pasan. En Chalchuapa y Tacuba varios jóvenes siguen cayendo, como Auner, Pitbull y El Chele estaban condenados a caer. Roberto, Mario, Jorge, Yésica, Jonathan, José, Edwin, todos entre los quince y los veintisiete años fueron asesinados en estos meses de agosto y septiembre.

— ¿Dónde están? ¿Cómo están?

— Aquí vamos. Ya no nos queda de otra, vamos a subirnos al tren.

La comunicación se interrumpe. Mis mensajes se quedan sin respuesta. Hoy, principios de septiembre, hubo un secuestro masivo en Reynosa, frontera norte de México. Al menos treinta y cinco migrantes centroamericanos fueron bajados por un comando armado de *Los Zetas* cuando los indocumentados llegaban a esa ciudad montados como polizones en el tren de carga.

— ¿Dónde están? ¿Cómo están?



# Las Patronas, heroínas para migrantes

Amatlán de los Reyes, Ver.

Sanjuana Martínez

Cuando el tren pita por primera vez, ellas empiezan a correr, cargan las cajas de plástico repletas con bolsas de comida y salen rumbo a las vías ubicadas apenas dos cuadras abajo.

Son las ocho y media de la noche en La Patrona. El temblor de las vías anuncia a *La Bestia*. El faro ilumina el valle de Córdoba. Segundo pitido y todas se colocan a la orilla de los rieles alzando cada bolsa blanca con arroz, frijoles, tortillas y una botella de agua.

El maquinista de la ruta del Golfo las ve. Baja la velocidad. El silencio es roto por el estruendo de la locomotora que se acerca. De la oscuridad emergen sombras colgadas en las esquinas de los vagones donde hay pequeñas escaleras. Apenas se ven sus rostros. Estiran el brazo para alcanzar el alimento. Algunos llevan días sin comer.

En un vagón abierto viene una docena de migrantes centroamericanos. Van sentados, otros de pie; se amontonan para agarrar las bolsas. Los primeros gritos se funden con el crujir de los fierros: “Gracias”.

El tercer pitido retumba en los oídos y Julia Ramírez Rojas se emociona. Toma tres, cuatro bolsas en cada mano y las entrega siguiendo la marcha del tren. Corre, siente el tirón de las manos que las reciben y regresa por más. Lanza las últimas como si fueran pelotas. Tres vagones, ocho, diez... y *La Bestia* se pierde en la oscuridad. El silencio vuelve. Julia tiene una mezcla de sentimientos: “Entregamos todas las bolsas. Se siente bonito y a la vez triste, porque nadie debería de pasar hambre. Ni ellos me conocen, ni yo los conozco. Van sufriendo. Tengo mi hijo y a mí no me gustaría que pasara hambre. Una madre siempre quiere lo mejor para sus hijos. Hoy ya cumplimos. Mañana seguimos”, dice Julia cargando la caja de plástico vacía y caminando de vuelta al comedor de Las Patronas.

Al entrar a la cocina, en la pantalla colgada en la pared aparece Norma Romero Vázquez recibiendo un reconocimiento de manos de Enrique Peña Nieto, otorgado por la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH). Es la hora del noticiero local y al término de la noticia se escuchan los aplausos y la alegría.

“Alguien tenía que quedarse para seguir trabajando. Aquí no cerramos nunca”, dice Bernarda, la hermana de Norma, quien junto a Rosa, otra de las hijas de Leonilda Vázquez Alvirzar, la fundadora de este grupo humanitario, parte carne de cerdo para cocinarla con salsa de tomate.

Entre ollas de café y enormes vasijas con espagueti y puré de papas, Julia sigue colocando porciones de comida en bolsas. Diariamente hacen veinte kilos de

arroz y recogen en la tortillería la donación de veinticinco a treinta y cinco kilos de tortillas. En el supermercado les regalan el pan dulce de ayer y reciben pasta, arroz, frijoles y otros alimentos que intentan satisfacer una demanda imposible de completar por una veintena de mujeres entusiastas.

“La primera vez que dimos el lonche los muchachos del último vagón no alcanzaron. Se quedaron con las manos extendidas. Nos pusimos a llorar. Nos dio mucha pena”, dice Bernarda.

Esa primera vez fue el 24 de febrero de 1995. Eran las siete y media de la mañana del sábado. Venía con una bolsa de pan y un bote de leche cuando el tren se le adelantó antes de cruzar las vías. Observó que iban unos quince migrantes colgados del tren y uno de ellos le gritó: “Madre, tenemos hambre”. La misma frase la escuchó en el segundo, quinto y último vagón, así que no dudó en alzar las manos y ofrecer la compra a los migrantes.

Cuando llegó a su casa, Leonilda Vázquez Alvirzar, su madre, le preguntó por el encargo: “Ay, madre, iban unas personas en el tren que tenían hambre y se las di”. En lugar de enfadarse, al día siguiente les propuso a todas sus hijas que ayudaran a los migrantes. Una ofreció los huevos, otra el arroz, las bolsas y finalmente doña Leo compró siete kilos de tortilla: “Salimos a las vías a dar las bolsas. Se nos quedaban mirando todos los vecinos, hasta el maquinista”.

Así fue como empezó la labor de Las Patronas. Y esta mañana Norma y doña Leo llegan con el reconocimiento recibido en la capital. Observan la pared donde

ya tienen colocadas otras distinciones más y buscan el lugar para colgarlo: “Este premio significa mucho compromiso, mucho trabajo y significa llevar el mensaje a mucha gente que desconoce la situación de los migrantes centroamericanos, en especial del dolor de las madres que sufren por sus hijos”.

Peña Nieto se comprometió a ayudarlas, pero Norma considera que las promesas no sirven de nada y le piden hechos que demuestren su palabra: “Queremos que se comprometa de verdad. De promesas no vamos a vivir. Hay que dar solución al problema. Así como nos está diciendo que va a apoyar, es el momento de agarrarle la palabra, de llevarle todo ese trabajo que se está haciendo, de mostrarle el dolor de las mujeres, de toda esta gente que es hermana nuestra, tirados del tren, lastimados, secuestrados, desaparecidos. México está siendo golpeado por todas partes, hay mucha gente que discrimina al ser humano sin conocerlo”.

Mientras habla, Norma no para, sigue organizando la cocina, da instrucciones para llenar bolsas con comida. En el terreno de al lado, junto a la casa de sus padres donde crecieron los quince hijos, hay una fogata con una gran olla llena de café y otra más de ponche de frutas que expide un penetrante olor a canela.

Corre a las vías del tren con sus compañeras de esta causa humanitaria, cargando las cajas de plástico con comida. La historia se repite varias veces durante el día y la noche. Una llamada a la madre Dolores, del albergue de Tierra Blanca, les proporciona información del número de migrantes que subieron al tren y ellas preparan las bol-

sas necesarias y un poco más. Siempre un poco más para que nunca falte y nadie se quede con hambre.

Con setenta y seis años, doña Leo lleva la voz de mando. Las regaña por no cuidar las rebanadas de pastel colocadas en las bolsas, las cuales, según dice, deben ser entregadas sosteniéndolas de abajo para no destrozarse el postre.

En un espectacular perol prepara varios kilos de espagueti con salsa de tomate. Cuida el sazón, la cantidad de sal y el tiempo de cocción.

Dice que el premio de la CNDH no cambia nada: “Todo sigue igual. Estamos más comprometidas a seguir trabajando. Peña Nieto me reconoció. Me dijo que me había visto en el documental echando tortillas. Dijo que iba a venir, pero yo digo que venga está difícil. Quedó muy animado. A ver si es cierto. Ojalá y Dios quiera que se le ablande el corazón”.

Doña Leo es sensible a las distintas etapas que viven los migrantes. Actualmente lo peor son los secuestros y las extorsiones: “Ahora está peor. Les están cobrando cien pesos. Los secuestran para pedirles dinero a sus familiares de Estados Unidos. Hay muchos desaparecidos. Yo siento mucha pena por todos ellos, por esas mujeres que van con sus niños en el frío o en el calor. ¿Quién les va a dar de comer? ¿Quién les va a dar una botella de agua, un pan? Nadie”.

Mientras checa las cajas de pan, reflexiona y suspira. Aún no comprende los ataques recibidos por gente que considera que ayudar a los migrantes indocumentados es un delito. Tampoco logra entender la indiferencia



de los mexicanos. “¿Que por qué no hay muchas patronas ayudando a los migrantes? Por falta de valor. No todas queremos trabajar gratis. Aquí hemos invitado a unirse al grupo y han venido pero nos trabajan una semana y se van. Si tuvieran valor darían.”

# Mucho sueño americano

Óscar Martínez

Para el salvadoreño migrante Rolando Martínez, sus primeros años como indocumentado en la ciudad de Nueva York se pueden resumir en una escena de la película mexicana “A toda máquina”, estrenada en 1951 y protagonizada por Pedro Infante y Luis Aguilar.

La escena dura menos de un minuto, y el migrante Rolando Martínez no se imagina como uno de los actores estelares del reparto. El migrante Rolando Martínez se imagina como un actor secundario que irrumpe fugaz en la pantalla descolorida a grito de “ya llegué, vieja”. El actor en el que el migrante Rolando Martínez se refleja entra en carrera a la planta baja de un edificio, ataviado en su uniforme de mesero de aquellos años, con corbatín, saco, pantalón de tela con faja alta y zapatos de charol. De la administración del edificio sale su mujer, Doña Angustias, a la que el hombre anuncia una mala noticia: “Me quitaron el sueldo del restaurante, pero ya tengo otro”. “¿De qué?”, pregunta, afligida, la mujer. “Ya verás, ya verás”, grita el hombre, enseñando un paquete, y desaparece en el cuartito de la recepción. La escena

se interrumpe cuando aparece el estelar Pedro Infante que escucha cómo una mujer le ofrece su vida. La escena continúa cuando del cuarto, otra vez de forma abrupta, sale disparado el actor secundario a grito de “ya me voy, vieja”, esta vez ataviado con sombrero y uniforme completo de mariachi y cargando una guitarra. “Que te vaya bien, viejo”, se despide Doña Angustias.

Risas menos, así se sentía el migrante Rolando Martínez en sus primeros años en Nueva York.

El migrante Rolando Martínez tiene ahora cuarenta y seis años, de los cuales durante catorce años no ha estado en el país en el que nació, sino en uno en el que se quedó sin permiso de nadie. El migrante Rolando Martínez se graduó de ingeniero agrónomo en El Salvador, consiguió trabajo en los proyectos de repartición de tierras a los excombatientes de la guerra civil salvadoreña (Programa de Transferencia de Tierras, PTT), conoció a una mujer llamada Evelyn, que trabajaba en el Banco Central de Reserva, y, una noche de borrachera con sus primos, se animó a hacer lo que no había hecho antes y le propuso a Evelyn que se casara con él, cosa que hicieron el siguiente día. Ella ahora es Evelyn Martínez. El migrante Rolando Martínez no se sentía satisfecho cuando miraba al futuro: con su mujer embarazada, ganaba el equivalente a 400 dólares y no aparecía en el horizonte un amago de aumento. El migrante Rolando Martínez aprovechó que tenía visa de turista para entrar a Estados Unidos y, sin ninguna intención de turistar, en el año 2000 se despidió de Evelyn Martínez y se largó a Nueva York a trabajar.

El migrante Rolando Martínez se enteró de que Estados Unidos no era precisamente un boleto gratuito

al éxito cuando vio la primera casa donde viviría con unos primos: un sótano compartido con cuatro personas más. En sus primeros días, el migrante Rolando Martínez era, como él dice, “chalán del chalán”. El ingeniero agrónomo ayudaba, por seis dólares la hora, al ayudante de obra en una construcción. La vida, teniendo que ahorrar y pagar 300 dólares al mes por el reducido y saturado sótano, era bastante precaria. Por eso, el migrante Rolando Martínez, que nunca llegó a ese país a turistar, decidió conseguir otro trabajo, uno de noche, que le ayudara a hacer lo que había llegado a hacer: dinero. Por las noches, entre uno y otro restaurante italiano, el migrante Rolando Martínez servía platos, limpiaba mesas, cocinaba o hacía lo que había que hacer para que los comensales salieran con las panzas y el ánimo satisfechos.

Tras un año yendo de chalanear a cocinar y durmiendo tres horas cada veinticuatro, el migrante Rolando Martínez escuchó de su esposa una sentencia que en otro contexto habría sido una alegría: “¿Quieres estar conmigo o no? Si quieres, me voy para allá”, sentenció ella por teléfono. “¿Dónde diablos nos vamos a meter el niño, Evelyn y yo?”, se preguntó él. Pero el migrante Rolando Martínez — que dice que su mujer es su “balance”, su “centro” — se limitó a decir que la esperaba con los brazos abiertos.

Cuando Evelyn llegó a Estados Unidos se encontró con un ojeroso marido que recién había abandonado un sobrepoblado sótano de Nueva York para meterse en el cuarto alquilado de la casa de unos mexicanos migrantes en Carolina del Norte, en la ciudad de Raleigh.

La vida no era fácil, las reglas de los mexicanos eran severas: a partir de las ocho de la noche no era permitido abrir el refrigerador, encender un hornillo o tostar un pan. De hecho, a partir de esa hora era prohibido andar en la cocina. Por eso cada noche el migrante Rolando Martínez, que regresaba de cocinar pasada la medianoche a su cuarto, le decía a Evelyn con las pocas fuerzas que le quedaban: “Ya llegué, vieja”. Ella le entregaba el frío plato de huevos picados que le había preparado en horas en que la cocina estaba permitida. Él besaba a su hijo de un año. Él dormía tres horas. Él se vestía de chálán y se despedía de su mujer como aquel actor secundario lo hacía, sólo que con menos desparpajo. El migrante Rolando Martínez susurraba al oído de Evelyn: “Ya me voy, vieja”.

Si al pensar en Estados Unidos se piensa en rascacielos, neón abundante, taxis por doquier y humeantes alcantarillas, entonces no se piensa en Raleigh ni en Durham. Ambas ciudades están en el centro del estado de Carolina del Norte, en la costa Este, a la orilla del océano Atlántico. Las dos rondan el medio millón de habitantes y son ciudades con zonas verdes por doquier que en las mañanas sirven como pistas de ejercicio a los madrugadores habitantes que trotan despreocupados. Son ciudades que no impresionan, pero relajan. Lo más ostentoso de las dos es la ecológica, apacible, verde y pétrea Universidad de Duke, una de las mejores de todo el país, ubicada en Durham. Alrededor, árboles, pasto, hojas. Alrededor, pocos indocumentados.

Las ciudades de Raleigh y Durham son como islotes urbanos separados por veinte minutos de autopista. Ciudades en cuyas periferias o pueblos aledaños aún se puede escapar de la locura inmobiliaria estadounidense y encontrar una casita de dos cuartos por 600 dólares, y no por los más de 1,500 dólares al mes a los que obligarían ciudades como Nueva York, Boston o San Francisco.

En todo este Estado hay unos 38,000 salvadoreños, y si bien no es uno de los lugares donde hay más que en muchas ciudades del propio país centroamericano — solo en Los Ángeles se calcula que hay 800,000 mil; en Long Island, 225,000; en Baltimore, 220,000; en Washington, 170,500; en Houston, 150,000 —, es un lugar que empieza a llamar la atención de las autoridades de El Salvador, que ya anuncian sus intenciones de abrir un consulado en las cercanías de Raleigh y Durham.

En todo Estados Unidos, calcula el gobierno salvadoreño, viven unos dos y medio millones de salvadoreños. O sea, que casi una tercera parte de los salvadoreños no viven ni trabajan en El Salvador. O sea que, para igualar la población de salvadoreños en Estados Unidos, tendríamos que vaciar los departamentos de San Salvador, Santa Ana y Chalatenango. O bien los de Ahuachapán, Cabañas, Usulután, San Miguel, La Unión, Morazán, Cuscatlán y La Libertad.

La migración de los centroamericanos no se detiene una vez que llegan a Estados Unidos. La fórmula que los movió los sigue moviendo: trabajo-progreso-dinero. Los Ángeles ya rebalsó, dicen muchos; en Nueva York encontrás ilegales que trabajan en construcción casi que

por un plato de comida, dicen otros. Nadie aún dice eso de Raleigh y Durham.

Arturo y César llegaron a Durham justamente alejándose del trabajo mal pagado, los rascacielos y las ciudades que rebalsan de centroamericanos.

César es un hondureño de veintiséis años que en 2006 decidió largarse de la que ahora es la ciudad más violenta de todo el planeta. Se fue de San Pedro Sula, 840 kilómetros cuadrados donde 187 de cada 100,000 habitantes son asesinados al año. Uno de cada 535 habitantes por año. Unos diecinueve cadáveres diarios.

César el hondureño recuerda cruzar hacia México por el departamento guatemalteco de Petén, recuerda una lancha, recuerda un río, recuerda El Ceibo, recuerda un tren de muchas horas, recuerda Orizaba, en Veracruz, y un bus hasta Piedras Negras, en la frontera con Estados Unidos.

César el hondureño pagó unos cuantos cientos de dólares por cruzar México, porque no viajó con coyote, sino con guía — un viajero del camino, uno de esos hombres atrapados en el ir y venir de la ruta mexicana, que mueve parientes o amigos o amigos de parientes. Pero para cruzar la frontera con Estados Unidos, la deuda con sus familiares que lo apoyaron ascendió a 5,000 dólares por los cinco intentos que su coyote hizo hasta lograr colarlo en ese país, luego de que una y otra vez lo deportaran ahí nomás, al otro lado de la frontera, creyéndolo mexicano.

Arturo tiene treinta y tres años, llegó a Estados Unidos en 2001 y proviene de uno de los departamentos

norteños de El Salvador, un lugar reconocido por la tradición de sus coyotes. Es de Chalatenango.

Arturo el salvadoreño recuerda Tapachula, ya en México. Recuerda un camión. Recuerda a 200 migrantes dentro del camión. Recuerda la posición de “cebollita”, uno tras otro, sentado, abrazando con las piernas al de delante. Recuerda un falso montaje de manzanas como carga. Recuerda treinta horas hasta Puebla. Recuerda nueve horas hasta Zacatecas. Recuerda veinticinco horas hasta Sonora, en la frontera. Recuerda asfixia, calor y adormecimiento de las piernas. Recuerda Sonoíta o Altar o quizá Agua Prieta. El miedo, o quizá las más de sesenta horas de encierro en un camión, son buenos amnésicos. Recuerda un *pick-up* y un viaje hasta Los Ángeles. Acostado en la cama hirviente del *pick-up*. Recuerda una terrible fiebre y “varicela” y recuerda cómo se dice eso en inglés: *chickenpox*. Recuerda un avión —nadie revisa el estatus migratorio para hacer un viaje interno en Estados Unidos. Recuerda —al fin— Nueva Jersey y a sus primos.

Arturo el salvadoreño llegó al lugar donde deseaba llegar con una deuda de 6,000 dólares que su familia en Estados Unidos pagó a su coyote.

César el hondureño ha trabajado siempre en obras de construcción en Durham. Es carpintero y carpintería ha hecho desde que llegó.

Arturo el salvadoreño empezó como lavaplatos en un restaurante italiano de Nueva Jersey. “Ganaba 300 dólares semanales por trece horas diarias de trabajo”. Luego, con el agobio de haber llegado para enviar reme-



sas a su familia en El Salvador y la condena de la deuda de su coyote, empezó a trabajar por las noches en bodegas, descargando lo que hubiera que descargar. “No aguantás —dice. Es mucho sueño.” Así que el migrante volvió a migrar. En Washington trabajó como obrero de la construcción, en Kentucky como cargador de camiones en la bodega de un supermercado. Luego, por ocho dólares la hora, moliendo carne en la línea de producción de un matadero. Luego, gracias a la oportunidad que tuvo en 2003 de conseguir el Estatus de Protección Temporal (TPS, por sus siglas en inglés), Arturo el salvadoreño consiguió su licencia de conducción para vehículos pesados y se hizo camionero.

A principios de los 2000, Estados Unidos permitía mayores oportunidades para que los salvadoreños se inscribieran en el TPS, una vez siguieran algunas normas, pagaran algunas multas por haber sido indocumentados y, por supuesto, demostraran que habían pagado sus impuestos siempre. Siguiendo la lógica del viejo dicho, para la muerte y los impuestos nadie es indocumentado.

César el hondureño llegó como indocumentado e indocumentado sigue siendo.

Arturo el salvadoreño pagó en un año los seis mil dólares del coyote que debía a sus familiares. César el hondureño pagó en seis meses los cinco mil dólares que debía a los suyos.

Cuando terminamos los descomunales platos de desayuno que nos han servido en un restaurante en las afueras de Durham, les pregunto:

— ¿La gente que va a migrar se imagina lo que tendrá que trabajar para estar bien en este país?

Arturo el salvadoreño:

— Nunca jamás te imaginás lo que será aquí. Te parás en la calle como idiota a esperar que pase algo, como a intentar entender algo. Poco a poco ves que hay oportunidades, pero el estrés... el estrés.

Cuando llegó a este país, Arturo el salvadoreño vivía con cinco primos y amigos en “una casita de dos cuartitos”. Ganaba, si hacía horas extras, 1,200 dólares al mes. Pensaba en enviar remesas y cargaba con el peso de la deuda del coyote. Dormía en el suelo. El estrés... el estrés.

— ¿Volverían a sus países?

— (César el hondureño.) Por seguridad, no — dice tajante. Y, siendo sampedrano, uno se pregunta si habrá algún necio o irreverente que se anime a seguir preguntando tonterías como ¿y por qué no? O: ¿a qué te referís con eso de la seguridad?

Al salir del restaurante se irán en el *pick-up* de Arturo el salvadoreño, posiblemente a la iglesia católica donde se congregan los domingos. Ahora, la vida es dura, pero ya no es aquella vida. Si alguien busca en la historia de estos migrantes la luz al final del túnel, así se ve esa luz: Arturo el salvadoreño gana como camionero quince dólares la hora, y trabaja unas cuarenta horas a la semana, más las diez que mete como tiempo extra. César el hondureño gana como carpintero dieciseis dólares la hora y hace cincuenta horas semanales.

El túnel, para Arturo el salvadoreño, duró unos diez años. El túnel, para César el hondureño, duró unos seis. Ambos esperan que la luz del final resplandezca más.

Al parecer, en Estados Unidos hay una regla de proporcionalidad directa: a más años en Estados Unidos, más luz al final del túnel. Una regla que un pesimista podría enunciar así: a más luz, más túnel.

Orlando el *manager* salvadoreño hizo mucho túnel y ahora tiene una luz más clara. Me recoge en Durham en su Toyota automático, aire acondicionado. Para encontrar la dirección utilizó el GPS de su iPhone.

Orlando el *manager* se graduó de contador en El Salvador y a los veintiún años, ya siendo contador, no le salían las cuentas. Es el hermano mayor de tres hermanas —que en esos años eran “hermanitas”— y el hijo de un papá que a finales de los noventa pesaba noventa y seis libras debido a una parálisis que lo mantenía internado en el Hospital Rosales, de San Salvador. Orlando el *manager* ganaba entonces 800 colones al mes y era el único proveedor de la casa. Por eso migró.

Orlando el *manager* recuerda un México menos terrible. Recuerda que pagó al coyote el equivalente a 2,800 dólares. Recuerda buses y gente que les regalaba comida. Recuerda, como señal de que algunas cosas no cambian, a la Policía Federal mexicana asaltándolos en el hotelucho donde se hospedaron como migrantes en el Distrito Federal. Recuerda que, por lo demás, “México era sano”. Recuerda que eran dieciocho migrantes y que sólo pasaron seis. Recuerda un camión de carga donde viajó unas catorce horas. Recuerda que cruzó entre Sonora y Arizona. Recuerda la instrucción de su coyote antes de cruzar: “Si los agarran, digan que son mexicanos”.

Recuerda que su coyote dijo algo que ahora difícilmente podría decir un coyote: “De pasar, van a pasar”. Recuerda que lo logró al tercer intento. Recuerda que llegó a Douglas, Arizona. Recuerda tres *pick-ups*, todos los migrantes en las camas como niños en paseo al campo. Recuerda un viaje “tranquilo” hasta Los Ángeles. Recuerda un vuelo de Los Ángeles a Nueva York. Recuerda a sus tíos paternos —que llegaron a finales de los setenta años— esperándolo en la salida de pasajeros a las 6 a.m. Recuerda que fueron veintitrés días desde San Salvador hasta Nueva York.

Ahí empezó su túnel.

Orlando el *manager* empezó a trabajar ese día en la “compañía de jardinería” de su tío. “Al principio, los familiares te tienden la mano, pero ya luego uno debe buscarse la vida”, dice. Da la impresión —la impresión para alguien que ha hablado con unos pocos indocumentados en Carolina del Norte— que la solidaridad latina en Estados Unidos dura unos días, unos meses con suerte. Orlando el *manager*, sin saber decir ni hola en inglés, consiguió trabajo en un restaurante irlandés como lavaplatos. Eran cinco dólares la hora y sólo seis horas diarias de trabajo. En el fregadero nadie da propinas, y trabajar en un restaurante perdía su atractivo. Eso, sumado a que el cocinero ecuatoriano, el único otro latino en el restaurante, no quería hablar español con Orlando el *manager*, fueron razones para que se metiera a estudiar inglés en la Universidad Estatal de Nueva York. Orlando el *manager* estudió dos años. Orlando el *manager* ascendió a ayudante de mesero. ¡Había propinas! Orland-

do el *manager*, tras casi un año, ascendió a mesero de domingos, días en que hacía unos sesenta dólares, día de descanso para otros. Orlando el *manager* pagó en nueve meses la deuda del coyote a sus tíos. Se privó de cualquier lujo —si lujo se considera incluso un taxi, que él evitaba al salir de madrugada del restaurante, cuando optaba por caminar dos horas hasta su apartamento. Se refundió en las afueras de Nueva York, en un apartamento de dos camas y un sillón en Freeport donde mal dormían siete personas, pero le permitía pagar sólo 110 dólares mensuales. Orlando el *manager* cenaba la mitad del almuerzo que le daban en *el irlandés*, y la otra mitad la guardaba para almorzar el día siguiente. A Orlando el *manager* se le llena de orgullo el gesto cuando sonrío y dice: “Con la vida que llevaba, a las dos semanas de haber llegado envié mi primera remesa de 250 dólares”. O sea, casi tres veces lo que ganaba como contador en El Salvador.

A los tres años de trabajar en *el irlandés*, *el irlandés* cerró. Orlando el *manager* hizo un poco de esto y aquello en Nueva York, hasta que gracias a un amigo dominicano consiguió una entrevista de trabajo en el hotel Marriot, para ser asistente de cocinero. Para entonces, Orlando el *manager* ya había aprovechado la oportunidad de que una calamidad salvadoreña lo beneficiara. El huracán Mitch había desbaratado Centroamérica. Los Estados Unidos —que para entonces hacía caridad migratoria cada vez que la madre naturaleza se ensañaba con particular fuerza contra Centroamérica— abrió oportunidades de tramitar su TPS a migrantes que lle-

varan más de cinco años indocumentados y que, por supuesto, hubieran pagado sus impuestos puntualmente. Orlando el *manager* aprovechó la oportunidad que muchos otros no aprovecharon, y a finales del siglo pasado sabía defenderse en inglés y tenía un permiso de trabajo. Orlando el *manager* se convirtió en el flamante ayudante de cocinero del Marriot Uniondeal de Nueva York. Ganaba 8.50 dólares la hora, hacía cuarenta horas a la semana y se anotaba, para deleite de sus ojeras, a cuanto tiempo extra estaba disponible.

Orlando el **manager** empezó este siglo ahorrándose la caminata de dos horas en las madrugadas. Había comprado “una lanchona de 500 dólares”, como él dice.

Orlando el *manager*, con sus horas extras, su TPS, su medio inglés y su lanchona, hacía veinte mil dólares al año y empezaba a ver la luz y a sentir menos denso el túnel.

La ley Nacara, que entró en vigencia en junio de 1998, lo acercó un poco más a la luz. Esas son las siglas de la Ley de Ajuste Nicaragüense y Alivio Centroamericano y fue una especie de amnistía migratoria que se cerró en abril de 2000 y benefició a aquellos migrantes de países de la ex Unión Soviética, parte de Centroamérica y Cuba, que hubieran entrado a Estados Unidos en el año 1990 o antes, que tuvieran TPS o que pudieran demostrar que tenían razones para pedir refugio. Orlando el *manager* tenía TPS y, ante las autoridades que seleccionaban entre los candidatos a la Nacara, también adujo que la guerrilla salvadoreña intentó reclutarlo a los trece años y el ejército a los dieciséis. Orlando el *manager*, tras años de papeles, demostraciones, pruebas, obstáculos y preguntas, consiguió su residencia.

Para el año 2001 era un veterano en el Marriot, y ganaba como *manager* de limpieza quince dólares la hora más sus muchas horas extras. Orlando el *manager* ingresaba cuarenta mil dólares al año.

Pero la brevedad del túnel no depende sólo de uno. El 11 de septiembre de 2001, Al Qaeda decidió estrellar dos aviones comerciales — uno de American Airlines y uno de United Airlines — contra las Torres Gemelas en Nueva York, y uno contra el Pentágono en Virginia. Al Qaeda no se detuvo a pensar en las consecuencias que eso podría traerle a Orlando el *manager*.

En los siguientes meses — quizá por la disminución de clientes que visitaban la *gran manzana* — el hotel decidió no abrir más horario extra para sus trabajadores. Por eso, y en detrimento de su reposo, Orlando el *manager* buscó un segundo trabajo que le ocupó las tardes. Fue de restaurante francés a italiano, de cocinero a mesero.

Orlando el *manager* siempre apostó a largo plazo. doce años sin renunciar al Marriot — ni por el sueño ni por los talibán — lo convirtieron en un empleado de confianza, y así fue como le ofrecieron convertirse en *manager* de limpieza y restaurante del Marriot de Durham. Y, luego, con un salario fijo de cuarenta y cinco mil dólares al año, al Marriot de Raleigh.

Así, Orlando el *manager* — que fue jardinero, mesero, ayudante de cocinero y cocinero — se convirtió con los años en un respetado *manager*. Por eso fue que recibió la oferta de su actual trabajo: *manager* de limpieza de un hospital privado de 900 habitaciones en Raleigh, por un salario de cincuenta y cinco mil dólares al año. Eso, y el hecho de que hace tres años le dieran su ciudadanía, ha

hecho que la luz al final del túnel sea un buen resplandor para Orlando el *manager* y su familia, su mujer y sus tres hijos.

Le pregunto, mientras conduce su reluciente Toyota automático y es guiado por el GPS de su *iPhone* hacia una dirección en Raleigh, cuándo sintió él que esa luz lo iluminó.

—Hace siete, ocho años... Hace siete, diría yo.

Orlando el *manager* transitó el túnel durante diecisiete años.

En uno de los pasillos de la organización El Pueblo, que tiene sede en Raleigh y que busca generar mejores condiciones para los latinoamericanos en Estados Unidos, escuché esto: “Una cosa es los que se vinieron por su cuenta y otra los que fueron traídos sin decir ni pío”.

¿Quiénes fueron traídos sin decir ni pío? El migrante Rolando Martínez —el que se ve reflejado en aquel actor secundario mexicano—, Arturo el salvadoreño y César el hondureño, así como Orlando el *manager* decidieron venir y desvelarse transitando el túnel. En cambio, la abogada Yesenia Polanco Galdámez no lo decidió. A esa edad, a la edad que la trajeron, no hubiera podido ni ubicar Estados Unidos en un mapa. La abogada Yesenia dejó su Metapán natal en El Salvador y llegó como indocumentada a Estados Unidos a los tres años.

La abogada Yesenia recuerda el cantón La Isla, de Metapán, recuerda falta de luz, calles de tierra, recuerda



monte. No recuerda nada más. Tenía tres años. Su papá le dijo que a ella y sus dos hermanas mayores él las cruzó por Tijuana en el año 1986.

Si uno le pregunta a la abogada Yesenia por qué vino a Estados Unidos, por qué su vida transcurre entre las ciudades de Raleigh y Durham, tarda cinco segundos en responder.

—Vine porque mi papá me trajo. Yo no tomé la decisión.

Su papá era militar en los primeros años de la guerra civil salvadoreña. Pero entonces, para algunos ser militar no era una decisión ideológica de férrea oposición al temible y afamado comunismo que en aquellos años se vendía como la tormenta venidera. Era un trabajo. Por eso, el papá de la abogada Yesenia tenía muchos familiares involucrados en la guerrilla. Y, sin embargo, una de sus obligaciones era matarlos. Por eso, dice la abogada Yesenia, su papá decidió dejar el cantón La Isla, de Metapán, y largarse a Los Ángeles, donde lo esperaban sus hermanos —los tíos de la abogada Yesenia— que se habían largado a finales de los 70 de un país que calentaba una guerra.

Desde antes de largarse a Estados Unidos, el papá de la abogada Yesenia solía repetir una frase.

—Vamos a regresar cuando termine la guerra.

La guerra duró doce años. Después de la tormenta de balas nunca vino la calma. El Salvador ahora mismo es el cuarto país más violento del mundo por índice de homicidios —41.2 por cada cien mil habitantes. El papá de la abogada Yesenia, un día hace muchos años, dejó de decir aquella frase.

El papá de la abogada Yesenia trabajó en fábricas de costura y como jardinero. Durmió poco los primeros dos años y así consiguió, en 1984 —cuando la abogada Yesenia apenas tenía un año—, llevarse a su compañera de vida. La partida de la madre implicó el ascenso no deseado de la hija mayor en la cadena de mando familiar.

—Yo no tengo sentimiento de abandono —dice la abogada Yesenia—, apenas me acuerdo, tenía tres años, mi vida ha sido aquí, en este país. Para mi hermana mayor, que tenía nueve años cuando se fue mi madre, fue un trauma del que todavía no se recupera. Un sentimiento de abandono. A mi hermana le tocó convertirse en nuestra madre con nueve años.

Dos años después, el padre bajó, recogió a sus tres hijas, a un par de primas de ellas, y él mismo se encargó de llevarse a ese kínder y de meterlo sin permiso de nadie y por la ciudad de Tijuana a Estados Unidos. Dos años después, el papel de la hija-madre volvió a ser el de una hija más.

Vivían en el centro de Los Ángeles, cerca del parque McArthur —que para los salvadoreños debería ser una plaza tan simbólica como la Gerardo Barrios. En gran medida, se alejaron de ese lugar en 1992 y llegaron a Carolina del Norte empujados por el temor a las pandillas latinas, principalmente a la Mara Salvatrucha, que nació allá y fue deportada para acá.

Luego del año 1986, y gracias a una amnistía para indocumentados concedida por la administración Reagan luego del terremoto de 5.4 grados Richter que sepultó la vida de unos 1,500 salvadoreños, la familia de la

abogada Yesenia dejó de estar indocumentada en Estados Unidos.

La abogada Yesenia volvió a su país natal hasta el año de la firma de los acuerdos de paz. Llegó al cantón La Isla, de Metapán, en 1992, y a sus nueve años le siguió pareciendo extraño aquel lugar donde “no había ni luz ni agua ni *toilets* ni calles ni nada”.

La abogada Yesenia es de la generación de migrantes que tuvieron estudios universitarios, que hablan inglés, que dicen *Oh, So, Yeah* o *You know* cada vez que hablan en español, que tienen un acento para hablar su lengua materna que no es tan diferente así lo hable un mexicano, un hondureño, una peruana o un salvadoreño, acento de migrante. La abogada Yesenia es de la generación que se animó a ir más allá del parque McArthur, y que entre sus amigos tienen estadounidenses, puertorriqueños o asiáticos, y que entre ellos hablan en inglés. La abogada Yesenia es de una generación muy diferente a la de su madre, que tuvo el inglés suficiente para pasar la prueba de ciudadanía apenas en 2013, luego de un cuarto de siglo en Estados Unidos, y luego de reprobar en su primer intento. La abogada Yesenia es de una generación que conoce perfectamente la palabra remesas y entiende rotundamente su importancia. Su padre aún trabaja en construcción y envía remesas a la abuela de la abogada Yesenia. Su madre envía remesas a sus dos hermanos. La abogada Yesenia es de una generación de salvadoreños que está dispuesta a responder — con toda la lógica del mundo — que es estadounidense, pero que antes de hacerlo piensa unos segundos y luego matiza su respuesta.

—Me siento de aquí... Aunque no me siento cien por ciento americana. Como tortillas, cuajada, pupusas y hablo español en casa... *so...*

La abogada Yesenia es de una generación que, a las puertas de un restaurante bar de Raleigh, del Dos Taquitos en este caso, aún siente que no es cien por ciento de aquí. “*So, aquí siempre me verán raro, y algunos de estos blanquitos pensarán que limpio casas, you know*”, dice Yesenia, la abogada de inmigración y defensa penal graduada de la Universidad del Distrito de Columbia.

La abogada Yesenia, que a sus tres años entró como indocumentada a Estados Unidos, hoy trabaja de representar a indocumentados en casos en los que ella pretende evitar que los deporten. En múltiples ocasiones — al menos una vez por semana, dice ella — su despacho, *Fayad Law, attorneys at law*, representa a hondureños, salvadoreños o guatemaltecos que piden asilo y argumentan que, debido a alguna de las pandillas, su vida corre riesgo en el país en el que nacieron.

La vida de la abogada Yesenia está ligada a su país mucho más que por las tortillas, la cuajada y las pupusas. *You know.*

Cada día de 2013, según datos del Departamento de Migración y Aduanas de Estados Unidos, ese país deportó a sesenta y cuatro salvadoreños. La administración del actual presidente Barack Obama deportó en cinco años a más salvadoreños de los que la administración del presidente George W. Bush deportó en ocho. Sin embargo, según el Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salva-

dor, cada día de 2013 unos 600 salvadoreños se fueron del país rumbo a Estados Unidos. Esas cifras son similares para Guatemala y Honduras. La migración indocumentada hacia Estados Unidos es —ha sido— una forma de vida centroamericana.

Por eso es posible sentarse en una mesa en Raleigh con la viejecita Ana Francisca Juárez Celaya, hondureña de El Progreso, de setenta y tres años, de pelo blanco como una hoja de papel, que a sus cuarenta y seis años, “cuando ya no aguantaba el hambre”, migró y se metió, por Douglas, Arizona, a un país cuyas autoridades no querían que entrara, y se reunió con su hija Dolbia. Por eso es posible que, al otro lado de la mesa, esté su nieta de veinticuatro años, que entró indocumentada en medio del líquido amniótico en el vientre de su mamá. Por eso, porque migrar es una forma de vida, es posible que en esta mesa falte hoy Miguel, el nieto de veintitrés años de la viejecita Ana que llegó más recientemente, hace apenas tres semanas. Él iba a estar en la mesa, pero se echó para atrás. Dice que algo le pasó en el camino mientras cruzaba México sin papeles, que ese algo tiene que ver con *Los Zetas* y que no está listo para contarlo.

Por eso, porque migrar para muchos no es algo que puede pasar, sino algo que va a pasar, es posible que en esa misma mesa acabe de estar el expolicía Francisco Rivera, de treinta y ocho años, de Guazapa, El Salvador, de la promoción policial 37, que el 16 de junio de 2000, tras haber huido de Guazapa por la guerra, tras haber vivido una infancia en una colonia popular de Apopa, tras haber querido imitar a los pandilleros que llegaron

a finales de los ochenta deportados a pavonearse por el centro de la capital, tras haberse graduado del Inframen, tras haber estudiado para maestro en la Universidad de El Salvador, tras haberse enterado de los sueldos de un maestro y elegido mejor ser policía, decidió endeudarse con seis mil dólares y entrar, por Phoenix, Arizona, a Estados Unidos. Por eso, porque Estados Unidos es para muchos centroamericanos lo que la luz es a esos escarabajos a quienes los salvadoreños llaman “chicotes”, es posible que el enojo actual del expolicía Francisco sea que ni su hijastro ni su prima le hayan devuelto los cinco mil dólares que les prestó a cada uno para que pagaran a un coyote uno y una fianza por un juicio de deportación la otra. Por eso es posible que él, aun habiendo perdido ese dinero, y tras catorce años de trabajo, tenga TPS y envíe 150 dólares a su mamá cada mes y setenta dólares a su sobrina para que estudie en una universidad salvadoreña. Por eso es posible que el expolicía Francisco termine de pagar este año su segunda casa de veinticuatro mil dólares en El Salvador y esté a unos años de terminar de pagar los ciento setenta mil dólares de la casa que habita, lejos de su Guazapa natal, en Carolina del Norte.

Por eso, porque si atendemos a la definición de que un país es su gente, los países de Centroamérica son un pedazo de tierra en la mitad de América y varios otros pedazos en Norteamérica, es posible que tras una tarde de conversaciones uno se pare en un restaurante en Durham y sea atendido por una exiliada hondureña del departamento de La Paz, hija de un alcalde, sobreviviente de una bomba.

Atendiendo las últimas cifras oficiales, hoy —y mañana y pasado mañana— se fueron 300 salvadoreños de El Salvador rumbo a Estados Unidos. Algunos llegaron. Su túnel empieza.

# Un vaquero cruza la frontera en silencio

Diego Enrique Osorno

Madre arroja la panza de la vaca y ésta hace saltar el agua hirviente de la olla de peltre azul. Ahora lanza una pequeña cosa deforme que debe ser la pata de la res, luego vienen los tomates, el romero, la yerbabuena, el ajo y el orégano.

Casa tiene una fragancia de especias los fines de semana. Ahora cuando percibo el aroma de ciertos condimentos naturales suelo recordar la crisis económica de diciembre de 1994 en México.

Padre se levanta temprano y vacía el cocido de la olla en platos de hielo seco. Los mete con mucho cuidado en el carro, como si fueran un tesoro recién desenterrado: que no se derrame ni una gota, que no se caiga ninguna piedra preciosa, que el menudo, la sopa de estómago, llegue a salvo a su destino.

En Monterrey suele comerse barbacoa los domingos, pero los amigos de Padre son amigos de a de veras. Las mañanas de los domingos de 1995, en lugar de comer barbacoa, prueban el menudo que le compran a Padre.



Entre semana, Madre mete otras cosas a la olla que siempre parece tener agua hirviendo. Mete pollos, mete arroces, mete verduras. Después Padre los acomoda entre los delgados recipientes y el destino de los platillos ahora queda mucho más cerca. Va uno para la vecina de junto, otro para el de enfrente, para los de la vuelta, para el que se acaba de cambiar a la cuadra, para la señora enojona que poncha pelotas de fútbol y para las amigas de Madre, que también son sus amigas de a de veras. La cocina de Casa es la cocina del barrio. En el noreste de México no hay fondas. No se usa la palabra fonda. Pero Casa es una fonda. Una fonda que ofrece servicio de comidas a domicilio. Y el tema de todos los días en la fonda es Casa. Sí, Casa es al mismo tiempo la fonda, pero por un momento Casa es otra cosa que nada tiene que ver con las paredes y los techos entre los que transcurrió mi infancia y adolescencia. Entonces, la palabra Casa remite a problema. Casa significa incertidumbre, banco, riesgo, mal, desempleo, pelea y, sobre todo, una extraña y muy agresiva palabra: Hipoteca.

Hipoteca es la palabra que nadie quiere oír, decir, en Casa.

Alguna avanzada civilización del futuro habrá de conseguir borrar esa palabra de los diccionarios. Pero en aquel año, la palabra Hipoteca está ahí, en el habla de todos los días, aunque se pronuncie poco.

La olla hirviendo de Madre desafía a la palabra Hipoteca, los platos de hielo seco de Padre también, sin embargo, en estos tiempos de crisis (se dice que todo por un “error de Diciembre” que devaluó el peso y mandó

al cielo las tasas de interés) la palabra Hipoteca es muy poderosa. No se le gana con el aroma del orégano ni con amistades de a de veras. Para que la palabra Hipoteca nos deje tranquilos hace falta algo más.

Un día Tío envía quince mil dólares desde Estados Unidos. Ese día la palabra Hipoteca pierde una batalla y deja en paz a Casa.

Tío es un vaquero que cruza la frontera en silencio. Se llama Gerónimo González Garza.

Prometí que alguna vez relataría su historia.

## UNO

Desmontaron. Amarraron los caballos bajo la sombra del mismo árbol. Caminaron. Cada uno con su escopeta. Hablaban en voz baja con frases parcas. Ojos negros alertas de Magdaleno y ojos café claro alertas de Gerónimo. Media hora, unos kilómetros después, no encontraban a qué animal disparar, no se veía ningún alma, ni siquiera una tarántula. El viento caluroso reseca la vida en el monte.

Se despegaron para tener más posibilidades de que apareciera la buena suerte mientras exploraban. Pasó un rato y se oyó al fin el primer disparo de la cacería. El único disparo.

Magdaleno corrió a mirar entre el matorral, pero en vez del animal vio tirado el sombrero de Gerónimo. Gerónimo estaba hincado, tenía un orificio de bala en el cuello y sangraba. Murió pronto.

Magdaleno volvió a buscar el caballo. Lo desató y después fue a entregarlo, junto con el sombrero y el ca-

dáver de su mejor amigo. Contó con detalle lo que había pasado y dijo que podían hacer con él lo que quisieran. La familia desterró a Magdaleno de Sabinas Hidalgo, Nuevo León. No regresó nunca. Algunos dijeron que cruzó el río Bravo y luego luego se colgó en un mezquite del rancho ganadero de Texas, donde había conseguido trabajo de peón.

Pasaron los años y el 24 de mayo de 1953, en su casa en los alrededores de la terminal camionera, María de Jesús Garza parió a un bebé de poco más de dos kilos, con mucho pelo cuando se apareció por el mundo. Al bebé le cortaron el ombligo y se lo enterraron en Monterrey, el lugar donde nació. El padre, Guadalupe González, estaba contento de que fuera varón. Quería uno para ponerle Gerónimo, como se llamaba su hermano muerto de forma trágica por una bala salida del rifle de su mejor amigo.

## DOS

Gerónimo gatea unos segundos y luego se desploma. Parece distraído. Algo raro pasa y sus padres creen saber qué es, pero lo llevan al hospital para enterarse bien. Madrugan y los atiende un médico del Seguro Social. Revisa al bebé, le toca las orejas, habla frente a él con distintos tonos, graves y agudos. Después el médico se pone serio y pide a los papás que vayan a un laboratorio para que le practiquen estudios del oído. Diez días después regresan. El médico los recibe con la misma voz seria de la otra vez. Ahora la usa para darles la noticia de que Gerónimo no escucha ni va a escuchar nunca, que cuando

mira las cosas no tiene conciencia del sonido: es sordo profundo. Todo para él será una película muda. Van a tener que hablarle con las manos para que no se vuelva loco. Como mímica. Le van a mostrar que no hay que comer con la boca abierta, o que cuando necesite tomar leche tiene que indicarlo con su manita. Ellos lo harán, el pequeño Gerónimo los verá y esperarán a que los imite. Hay que tener paciencia. No es cualquier cosa: crearán un lenguaje propio para comunicarse. Así le tendrán que ir mostrando la vida.

Los padres escuchan al médico y sus consejos. Más o menos saben lo que tienen que hacer. Graciela, otra de sus hijas, también nació con sordera hereditaria. Han investigado y saben que en la familia del padre de Gerónimo hay sordos, por lo menos desde dos generaciones atrás. Debido a la sordera profunda, Gerónimo no conocerá los sonidos y no podrá usar sus cuerdas vocales para hablar, aunque éstas no tienen ningún daño. Toda persona que nace con sordera no puede usar su laringe, su voz.

El papá de los pequeños Gerónimo y Graciela se llama Guadalupe González. Trabaja de lunes a viernes en Tráilers de Monterrey, S.A. de C.V. La pequeña empresa tiene un galpón en el que atracan todos los días camiones ruidosos provenientes de Estados Unidos. En la carga traen aceitosas transmisiones de coches, equipo médico obsoleto, cables multicolores descaparelados, tubería hidráulica rota, muebles hechos pedazos... El trabajo de Guadalupe es pesar la chatarra y regatear lo más que se pueda el pago con los chatarreros.

La mamá de Gerónimo y Graciela se llama María de Jesús Garza. Ella trabaja haciendo chorizo rojo que vende en el barrio de Monterrey donde viven. Antes habían pasado largo tiempo en Rancho Nuevo, un ejido de Los Ramones, Nuevo León, unos ciento cincuenta kilómetros al norte de la ciudad. Era una buena porción de tierra que María de Jesús heredó, pero tenía el suelo fracturado, de esos que no se dejan sembrar con facilidad, y por eso tuvieron que emigrar a la ciudad.

Los fines de semana, para completar los gastos de la familia, Guadalupe recorre en una camioneta *pick-up* Ford guinda las dos horas de camino a Rancho Nuevo, acompañado por un paisaje solitario, un mezquite aquí, otro por allá.

Ahí mata cabritos que luego comercia en Monterrey. Si es el cumpleaños de alguno de sus hijos u otra fecha en verdad especial, mata una de las vacas que comen de los raquíuticos pastizales del rancho. De la panza de la res salen mucha barbacoa y un menudo que les dura varios días y los pone contentos a todos. En ocasiones no hay tiempo para matar a los animales en Rancho Nuevo, y el sacrificio se hace en la casa de Monterrey. No es raro que aparezcan cabritos muertos tendidos en el patio de la pequeña vivienda, como si fueran ropa recién lavada esperando secarse.

De los seis hijos de la familia González Garza: María de la Luz, Graciela, Teresa, Guadalupe y Martha, Gerónimo es el que más colabora con la matanza de los fines de semana; sus hermanas estudian y su tarea incluye ayudar en la venta del chorizo o en el corte y empa-

quetado de la carne. Tratan a Gerónimo con normalidad. Se tuercen para jugar con él al burro bala va, corren para las escondidas o brincan la bebeleche. Gerónimo pasa así los primeros diez años de vida, sin saber el Lenguaje de Señas tampoco sus padres ni hermanas. Toda la comunicación que hay es moviendo las manos, con una voz que no emite sonido alguno, pero se ve. Usan un alfabeto de silencio creado por ellos. Los padres de Gerónimo no le imponen el mundo de los que sí oyen, tratan de entender el suyo. Es una familia normal, alegre, con vitalidad.

No es raro ver a Gerónimo con su pantalón de mezclilla ensangrentado, después de pasar todo el día con su padre en el improvisado rastro casero. Matar a un chivo es arduo: primero hay que ponerlo quieto, después enterrarle un cuchillo en la yugular, dejarlo que muera entre los grititos que lanza, colgarlo para que le escurra todo el chorro de sangre en una vasija, sacarle las tripas con las manos y quitarle el pelaje. Hay un sábado en que Gerónimo mata solo, sin la ayuda de su padre, los dieciocho chivos que se comerán los invitados de una boda por celebrarse esa misma noche en Monterrey. Tiene diez años.

## TRES

Alguien tocó a la puerta cierta noche del verano de 1965. Guadalupe salió a ver. El joven visitante le acercó una tarjeta blanca en la que se veían unas pequeñas manos dibujadas de diferentes formas, el abecedario del Lenguaje de Señas. Al reverso un mensaje de texto: "Soy

sordomudo. Te pido una cooperación para mi escuela”. El padre de Gerónimo sacó un poco de morralla y se la dio al muchacho. Guardó la tarjeta y a la tarde siguiente llevó a su hijo a la dirección que venía escrita.

Era una casa grande de la calzada Madero, una de las avenidas importantes del antiguo Monterrey. Ahí se enseñaba el Lenguaje de Señas, un idioma que la Enciclopedia Británica define como “una especie de escritura de imágenes en el aire”. El lugar tenía pocas ventanas, tres habitaciones y un área grande donde en 1951 se había acondicionado la primera escuela para sordos del noreste de México. En la entrada había un cartel que daba la bienvenida con la definición griega del hombre: *zoon lógon éjon*, animal provisto de la palabra, así como fotos de un luchador sordo que por esos años compartía, de vez en vez, el cuadrilátero con El Santo o Blue Demon. Se llamaba El Prisionero. También había imágenes de David Sordomudo Rodríguez, otro artista del pancracio, menos conocido, pero oriundo de Monterrey.

La escuela estaba afiliada a la Agrupación Mexicana de Sordomudos, A.C. Su símbolo era una ardilla. El movimiento incesante de las manos del simpático roedor come nueces, le pareció al profesor Abel Sauza similar al de los sordos durante sus tertulias y por ello se empleó como logotipo. Fue el profesor Sauza quien involucró a Gerónimo en las demás actividades de la escuela. El lugar funcionaba al mismo tiempo como agencia de trabajo. Los jóvenes sordos que recorrían los populosos barrios regiomontanos pidiendo dinero para la escuela, estaban atentos por si veían a más sordos y los invitaban a

integrarse a una comunidad que intentaba organizarse. Los estudiantes sordos, una vez que aprendían a comunicarse con el Lenguaje de Señas, formaban equipos de fútbol y competían en torneos *amateurs*, o bien, salían en grupo a conocer otras ciudades de México, donde vendían llaveros, plumas o juguetes que ofrecían junto con tarjetas con frases con señas, como “Te quiero” (mano derecha con dos dedos doblados que hacen una especie de cuernos y se coloca en el pecho, a la altura del corazón) o “Dios te bendiga” (mano izquierda y mano derecha simétricas en forma de cuernos).

Los profesores presentaban estos viajes a los padres como una forma de integrar a sus alumnos con el mundo, aunque incluían una lógica mercantil, ya que una parte de las ventas iba para la escuela y otra, menor, se la quedaban los propios jóvenes sordos emprendedores.

Gerónimo hizo su primer viaje a los catorce años. Fue como ir a otro planeta: el asfalto interminable del Distrito Federal contrastaba con el terregal en el que había crecido, tanto en Rancho Nuevo como en Monterrey. Ahí pasó cuatro meses. Hizo visitas cortas a Puebla, Aguascalientes y Guanajuato. Conoció a sordos chilangos que tenían fama de ser abusivos con los de provincia, pero algunos se convirtieron en buenos amigos durante largo tiempo. El Monumento a la Revolución Mexicana era el sitio preferido por Gerónimo para vender llaveros. Los turistas se portaban generosos, sobre todo los parroquianos vespertinos de las cantinas aledañas. En cambio, en las oficinas vecinas de la Dirección Federal de Seguridad (DFS), si bien, estaban especializados en hacer “hablar” a la gente, la vendimia era poca.



Antes de regresar a Monterrey, el grupo viajó a Guadalajara por unas semanas. Ahí Gerónimo decidió que se iría de mojado a Estados Unidos.

## CUATRO

Hay una fotografía Polaroid de mi tío Gerónimo, tomada en los setenta, donde se le ve el aire de forastero con el que dio sus primeros pasos en Estados Unidos. Aparece en una casa en construcción en pleno valle de Texas. Trae puesto un pantalón de mezclilla y una camisa blanca. Listo para trabajar. Parece que lo hará con una sonrisa: es un moreno flaco del que resaltan el pelo largo, oscuro y brillante, así como un bigote que apenas asoma entre sus gruesos labios.

En 1969, Gerónimo cruzó por primera vez la frontera junto con sus amigos Leobardo y Germán, a quienes conoció en el viaje a Guadalajara. Entre ese momento y 1973, los detuvieron y deportaron unas cuantas veces. Pero en ese tiempo era común que un mexicano fuera y viniera al otro lado sin tanto problema. No se hablaba de instalar muros, ni de rancheros armados para vigilar las rutas de los migrantes ni de hacer visas láser.

Gerónimo llegó a Laredo, con sus amigos Germán y Leobardo, en la búsqueda de trabajos de albañilería o de lo que hubiera para unos muchachos sordos de dieciséis años. No encontraron tantas oportunidades y las pocas que había se las daban a migrantes mexicanos oyentes. Entonces se fueron de aventón a San Antonio, la ciudad más católica de Texas, grande y a tan sólo dos ho-

ras de distancia. Ahí empezaron a vender llaveros en el Downtown. Semanas después, se toparon con un grupo de sordos texanos a los que no les agradaba la idea de tener competencia de vendedores mexicanos. Los texanos les hicieron la vida imposible y lograron que *La Migra* los deportara. Esa vez Gerónimo, Germán y Leobardo fueron a dar a Ciudad Juárez, Chihuahua. Vagaron unos días. Luego consiguieron un aventón a Monterrey con un trailerero.

Los papás de Gerónimo habían dejado de tener noticias de su hijo durante un buen rato y reaccionaron emocionados cuando lo vieron regresar a la casa cercana de la Terminal de autobuses de Monterrey. Trataron de convencerlo de que se fuera a Rancho Nuevo a hacer vida de vaquero, algo que sabían que le gustaba tanto como viajar. Pero por esos años, hubo sequía. Además, Gerónimo miraba con añoranza los días en Estados Unidos. Se había dado cuenta de que allá podía tener empleos que nunca tendría de este lado, y había visto que los sordos hacían cosas que, por discriminación, parecían increíbles en México, como conducir un coche.

Mientras decidía qué hacer con su vida, ahora que tenía dieciocho años y era mayor de edad, Gerónimo fue a tramitar su cartilla a la oficina de reclutamiento de la séptima Zona Militar en Monterrey. El 13 de agosto de 1971, el teniente coronel de infantería, Alejandro Sánchez Martínez, determinó así su situación ante la milicia mexicana: "Jerónimo [sic] González Garza, se encuentra INÚTIL para el Servicio Militar Nacional, por padecer: -SORDOMUDEZ [sic], enfermedad registrada en la Ta-

bla de Enfermedades y Defectos Físicos anexa a la Ley del Servicio Militar Nacional, con el número 8, perteneciente al Grupo 'C', según Certificado Médico expedido por el Hospital Militar Regional de esta Plaza. De conformidad con el Oficio Superior 21935 de fecha 6 de julio de 1948, LOS INÚTILES NO ESTÁN OBLIGADOS A VISAR SUS CARTILLAS”.

Semanas después Gerónimo volvió a cruzar la frontera.

## CINCO

Fue un viaje de varios días, muy lento, por el caluroso noroeste mexicano. Gerónimo, acompañado de nuevo por Leobardo y Germán, viajó en autobús de Monterrey a Torreón, Coahuila, de ahí a Ciudad Juárez y así hasta llegar a Tijuana, por las carreteras rectas de Sonora, a largos ratos desoladas. Por Tijuana cruzó a California. Iban a Los Ángeles atraídos por una noticia que les había llegado de buena fuente: allá estaba un grupo de jóvenes sordos mexicanos bien instalado, que organizaba caravanas por todo Estados Unidos. Una especie de comuna móvil, muy *ad hoc* con el momento *hippie* enmarcado por la guerra de Vietnam.

La historia resultó cierta. Apenas llegaron, la comuna los acogió y en poco tiempo estaban viajando en vans desvencijadas, primero por ciudades y pueblos del Oeste norteamericano, luego atravesaron el país, hasta que llegaron a Nueva York. Eran unos jóvenes emocionados, que viajaban apretados y miraban de reojo, por

las ventanillas, su nuevo país, mientras conversaban con las manos.

Algunas veces los dirigía un sordo pionero que había estado antes en el pueblo o en la ciudad visitada. Él indicaba a qué lugar había que ir a dormir hechos bola, y en qué zona valía la pena ponerse a vender artilugios o buscar algún trabajo de campo, comercial, incluso industrial, si es que se los daban. Algunos sordos del grupo conseguían buenos empleos en maquiladoras y abandonaban la caravana, pero eran los menos. Los sordos sin papeles competían con los obreros estadounidenses y con los obreros migrantes, también sin papeles, pero oyentes. Llevaban la de perder.

Aunque la venta de juguetes en lugares públicos era su actividad principal, Gerónimo solía conseguir trabajos como albañil, carpintero o tablero. Otras veces, ninguno de los viajeros conocía el sitio recién arribado, pero llevaban consejos de otros sordos mexicanos que habían pasado por ahí: los lugares que tenían que evitar porque había vendedores sordos estadounidenses; o bien, a cuáles ir porque encontrarían gente dispuesta a darles un dólar a cambio de un artilugio y un cariñoso mensaje en Lenguaje de Señas.

Luego reanudaban el viaje en busca de un nuevo sitio donde aterrizar. Si les iba bien, enviaban dinero a sus padres, o a sus hijos, o se compraban ropa bonita, o se daban una buena comilona. La caravana también iba dejando sordos cansados, que se frustraban y caían en el alcoholismo, o que desaparecían. No se volvía a saber más de ellos.

Gerónimo, Germán y Leobardo eran felices viajando. En sus andanzas se relacionaban, sobre todo, con otros sordos, pero también conocían migrantes mexicanos oyentes, desplazados de Oaxaca, Puebla y Guerrero. Si había modo, Gerónimo platicaba con ellos sobre la siembra, con la idea de volver un día a México, a trabajar las tierras yermas de su familia, en Rancho Nuevo.

Hubo un momento en que la caravana se detuvo y cada quien se instaló por su cuenta. Gerónimo regresó a San Antonio junto con Leobardo, mientras que Germán prefirió Carolina del Norte. La relación entre los tres permaneció firme. Gerónimo y Germán terminaron emparentados. Germán se casó con Graciela, la hermana sorda de Gerónimo, una hermosa joven por la cual Gerónimo regresó a Monterrey, en un viaje relámpago, para llevársela a Estados Unidos e incluirla también en el sueño americano.

En Monterrey, Graciela se dedicaba a coser vestidos para fiestas de quince años y bodas en la casa de sus padres. Gerónimo no se robó a su hermana Graciela, pero la familia no estaba segura de que fuera correcto que una joven sorda partiera a Estados Unidos, así nomás, a la aventura, aunque fuera con su hermano. Graciela, sin embargo, se fue y con el paso del tiempo se enamoró del amigo de su hermano Gerónimo. Se casó con Germán e hizo su vida también en Estados Unidos. Pasaron diez años para que Gerónimo, Germán y Leobardo regularizaran su situación migratoria. A principios de los ochenta se beneficiaron de leyes especiales y dejaron de ser indocumentados, sombras fugitivas.

Gerónimo adquirió la ciudadanía estadounidense después de que se casó con su actual esposa, Ana, a la que conoció en Atlanta, en una fiesta celebrada en una discoteca exclusiva para sordos. Ana, rubia, de cuerpo atlético y sorda de nacimiento, aprendió desde niña a hablar el Lenguaje de Señas. La comunicación entre ambos se dio rápidamente porque Ana hablaba muy bien el Lenguaje de Señas Mexicano. Podría pensarse que hay un solo Lenguaje de Señas para todos los sordos del mundo, pero no es así. Hay bastantes diferencias entre el de un país y otro. Los sordos gringos hablan el Ameslan (American Signal Language), donde cada letra tiene una representación particular con las manos y varios movimientos forman una palabra y muchos más, una oración. El de los sordos mexicanos, además, cuenta con su propio caló regional: un sordo regiomontano no habla igual que un sordo maya.

Los sordos migrantes mexicanos se beneficiaron en esos años de un movimiento de orgullo sordo estadounidense que reivindicaba la Lengua de Señas, aunque esto Gerónimo no lo supo, porque su vida de migrante estaba lejos del movimiento intelectual sordo. Por esos años se promovieron en Estados Unidos obras de teatro, libros, programas de televisión y películas. En Star Trek, el actor sordo Howie Seago interpretaba a un embajador de otro planeta que era sordo y hablaba por señas. En Broadway se presentó con éxito *Hijos de un dios menor*, dirigida a un público sordo. La cúspide fue la llamada revolución de los sordos que consiguió que la Universidad Gallaudet, en Washington, se convirtiera

en una escuela de altos estudios exclusiva para sordos. De lo que sí se dio cuenta Gerónimo durante aquella vida nómada que duró casi todos los años setenta, fue que era posible cambiar la vida, incluso la de un sordo no rico nacido en México.

Cuando Gerónimo llegó al otro lado era un ilegal, pero eso era menos dramático que lo que le pasaba en México, donde la discriminación hacía que algunos lo consideraran un inútil.

## SEIS

Es abril de 1991. Gerónimo ya no es nómada, se ha establecido en Texas con sus dos hijos y su esposa Ana, aunque en este momento, está en el corral del rancho de Los Ramones, entre vacas y becerros que dan vueltas en círculo, mugen, o estornudan estentóramente con el sol de frente. Gerónimo laza una vaca. Otros dos vaqueros, un primo con bigote de morsa y un sobrino barbado, ayudan a Gerónimo para que le ponga en la cadera su sello mientras el animal está apersogado: las tres iniciales de su nombre. La vaca se cae y Gerónimo, lentamente, deja que le caiga el ardiente trinche de fierro con las letras G. G. G. La vaca se queda callada. No emite sonido alguno. Ya quedó marcada. Ahora sigue un becerro de ojos salvajes, después otra vaca inexpresiva. Será una larga tarde. María, la hermana mayor de Gerónimo, graba el ritual rancharo, con una cámara de formato VHS. Una toma monótona, abierta, en la que no dejan de caer vacas y un vaquero silencioso las marca con su fierro ardiente.

A partir de 1991, Gerónimo empieza a cumplir su sueño de ir más seguido a México, de hacer la vida de vaquero que en cierta forma tuvo que posponer a causa de sus viajes por Estados Unidos. Quiere darle vida al rancho de sus padres.

## SIETE

El rancho de mi tío queda cerca de lo que aquí llamamos la Frontera Chica, la región que comprende los municipios de Guerrero, Ciudad Mier, Miguel Alemán, Camargo y Díaz Ordaz. Esa pequeña zona forma parte de una frontera más grande, integrada por ciudades y pueblos de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas que se extienden a lo largo de un valle en tránsito continuo de personas, animales y cosas, donde lo considerado legal o ilegal, va y viene de México a Estados Unidos, a través de Texas.

En este rincón tan poco conocido de México se desató una guerra en febrero de 2010, cuando una decena de cabeceras municipales fueron atacadas por hombres armados que llegaban en caravanas de camionetas *pick-up*. Cuando escribo guerra no estoy haciendo uso de la retórica o del sensacionalismo para describir lo que pasa. Se trata de una guerra en serio, en la que ha habido masacres, desplazamientos forzados de población, fosas clandestinas, prisioneros, combates, leva, magnicidios, mucho dolor y muchas mentiras, como en cualquier guerra. Además de muchas muertes. Si un día alguien decidiera guardar un minuto de silencio continuo por cada una de las personas asesinadas, se quedaría mudo un mes.



La violencia que se desató aquí ha sido mayor que en otras zonas fronterizas del país. La violencia de esta frontera es mucho mayor que la de la Tijuana actual, mayor que la de Sonora, e incluso que la de Ciudad Juárez.

Sin embargo, esta región es una zona que parece no usar su voz. La violencia de Tijuana, al igual que la de Sonora y la de Ciudad Juárez también han provocado dolor a quienes viven en sus comunidades, pero de ese dolor ha nacido un lenguaje propio. Un lenguaje a veces hasta poderoso, el cual se oye a través de constantes reportajes hechos por periodistas nativos o llegados de fuera, o bien de novelas que cuentan la vida íntima de esas zonas. Acá en la frontera noreste no pasa eso.

Bajo la atmósfera que prevalece ni siquiera es posible hacer diarismo de forma adecuada. De la realidad amenazante, la que se topan todos los días los reporteros locales, ha quedado como constancia trágica los ataques con granadas a instalaciones de periódicos, así como el asesinato y la desaparición de periodistas.

Sin embargo, la gran parte de las intimidaciones no se conocen, ni siquiera aparecen en los registros de los organismos internacionales que han abierto oficinas en la Ciudad de México los últimos años, alarmados por el aumento de las agresiones a la libertad de expresión.

La frontera noreste de México carece de un lenguaje propio en estos tiempos de guerra. Y sin lenguaje, la libertad queda mucho más lejos. El lenguaje es lo que hace posible el pensamiento, marca la diferencia entre lo que es humano y lo que no lo es. El lenguaje devela misterios.

Pero la frontera noreste no puede hablar.

## OCHO

La nueva sede de la comandancia de la policía de Los Ramones, Nuevo León, donde está el rancho de Gerónimo, fue inaugurada a mediados de julio de 2010. Entre tierra dura, rodeado por una cerca de aluminio, las autoridades construyeron un edificio de una sola planta, pintado de blanco con algunas rayas naranjas, para que ahí operara la fuerza de seguridad pública local.

Tres días después, el viernes 22 poco antes de las nueve de esa noche, cinco camionetas se estacionaron enfrente. Bajaron una decena de hombres que tomaron suficiente distancia para que las balas no rebotaran cuando empezaron a descargar el contenido de los rifles que llevaban. Quién sabe cuántos disparos hicieron. La balacera, que incluyó el lanzamiento de cinco granadas, duró veinte minutos. La fachada principal del edificio nuevo quedó como queso gruyere y la corporación entendió el mensaje: a partir de ese día la policía municipal de Los Ramones desapareció.

Gerónimo estaba a unos kilómetros de ahí, revisando el techo de una bodega de forraje para animales, algo deteriorada debido a la poca actividad del rancho que heredó de sus padres y que desde los noventa ha tratado de levantar. Algunas veces me ha tocado acompañarlo. Hacemos largos recorridos silenciosos. Trato de imaginar lo que Gerónimo piensa sobre estos tiempos con tanto ruido, que en cualquier momento, se pueden manifestar durante el camino.

Aquella balacera contra la comandancia municipal de Los Ramones se oyó a varios kilómetros a la distancia. Hay quienes dicen que se hicieron mil tiros. Gerónimo no la escuchó.

Dos meses después del ataque a la comandancia, converso con Gerónimo en el comedor de su casa de San Antonio. Es una noche muy tranquila, aunque afuera se oye una tromba y por la ventana de la cocina se mira el zigzagueo de unos rayos en el cielo. Le pregunto sobre la violencia en las carreteras y los pueblos por los que conduce. Me contesta que algunos rancheros le han contado de desapariciones forzadas de personas, de ranchos abandonados empleados como campos de entrenamiento de sicarios, de militares arrasando rancherías y otras cosas que ocurren en los alrededores, pero que él no presta demasiado interés en ello. Su filosofía es que si algo no tiene solución, entonces ni siquiera es un problema.

Gerónimo está en contra de la legalización de las drogas — como la abrumadora mayoría de los habitantes de Texas — porque cree que los niños harían suya esa adicción y todo se vendría abajo. No le caen bien “los sabihondos” que la promueven como “la solución”. Gerónimo es un texano en eso y otras cosas más. Sabe disparar un rifle, y supongo que no dudaría en usarlo si se viera amenazado durante uno de sus viajes en carretera entre Monterrey y San Antonio. Le planteo dicha posibilidad y me responde señalando una herradura colgada en la pared de su casa. Está algo oxidada pero veo que tiene inscritas las letras GGG, las iniciales de su nombre. Como muchos de aquí, Gerónimo cree que el calzado

de los caballos es un amuleto para la buena suerte. La superstición vive un auge en la frontera. Quizás es necesaria para no ser sorprendido por la barbarie, para no ser parte de ella también, para poder morir en paz en estos tiempos en los que el ruido de la frontera es tan fuerte.

Después Gerónimo me explica que para él no todo se trata de fuerza. Siempre habrá alguien mejor que tú para disparar o alguien tendrá una mejor arma que la tuya. Lo importante es que tú tengas la razón en lo que haces y que no la sacrifiques por la fuerza.

## NUEVE

En la mesa hay puré de papa, tocino crujiente, arroz y pavo. Bebemos té helado. Antes de sentarnos a comer en el día de Acción de Gracias, que este 2010 tocó que fuera el 25 de noviembre, Gerónimo se pasó la tarde arreglando el techo de la casa que construyó con sus propias manos hace ventidós años en las afueras de San Antonio. Gerónimo puso también por la mañana de hoy un barandal nuevo alrededor de la fachada principal y en la parte trasera agregó un cobertizo al garage. Platicamos de esos arreglos hechos a la vivienda donde vive junto con su esposa Ana y una pequeña manada de perros chihuahueros. Entre los minúsculos e inquietos animales el consentido es Dumb.

Dumb –tonto– es también la forma en la que antes se les llamaba a los sordos en Estados Unidos.

El plan de Gerónimo es hacer la mayor cantidad de arreglos que pueda a la casa donde vive. Luego quiere

venderla y comprar una más pequeña y barata en el centro de la ciudad, adonde se mudará con su esposa Ana. Quién sabe que pasará con las mascotas. Con el dinero que le quede de la venta, Gerónimo planea comprar otra casa, arreglarla y luego venderla más cara. Hace unos días, Gerónimo y su hijo mayor — que también se llama Gerónimo, aunque todos le dicen Nimo— encontraron una vivienda muy descompuesta, pero bien ubicada, que se vendía en treinta y cinco mil dólares. Justo el sitio ideal para el plan de jubilación de Gerónimo. Fueron al banco a conseguir el dinero, pero en lo que cumplían los requisitos, alguien se les adelantó y compró la casa vieja. El otro hijo de Gerónimo se llama Guadalupe y le dicen Lupi. Es un veinteañero que vive en Austin, dibuja estupendos cómics estilo japonés en sus ratos libres y trabaja con Nimo colocando escritorios y alfombras en las oficinas de las agencias de seguridad estadounidenses a lo largo de la frontera. Las cosas que platico con Gerónimo tienen que ser traducidas por su hijo Nimo, porque no sé hablar el Lenguaje de Señas. Tanto Nimo como Lupi oyen y hablan perfecto inglés, aunque el español les cuesta un poco de trabajo.

En el comedor está enmarcado el Padre Nuestro en Lenguaje de Señas y platos que recuerdan los viajes de Gerónimo. Platos de Arizona, Carolina del Norte, Georgia, Indiana, Florida, Nebraska, Kentucky, Oklahoma, Missouri, Texas, Nuevo México, Washington, Las Vegas, Myrtle Beach, Alabama, Hawaii... Un televisor enorme está encendido en la sala, con el Western Channel sintonizado. Gerónimo se va para allá, se quita las

botas vaqueras y se sienta a ver una película de John Wayne. Salgo con Lupi a disparar un rifle en el monte. Es un 22, la sensación de la bala que parece salir de tu pecho es peligrosamente aliviadora: te da cierto poder, vacía tu miedo. Regreso y ha caído la oscuridad total en el valle. Me siento de nuevo a platicar con Gerónimo. He convivido con personas sordas desde que soy niño y los que conozco no paran de hablar. Apenas los ves y están relatando una historia tras otra, o preguntando cosas. Sin embargo, creo que si Gerónimo pudiera usar sus cuerdas vocales para hablar, lo haría poco. Es parco, como muchos paisajes de la frontera. En general, habla sólo lo necesario. Le digo que estoy residiendo una temporada en Nueva York y que quiero que me cuente lo que piensa de Estados Unidos, ya que tengo sentimientos encontrados. Me dice que él se enteró de lo que sucedió en las Torres Gemelas y no lo creía, que no ha querido ver las imágenes de los aviones estrellándose contra los edificios, que en Estados Unidos no hay tanto racismo como se dice, aunque recuerda a un sordo mexicano asesinado en Virginia por una de esas pandillas de negros que acosan a los latinos: su amigo se topó con ellos en la calle y lo insultaron sin saber que era sordo y no podía escucharlos, pero ellos pensaron que se estaba burlando, y lo golpearon hasta que murió. Me dice que en Estados Unidos tratan mejor a los sordos que en México, aunque ha sabido que ahora hay empresas grandes en Monterrey, como Gamesa y Whirlpool, que dan empleos a sordos, y que en Santa Catarina, Nuevo León, el gobierno puso una escuela técnica exclusiva para sordos.

Pero que por mucho, Estados Unidos es el mejor país para los sordos. Que en Las Vegas hubo del 18 al 23 de julio de 2010 un Congreso Mundial de Sordos. Sesenta mil sordos venidos de todo el mundo: sordos de la India, sordos africanos, sordos de Francia, de cualquier lugar que te imagines. Que quiso ir pero no pudo porque tenía trabajo, aunque su hermana Graciela sí fue y le platicó después sobre aquello, una cosa increíble, maravillosa. Que también hubo un concurso de belleza, Miss Deaf International, para escoger a la sorda más bella del mundo. Que ganó una sorda de Bélgica, alta y delgada, con el pelo del color de la hierba amarilla, en segundo quedó una chica de Sudáfrica, después una trigueña de Lituania (que por las fotos que vio, para él era la que merecía ganar), y en cuarto y quinto lugar, una de Irán y una de Brasil. Que admira a Estados Unidos. Que George W. Bush y Barack Obama no le importan.

Luego toco el tema de los Paoletti, la familia de sordos mexicanos de ascendencia italiana que fue detenida y procesada en julio de 1997 en Nueva York, por dirigir una red que se encargaba de traer sordos mexicanos a Estados Unidos y los ponía a trabajar vendiendo llaveros en las calles. Gerónimo me dice que por supuesto supo de ese caso que le dio la vuelta al mundo. Que los Paoletti tenían fama de maltratar a los sordos. Le comento que varios profesores sordos del Distrito Federal me dijeron que ellos creían que en realidad el operativo contra los sordos mexicanos tenía como finalidad el persuadir a los sordos mexicanos para que no se vinieran a Estados Unidos a trabajar ilegalmente. Que activistas

sordos que entrevisté en el Distrito Federal me dijeron que por supuesto que los sordos migrantes vivían en condiciones infrahumanas, como las que exhibió el *New York Times* en fotos de una de sus portadas, donde se veían camas y colchonetas amontonadas en diminutos espacios, pero que estas condiciones infrahumanas son las que suelen tener muchos migrantes mexicanos, sean sordos o no, cuando llegan a Estados Unidos. Gerónimo dice que él no sabe qué decir, que la familia Paoletti tenía mala fama desde antes de que pasara todo lo que pasó. Que por suerte, él tuvo la posibilidad de salir adelante en Estados Unidos. Que lo que él sabe es que los Paoletti fueron juzgados, y al parecer ya están por salir y se dice que contarán su versión de las cosas en un libro preparado en todos estos días transcurridos en prisiones mexicanas y estadounidenses. Que habrá que leer ese libro para conocer su versión.

## DIEZ

Gerónimo estaciona su camioneta afuera de El Rubio, comedor frente a la antigua Fundidora de Monterrey, al que a veces llega antes de agarrar carretera de regreso a Texas. La costumbre la adquirió cuando acompañaba de niño a su papá al rancho, para ayudarle a matar los cabritos que la familia traía a vender a Monterrey.

Pide un vaso con agua mineral y un bistec con papas. Cuando está por terminar de comer el filete, agarra el hueso con la mano derecha y lo levanta a la altura de su boca para poder arrancarle con los dientes la carne que le queda. De un tirón.



El día que su padre, Guadalupe, fumador empedernido, murió a causa de un enfisema, le tocaron “Te vas, ángel mío”, una canción que Gerónimo nunca ha escuchado, pero sabe que su padre la ponía durante los viajes en la carretera que ambos hacían al rancho y que iniciaban ahí, en El Rubio.

Esa canción es la primera que entona un fara-fara norteño que llega al restaurante justo cuando Gerónimo está pagando la cuenta para irse.

Gerónimo va a cruzar la frontera, de regreso a su casa en San Antonio, tras visitar a su madre en Monterrey, María de Jesús, quien a sus ochenta y ocho años está un poco enferma. La tarde declina, uno que otro remolinillo de polvo pasa por ahí. Sus ojos cafés, con la luz invernal, parecen cebada. Apenas ha avanzado unos kilómetros cuando vuelve a detener la marcha de su camioneta *pick-up* Silverado afuera del último Oxxo que hay en Monterrey antes de tomar la carretera a Nuevo Laredo. Entra a la tienda y echa un vistazo a la portada del periódico con fecha de enero de 2011. Lo más importante del día es la noticia de un policía federal de caminos decapitado en China, un municipio de Nuevo León pegado a Los Ramones.

“Encuentran cabeza sin vida de Federal”, dice absurdamente el titular de la historia.

ONCE

Hombres de ojos acelerados, que cargan maletines y llevan pantalones de mezclilla apretujados y camisas va-

queras, caminan por el aeropuerto como si fuera a explotar una bomba. Es el verano de 2011 y viajo a San Antonio, Texas, junto con el fotógrafo Rodrigo Vázquez, para que conozca a mi tío y lo retrate.

Gerónimo y su cuñado Germán pasan por nosotros a las seis de la tarde en una camioneta Avalanche roja y nueva. Dan un par de vueltas hasta que nos ven a lo lejos. Hacen señas para que nosotros los veamos a ellos. Gerónimo viajará la mañana siguiente, de San Antonio a Monterrey, para visitar a su madre y revisar el estado en que se encuentra la cabaña de uno de sus sobrinos, enclavada entre la sierra de Santiago, algo abandonada y necesitada de un buen carpintero. Hoy pasaremos la noche con él y después lo acompañaremos en el viaje a México.

Saliendo de la terminal paramos en una gasolinera.

Mientras Gerónimo llena el tanque se queja de lo caro que está el combustible y menciona las incomodidades generales de viajar.

Tan sólo en lo que va de 2011, hasta este mes de mayo, Gerónimo ha cruzado la frontera once veces.

Después de cargar gasolina vamos a un Walmart para comprar la bebida de la cena. Gerónimo aprovecha y mete al carrito del súper un pantalón negro Wrangler de quince dólares, que se pondrá al día siguiente.

La casa de Gerónimo está en las afueras de San Antonio, es una especie de ranchito al que en las mañanas a veces se acerca uno que otro venado. Son casi treinta kilómetros desde el aeropuerto hasta ahí.

Cenamos costillas de cerdo, coliflor, arroz y una salsa verde picante que ha preparado Ana, su esposa.

Hablamos sobre tatuajes. Le digo que no entiendo por qué en Estados Unidos es tan común y en México no. Él me dice que tampoco lo sabe y que a él le desagradan porque se ven mal. Le digo que planeo ponerme uno pronto y sólo ríe.

Nimo, su hijo, no está, así es que toda la conversación que tenemos es con mi limitado conocimiento del Lenguaje de Señas, aunque de repente agarro una hoja y le escribo lo que quiero decirle. Germán también me pregunta cosas de esta forma.

Saco el tema del dinero que le prestó a mi familia en 1995 para el pago de la hipoteca.

Me dice que en ese entonces había hecho varios trabajos de carpintería y tenía dinero ahorrado de la época en la que vendía llaveros y artilugios por todo Estados Unidos. Además, no hacía tanto que había dejado de trabajar en una fábrica de baterías eléctricas automotrices. Le pregunto que por qué ayudó a sus hermanos y a su familia, en lugar de acumular ese dinero. Me responde encogiendo los hombros y haciendo una mueca de desdén, una seña que cualquiera entiende. ¿Para qué acumularlo? En eso aparece su perro chihuahuero Dumb, que recientemente fue mordido por una víbora del monte. El piquete, por fortuna no lo mató, pero le provocó una bola en el cachete, que se le quitó con una inyección. A dos días de la cura, regresó con otra bola igual y las inyecciones se repitieron. Ahora el perro ya casi no sale al monte que rodea la casa de Gerónimo.

Nosotros sí salimos al monte después de cenar. Gerónimo se fuma un cigarro Marlboro en el cobertizo.

Es como el décimo tabaco del día y eso que dice que ahora fuma menos.

Platicamos de venados y después nos vamos a dormir.

A la mañana siguiente cruzaremos la frontera.

## DOCE

Antes de acostarme escucho uno de los éxitos musicales en Reynosa, aunque más allá de la frontera noreste es desconocido. Lo cantan dos jóvenes veinteañeros que se llaman Cano y Blunt. La guerra alrededor del rancho de Gerónimo en Los Ramones no se canta a ritmo de acordeón, tololoche, bajosexto y guitarra, como indica la tradición nortea, sino con hip hop:

Bienvenidos a mi reino: Reynosa querida,  
donde a diario la gente se rifa la vida,  
gente que pesa, gente que te vuela la cabeza.  
Ándate con cuidadito o de balas te atraviesan,  
cuerpos mutilados y tirados al canal,  
demasiada maldad pa' caber en un penal.  
Los cuerpos en la orilla de la villa,  
súbele al estéreo, puro Beto Quintanilla.  
Mucha gente que viene de afuera,  
hay un chingo de chamba y un chingo de loquera,  
mi gente pandillera y mi nena talonera.  
Reynosa de a de veras, ¿qué chingados esperas?  
La peda en la loquera, está brava la frontera.  
No cuento una novela, esto es chile de a de veras,

chécalo en las noticias, pura gente con malicia,  
por las drogas se desquician,  
por la feria se avarician.  
Somos puro Reynosa, un chingo de malandros,  
pura gente mafiosa, lo sufres o lo gozas.  
Reynosa la maldosa, la calle es peligrosa.

Mientras concilio el sueño, pienso que lo que cantan los chicos de Reynosa se aplica en buena medida al resto de esta zona en guerra que inicia en Matamoros. Se cree que Matamoros fue fundada por piratas holandeses e ingleses en la desembocadura del río Bravo, y que hubo un tiempo en que se llamó Bagdad. Si se mira un mapa, río arriba, de Matamoros a Ciudad Acuña, Coahuila, se forma una especie de pasillo en el que fue acomodada esta región de México, tras la guerra con Estados Unidos. Reynosa, Piedras Negras, Colombia y Nuevo Laredo, son nombres de otros lugares del camino, separados del territorio texano por un torrente impredecible al que los que viven en la otra orilla le dicen Río Grande.

Si uno ha vivido alguna vez aquí, se da cuenta pronto de que el tipo de vida de la franja abarca más municipios cercanos de Tamaulipas, no precisamente fronterizos, como Ciudad Mier, San Fernando y Valle Hermoso, o bien de Nuevo León, como China, General Bravo, Agualeguas, Cerralvo, Los Ramones y Sabinas Hidalgo.

La “capital” de esta frontera está en Nuevo León, no en Tamaulipas. Monterrey es la ciudad grande que le queda cerca. Doscientos diez kilómetros la separan de

Nuevo Laredo, mientras que Ciudad Victoria, capital oficial, está a más de trescientos kilómetros. Y el puerto de Tampico, se dice en broma, ya es Veracruz.

A principios de 1994, cuando llegaron las noticias del alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), ocurrido en la otra frontera, allá en la sur, acá en ésta hubo gente que trató de aprovechar el barullo nacional para anexar de manera oficial la frontera tamaulipeca a Nuevo León. El 5 de febrero de ese año, día de la Constitución, grupos locales como la Asociación de Agentes Aduanales de Nuevo Laredo, el Consejo de las Instituciones de Miguel Alemán, la Asociación de Constructores y las barras de abogados de Camargo y Guerrero, propusieron la realización de un plebiscito para que sus municipios abandonaran Tamaulipas y se integraran a Nuevo León. El principal diario de la región, *El Mañana*, difundió los resultados de un sondeo en el que siete de cada diez entrevistados estaban de acuerdo en que sus pueblos y ciudades fueran nuevoleonenses. Pero la medida nunca prosperó.

## TRECE

Tío está en la cocina y prepara Nescafé. Por la ventana no se mira ningún venado entre la neblina de las seis de la mañana. No vinieron los animales que está permitido matar en Texas, siempre y cuando seas dueño de una gran extensión de tierra, que Tío no posee. Tío tuerce un poco la boca, decepcionado. Quería que viéramos venados y los fotografiáramos. Tío es un texano que prefiere

mirar venados, antes que dispararles con su rifle. Tío va a sentarse al comedor. Desayuna dos cafés. Luego sale y revisa el aceite de Van.

Van es una camioneta del año 98 en la que se hará el viaje a Monterrey. La dueña de Van es Marylú, sobrina de Tío que vive en el pueblo cercano de Buda, Texas. El viaje será en Van porque la Avalanche roja nueva de Tío no puede cruzar Frontera.

Recorrer las carreteras del noreste mexicano en una camioneta así es asunto de alto riesgo. Frontera te pide en estos tiempos que no llames la atención, que bajes el perfil, que desaparezcas lo más que se pueda. Ya pasó de moda regresar a México en el trocón. La moda de ahora son las camionetas feas como Van.

Tío suele cruzar Frontera en una fea Chevrolet Silverado blanca, cabina y media, algo raspada de los costados y que le costó ochocientos dólares. Como Van, la vieja Silverado es muy útil para sacarle la vuelta a Guerra.

Tío estuvo buscando una Dodge, porque a los grupos armados de Frontera tampoco les gusta quitar ésas, aunque sean nuevas. Dicen que son muy lentas a la hora de que persigues a alguien o cuando te persiguen a ti. Por eso Guerra las deja en paz.

Tía y la manada de perros chihuahueros despiden a Tío y a la comitiva que lo acompañamos. Van sale de la casa y se detiene en un McDonald's, el único sitio con internet en treinta kilómetros a la redonda. Mientras envió un mensaje electrónico a Sonora, Tío se queda afuera, fumando el tercer o cuarto cigarro del día, sacu-

diendo con delicadeza el sombrero vaquero, hecho con paja de arroz.

A las diez de la mañana, Van entra a la carretera, rumbo a Frontera. El golpe de calor veraniego llega con todo una vez que Tío toma el camino texano que va de San Antonio a Laredo. La temperatura de Laredo es de casi cuarenta grados.

Tío conduce a ciento veinte kilómetros por hora y no hay aire acondicionado. Van es un sauna en movimiento. A Tío le gusta conducir rápido. Un día, en otra carretera de Frontera, fue detenido por un policía federal, por exceder el límite de velocidad permitido.

—El señor no oye y no habla —se adelantó a decirle Carlos, cuñado de Tío, al agente que se acercó a la ventana del conductor.

—Híjole, ¿es sordomudo el señor? Mmm... No oír, pero bien que le pisa al acelerador.

Laredo recibe a Van con un interminable paisaje de casas de cambio que anuncian en sus pizarras que la compra de dólares está hoy en 11.10 pesos, y la venta en 11.60.

Van hace una breve escala en un Walmart para conseguir un Minisplit que le pidió a Tío una sobrina, para combatir los calores de Monterrey. Al salir del estacionamiento, una mujer atraviesa su Cavallier sin precaución alguna. Tío frena rápidamente y luego toca el claxon un par de veces. Ahora reanuda la marcha. En la aduana estadounidense, el agente de migración pide sus papeles a Tío. Tío se los da y no hay mayor diálogo. Hay trámites de Frontera para los que no hace falta hablar.



Van cruza el puente internacional. El aire sigue caliente, una tanqueta militar y el olor a chile recibe a Tío, junto con el letrero: “Bienvenido a Nuevo Laredo”.

Van gira una calle a la izquierda, avanza por una avenida a la orilla del río Bravo algunos kilómetros, hasta un cruce de semáforos, ahí da vuelta a la derecha y abandona el centro de Nuevo Laredo para llegar a la salida de la ciudad, inconfundible por los cementerios de chatarra automotriz llamados *yonkes*. Nuevo Laredo queda atrás, ahora hay un paisaje carretero. Mezquites y tierra a los lados, y una línea recta, donde Guerra es quien da la bienvenida, con un retén militar. El soldado pregunta con voz ronca a Tío: ¿A dónde van?, ¿de dónde vienen?

Tío hace señas y su sobrina Marylú le dice que el conductor no escucha ni habla. El militar se le queda viendo a Tío, hace una mueca indescifrable y dice que continúe. Van avanza por Frontera.

Tío comenta del reciente hallazgo de decenas de personas enterradas en fosas clandestinas; supuestamente cuerpos de pasajeros de autobuses asesinados por Guerra.

Unos kilómetros adelante, Van se detiene en una casa destechada que es una vulcanizadora. Hay una hilera de dieciséis trailers estacionados en esa misma orilla. Van tiene ahora sus llantas con el aire bien calibrado. De repente se oye la laringe prodigiosa de Don Wasler. Suena country texano a través de la frecuencia de una radio de Frontera.

Tío quiere parar a comer en un restaurante carretero a la altura de Sabinas Hidalgo, el pueblo donde nació Guadalupe, su padre. El lugar se llama Oasis y suele tener buena carne y precios normales.

Tío llega al restaurante Oasis y ve un autobús saliendo en reversa del solitario estacionamiento. Se da cuenta de que el sitio ya cerró. El Oasis desapareció. Más adelante, en la autopista de cuota, encuentra otro lugar abierto para comer, el único de por aquí que Guerra no ha clausurado. Se llama La Bamba. Durante la comida, Tío ya no habla de personas desaparecidas o asesinadas. Mira un partido de México contra Ecuador que pasan en el televisor, aunque le aburra el fútbol. Come tacos de carne asada y un queso fundido que parece crema. Vasos grandes con hielo y refrescos de ponche para la comitiva. Muchas tortillas de harina, pequeñas y gruesas, típicas de Frontera.

Antes de subirse a Van para continuar el viaje a Monterrey, que ya está a unos cien kilómetros de aquí, Tío prende un cigarro y cuenta del día en que le miró los ojos a Guerra: un convoy con personas armadas pasó junto a él en una brecha perdida cerca de su rancho en Los Ramones.

Tío dibuja con la mano en el aire la última letra del abecedario español para decir quiénes eran los del convoy. Ese día, iba montado a caballo y ellos no pararon la marcha cuando pasaron junto a él, lo ignoraron por completo. El caballo se levantó un poco, alterado por el paso de las ocho camionetas rompiendo el silencio de Frontera. Seguramente el caballo también hizo un ligero relinchido que Tío no escuchó.



## INDÍCE

<b>Prólogo</b> .....	5
Migrantes, el otro holocausto.....	11
<b>Sanjuana Martínez</b>	
Alejandro Solalinde. Un hogar para los migrantes.....	17
<b>Emiliano Ruiz Parra</b>	
ORLANDO.....	81
<b>Alejandro Solalinde</b>	
Los hermanos Alfaro y la muerte que los persigue.....	131
<b>Óscar Martínez</b>	
Las Patronas, heroínas para migrantes.....	163
<b>Sanjuana Martínez</b>	
Mucho sueño americano.....	169
<b>Óscar Martínez</b>	
Un vaquero cruza la frontera en silencio.....	191
<b>Diego Enrique Osorno</b>	



## SANJUANA MARTÍNEZ

Periodista, ha investigado asuntos relacionados con la defensa de los derechos humanos, violencia de género, la actividad terrorista y el crimen organizado, tanto en México como en Estados Unidos y Europa. Ha trabajado para *Milenio Diario* de Monterrey, Canal 2, la revista *Proceso* y el periódico *La Jornada*. Por sus investigaciones sobre los delitos de pederastia cometidos por el clero, recibió el Premio Nacional de Periodismo 2006. El Club de Periodistas de México le entregó en 2007 el primer Premio Nacional de Periodismo por sus reportajes, crónicas, entrevistas y artículos.

## EMILIANO RUIZ PARRA

Nació en la Ciudad de México. Reportero de temas políticos y sociales. Finalista del premio de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) 2010 por el texto “Morir por Pemex, tragedia en la sonda de Campeche”, publicado en el diario *Reforma*. Estudió Letras Hispánicas en la UNAM. Enfocado en la cobertura de campañas presidenciales, protestas sociales y debates legislativos, Emiliano se ha inclinado por un periodismo narrativo, y sus crónicas han sido antologadas por Miguel Ángel Bastenier y Diego Enrique Osorno. Becado por el Consejo Británico, en 2009 se mudó a Londres a estudiar una maestría en Filosofía Política en University College London.

## DIEGO ENRIQUE OSORNO

Escritor y periodista. Ha recibido dos premios internacionales por reportajes publicados en las revista *Gatopardo* y *Proceso*. Algunos de sus textos han sido incluidos en antologías narrativas de Cuba, Estados Unidos, Argentina, Nuevo León, España, Distrito Federal y Venezuela. Otras de sus historias han sido adaptadas para teatro y cine.

## ALEJANDRO SOLALINDE GUERRA

Nació el 19 de marzo de 1945 en Texcoco, Estado de México. Licenciado en Historia por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), tiene una licenciatura en Psicología y una maestría en terapia familiar sistémica. Se ha dedicado a apoyar a los migrantes que cruzan la frontera sur del país en su camino a Estados Unidos. En 2006 fue designado coordinador de la Pastoral de Movilidad Humana por la Conferencia del Episcopado Mexicano para la región sur-sureste del país, que abarca Oaxaca, Chiapas y Guerrero. En 2007, empezó la construcción del albergue Hermanos en el Camino, en Ciudad Ixtepec, Oaxaca, que atiende a miles de migrantes centroamericanos, principalmente. Por su labor se ha hecho acreedor a varios premios, como el Premio Paz y Democracia y el Pagés Llergo de Democracia y Derechos Humanos.

## ÓSCAR MARTÍNEZ

Periodista salvadoreño. Coordinador del proyecto Sala Negra del diario digital (también salvadoreño) Elfaro.net. Es autor del libro de crónicas *Los migrantes que no importan*, y coautor de *Jonathan no tiene tatuajes*, también de crónicas. Ha realizado coberturas en Colombia, México, Centroamérica, Estados Unidos e Irak.





## **Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:**

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 29. El exilio rojo**. Antología literaria.

30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.

- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
- 59. Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
- 60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 61. Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
- 62. La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
- 64. En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
- 65. Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.

- 66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
- 67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013**. Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños**. Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas**. Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible**, Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra**. Cómics (no descargable)
- 74. Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
- 75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado**. Antología de relatos sobre el narcotráfico.
- 76. Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.
- 77. Canek**, de Ermilo Abreu.
- 78. La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
- 79. San Isidro futbol**, de Pino Cacucci.
- 80. Niña Mar**, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
- 81. Otras historias**. Antología.
- 82. Tierra de Coyote**. Antología.
- 83. El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 84. Antología Neza**, de varios autores.

- 85. Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**, de Pedro Salmerón.
- 86. Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 87. Topolobampo**, de José C. Valadés.
- 89. De golpe**. Antología.
- 90. Sobre la luz. Poesía militante**, de Óscar de Pablo.
- 91. Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas**, de Luis Hernández Navarro.
- 92. Teresa Urrea. La Santa de Cabora** de Mario Gill.
- 93. Memorias de Zapatilla**, de Guillermo Prieto.
- 94. Práxedis Guerrero y la otra Revolución posible**, de Jesús Vargas Valdés.
- 95. Tod@s somos migrantes**. Antología.
- 96. La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza**, de Patricia Galeana.
- 97. Espartaco**, de Howard Fast.
- 98. Para Leer de Boleto 1** (Segunda Temporada).
- 99. Los hombres de Panfilov**, de Alejandro Bek.
- 100. Diez días que conmovieron al mundo**, de John Reed.
- 101. Para Leer de Boleto 2** (Segunda Temporada).
- 102. Vietnam heroica**. Antología.
- 103. Cananea**, de Arturo Cano.
- 104. Operación masacre**, de Rodolfo Wash.
- 105. Guerrero Bronco**, de Armando Bartra.

- 106. Misterios de seis a doce.** Antología infantil.
- 107. La descendencia del mayor Julio Novoa,** de Gerardo de la Torre.
- 108. Otras miradas.** Antología.
- 109. Relatos de impunidad,** de Lorena Amkie.
- 110. No sabe a mermelada,** de Carlos Ímaz.
- 111. Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico en México 1964-1965,** de Ricardo Pozas Horcasitas.

Descarga todas nuestras publicaciones en:  
[www.brigadaparaleerenlibertad.com64](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com64)



Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el  
mes de abril del año 2015.

Distribución gratuita, cortesía de la  
Rosa Luxemburg Stiftung y  
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados.